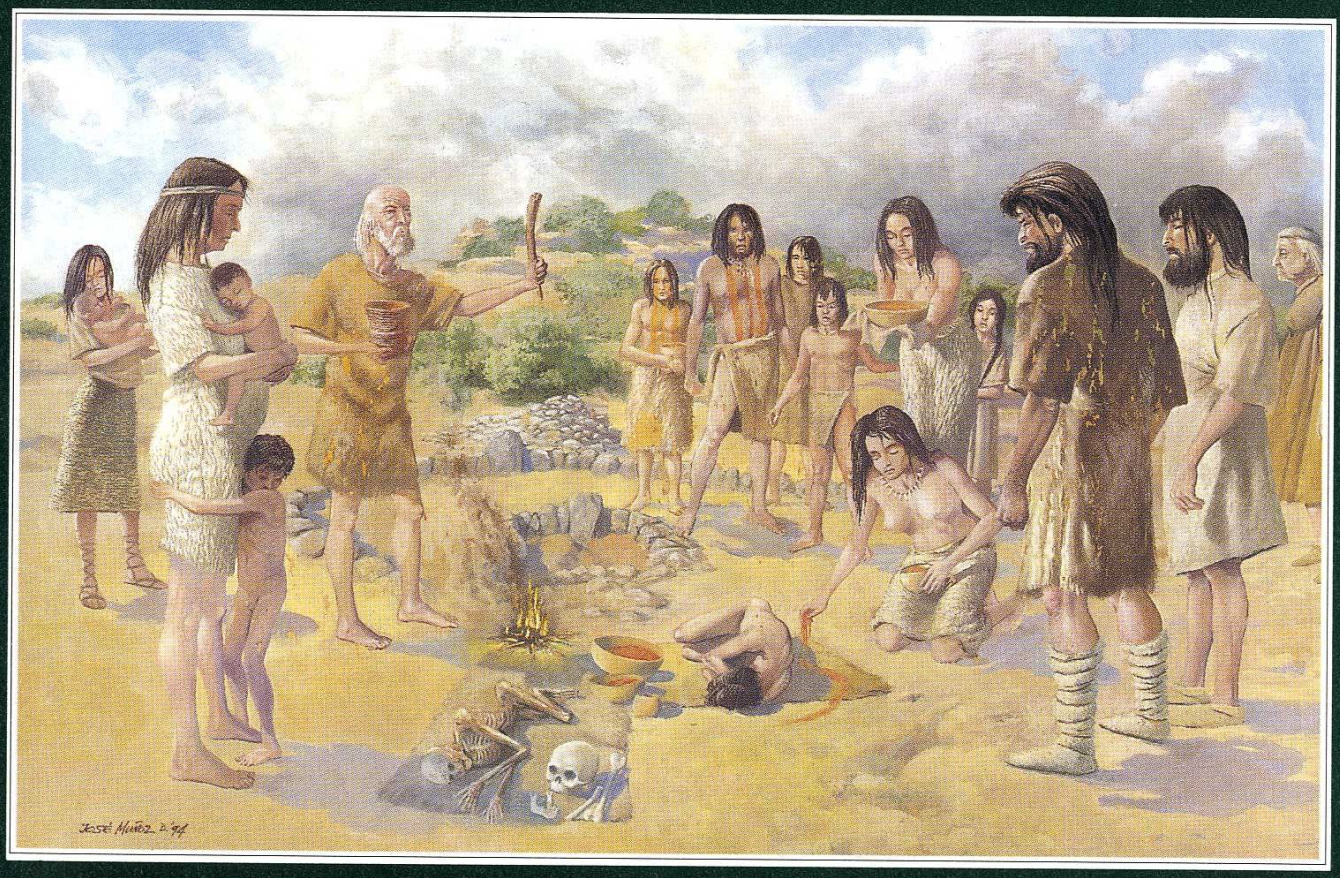
J. FRANCISCO FABIÁN GARCÍA

EL ASPECTO FUNERARIO DURANTE EL CALCOLÍTICO Y LOS INICIOS DE LA EDAD DE BRONCE EN LA MESETA NORTE



Ediciones Universidad
Salamanca

J. FRANCISCO FABIÁN GARCÍA

EL ASPECTO FUNERARIO DURANTE EL CALCOLÍTICO Y LOS INICIOS DE LA EDAD DEL BRONCE EN LA MESETA NORTE

EL ENTERRAMIENTO COLECTIVO EN FOSA DE "EL TOMILLAR" (Bercial de Zapardiel, Ávila) EN EL MARCO CULTURAL DE LA PREHISTORIA RECIENTE EN EL SUR DE LA MESETA NORTE ESPAÑOLA

EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

ACTA SALMANTICENSIA
ESTUDIOS HISTÓRICOS & GEOGRÁFICOS
93
©
Ediciones Universidad de Salamanca
J. Francisco Fabián García

Motivo de cubierta:
Reconstrucción del ritual funerario practicado
en el enterramiento campaniforme de
Aldeagordillo (Ávila)
Dibujo de José Muñoz Domínguez

1ª edición: marzo 1995
I. S. B. N.: 84-7481-800-1
Depósito legal: S. 149-1995

Ediciones Universidad de Salamanca
Apartado 325
E-37080 Salamanca (España)

Impreso en España - Printed in Spain

EUROPA ARTES GRÁFICAS, S.A.
Sánchez Llevot, 1
Teléf. (923) *22 22 50. Fax: 22 22 61
37005 Salamanca (España)

Todos los derechos reservados.
Ni la totalidad ni parte de este libro
puede reproducirse ni transmitirse
sin permiso escrito de
Ediciones Universidad de Salamanca

CEP. Servicio de Bibliotecas

FABIÁN GARCÍA, J. Francisco

El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de
la Edad del Bronce en la Meseta Norte : el enterramiento
colectivo en fosa de "El Tomillar" (Bercial de Zapardiel,
Ávila) en el marco cultural de la Prehistoria reciente
en el sur de la Meseta Norte española. -
Salamanca : Universidad, 1995

1. Excavaciones (Arqueológicas) - España - Ávila
2. Tumbas - Península Ibérica
902.03(460.189 A.)
903.5(365)

A mi padre, a mi madre
y a mi hermana.

CAPÍTULO I

EL YACIMIENTO DE *EL TOMILLAR*. MORFOLOGÍA Y TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS REALIZADOS

El yacimiento de El Tomillar

El municipio de Bercial de Zapardiel se encuentra situado en el Norte de la provincia de Avila, cercano al límite provincial con Valladolid, en plena zona sedimentaria conocida en este punto como Tierra de Arévalo. El paisaje general es de llanura, con suaves ondulaciones entre las que discurren actualmente pequeños arroyos y riachuelos de poca importancia. El roquedo está ausente, como la vegetación arbórea, reducida, todo lo más, a alineaciones de chopos a los lados de algunos arroyos, a pequeños pinares o encinas aisladas, que no son sino manchas en un monótono y extenso paisaje de llanura. El agua subterránea es abundante, su explotación actual garantiza cultivos de remolacha y en ocasiones constituye una valiosa ayuda ocasional para el cultivo del cereal.

El yacimiento de El Tomillar está situado a 821 m. al Sur-Oeste de Bercial de Zapardiel sobre una loma con dirección S-O/N-E que discurre paralela a lo que fue en su día el cauce del río Zapardiel, hoy desecado a esa altura de su curso medio. Tanto su caudal como su importancia para el entorno debieron de ser diferentes en el pasado. La huella dejada en el paisaje a la altura de El Tomillar muestra una vega que permanecía inundada y pantanosa en algunas épocas del año. El paisaje es de penillanura, con suaves ondulaciones bien espaciadas. La altitud media está en torno a los 800-825 m. sobre el nivel del mar y componen los suelos margas y calizas del Mioceno. Son terrenos intensamente cultivados en la actualidad con medios cuya sofisticación y contundencia suponen un grave peligro para los restos arqueológicos. Los daños producidos por la agricultura en El Tomillar son más importantes en la zona donde pudieron estar concentradas las cabañas —al Sur— que en la zona en que se han llevado a cabo las excavaciones que se citan en este trabajo al Norte. En aquella se ha eliminado la capa superficial, quedando al descubierto diversas manchas de forma circular con diámetros en torno a los 10 m., en las que aparece concentrado gran cantidad de material cerámico. La parte más intacta del yacimiento está preservada parcialmente por un nivel superficial que es en el que se llevan a cabo los trabajos agrícolas. De vez en cuando, la intensidad en la profundización de la maquinaria agrícola provoca que el nivel arqueológico sea alterado en su techo, apareciendo restos arqueológicos que dan lugar a excavaciones como las que aquí se estudian. Esta zona del yacimiento parece la dedicada durante la ocupación antigua a servir de lugar accesorio a las

viviendas, es decir donde se trabajaba, se almacenaba, cocinaba e incluso, como veremos, se enterraba a los muertos.

El asentamiento reconocible hasta el momento ocupa una superficie en torno a 1 Ha., con algunos puntos donde los materiales arqueológicos afloran con más profusión, constituyendo concentraciones significativas de materiales cerámicos sobre todo. Estas concentraciones han aparecido siempre en la parte más alta de la loma y en los inicios de la ladera, tanto en la parte orientada hacia el Sur-Este como en la que mira hacia el Nor-Oeste, donde se han llevado a cabo las excavaciones. No parece tratarse, en definitiva, al menos por lo que puede reconocerse en la superficie, de un yacimiento de grandes proporciones. Claramente responde a la misma tipología que la mayoría de los reconocidos en las inmediaciones, correspondientes éstos tanto al Calcolítico como a la Edad del Bronce. Se trata en general de pequeños asentamientos, situados sobre suaves lomas próximas a cursos de agua o en las inmediaciones de zonas lagunares donde los restos aparecen escasos y esparcidos en sus bordes. Muchos de estos yacimientos están constituídos por cúmulos desordenados de fosas conteniendo cenizas, materiales cerámicos, desechos de comida y, también, como se comprueba en El Tomillar, inhumaciones. La preocupación defensiva parece, pues, algo al margen de estas poblaciones entre las que se encuentra El Tomillar.

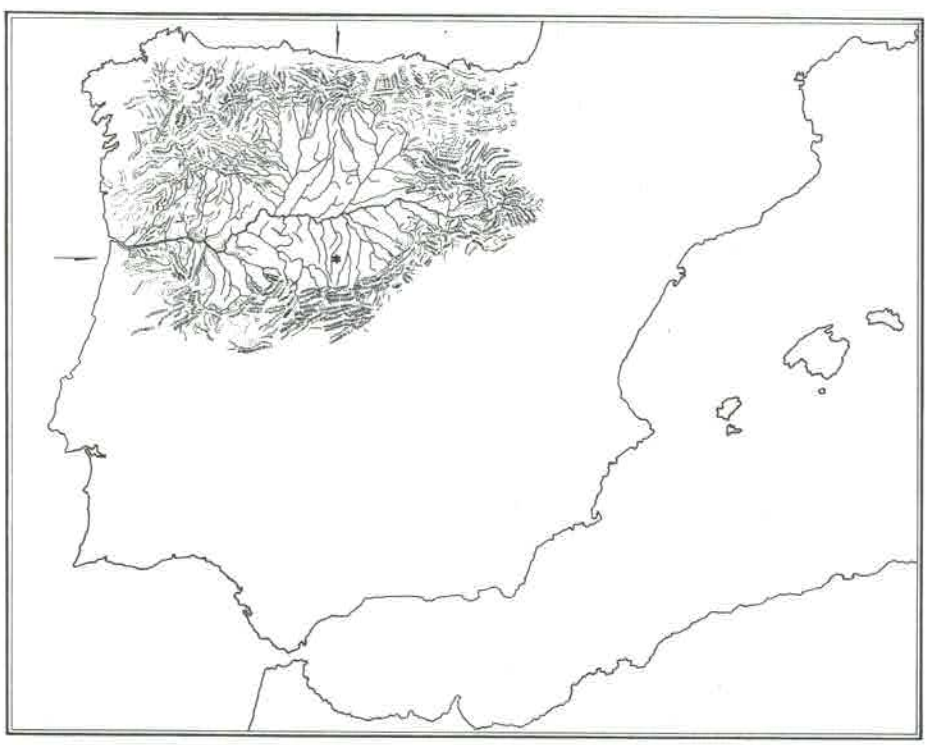
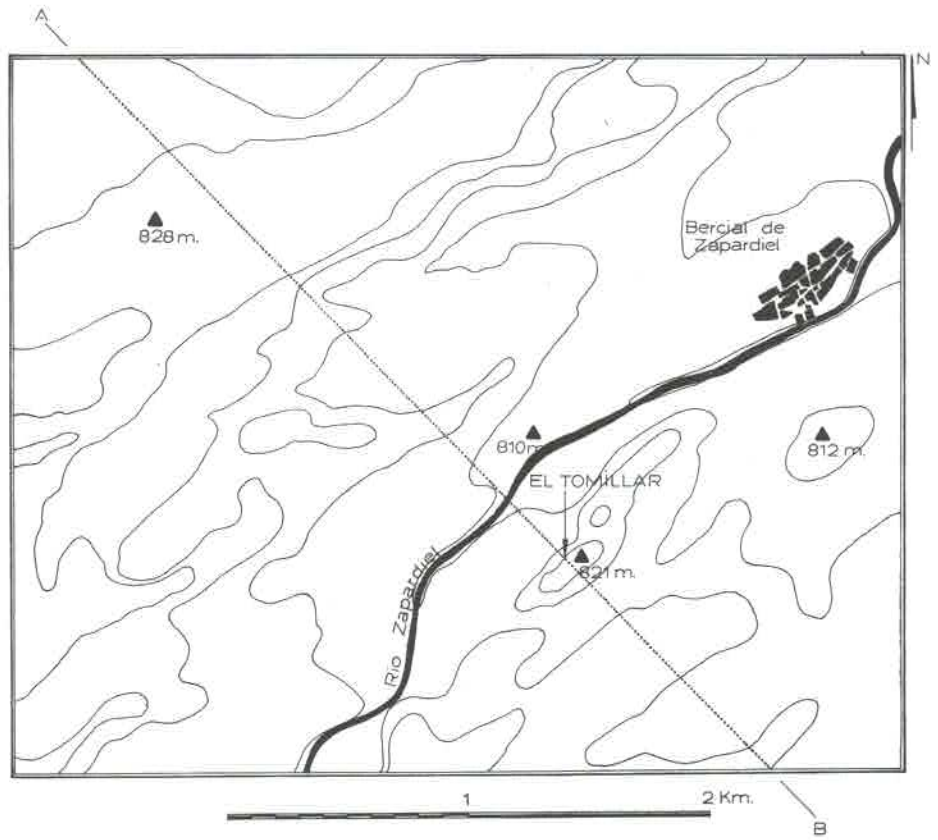


FIG. 1. *Situación de El Tomillar dentro de la Península Ibérica*



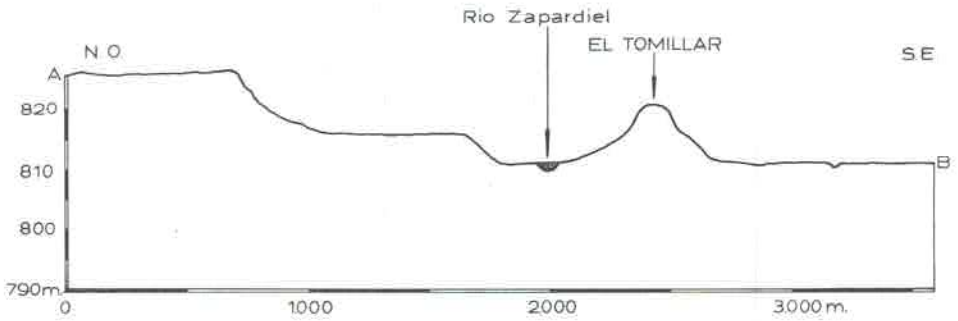
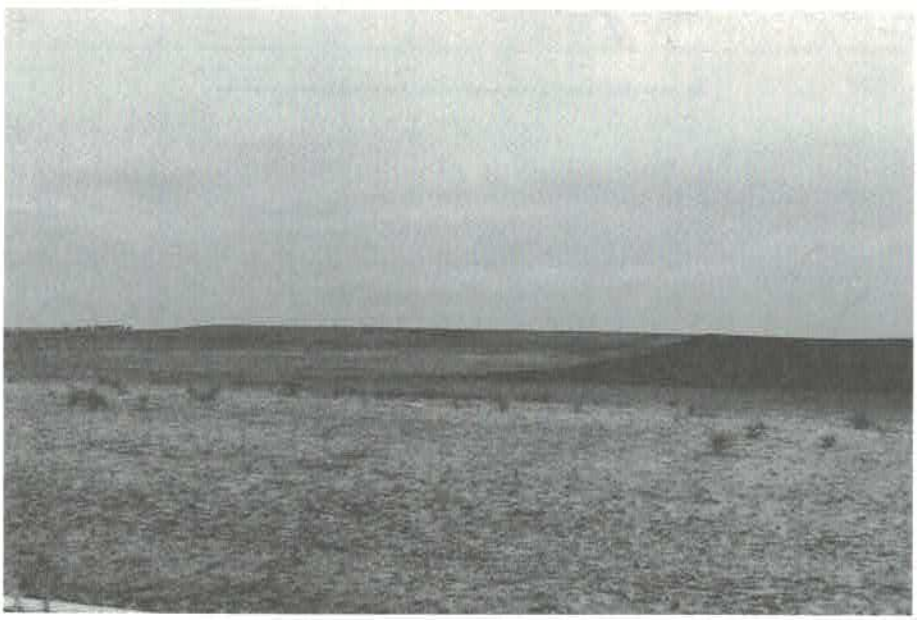


FIG. 2. *Sección N.O./S.E. de la zona de El Tomillar*

El paisaje actual del yacimiento ha sufrido diferentes transformaciones en los últimos cuarenta años, adaptando lo que fue terreno de monte bajo y encinar al cultivo intensivo, sin que queden ya muchas huellas del aspecto anterior, debido al deseo generalizado de crear terrenos regularizados donde el cereal y la remolacha puedan ser cultivados sin demasiados problemas. Es precisamente durante ese proceso cuando se ha descubierto y alterado gran parte del yacimiento en un intento paulatino y continuado de formar una suave ladera cultivable. Ya he dicho anteriormente cómo en algunos puntos del yacimiento la capa superficial ha desaparecido completamente dejando al descubierto el nivel de habitación, que es constantemente removido, al menos en su parte más alta, por las remociones anuales de las máquinas agrícolas. Como consecuencia de todos estos hechos, la estratigrafía del lugar es bien conocida, consistiendo en un sólo nivel arqueológico, de poca potencia que se asienta directamente sobre la roca madre.

Las coordenadas con respecto al M.T.N., Escala 1:25.000, Nº 454-IV (Langa) son: Latitud: 41º 02' 22". Latitud: 04º 58' 30".



FOTOGRAFÍA 1. *La loma de El Tomillar desde el Este*

LAS EXCAVACIONES

Hasta el presente los conocimientos sobre el yacimiento se basan en la prospección intensiva y en la excavación de cinco estructuras constituídas por fosas circulares o aproximadamente circulares excavadas en el suelo virgen con un proceso de relleno y utilización diferente para cada una de ellas, aunque existan determinadas similitudes entre algunas.

Las excavaciones se han centrado en la plataforma amesetada del alto de la loma y, en concreto, en la parte de ella que aparece levemente inclinada hacia el Norte. Ya he dicho que en la que se le opone, la que aparece ligeramente volcada hacia el Sur, constituyendo el inicio de la ladera por esa parte, es la más alterada por los trabajos agrícolas y en la que aparecen grandes manchas circulares de color oscuro, cuya alteración es ya irreversible y en la que se centrarán en un futuro próximo nuevas investigaciones.

La zona en la que se han llevado a cabo las excavaciones de urgencia ocupa un área de unos 1.400 m^2. De este área sólo se han excavado aquellas estructuras que previamente habían sido puestas de manifiesto por los arados, eso quiere decir que probablemente no son todas las que puedan existir en la realidad. Lo que sí es cierto es que lo hallado por ahora en esa parte del yacimiento son, solamente, fosas colmatadas con desechos y una de carácter funerario.

El sistema general de excavación utilizado una vez advertida la presencia de tierra oscura entre las remociones del arado, fue, primero, identificar en toda su extensión la mancha oscura que se manifestaba. Seguidamente se trazó una cuadrícula en la que quedaba incluída la mancha. En el vértice más alto de la cuadrícula se situó un Punto Cero particular al que irían referidas todas las profundidades. A continuación se excavaba la estructura en tramos horizontales variables de 5 a 10 cm. Sólo cuando lo aconsejaba la documentación de lo que iba apareciendo se modificaba este planteamiento. De cada uno de los tramos excavados se levantó un plano marcando los colores y la ubicación de cada uno de los materiales arqueológicos. Esto permitió, finalmente, reconstruir con facilidad la sección de la fosa y su proceso de colmatación. En el caso de la Fosa 1, aún siguiendo estas pautas, se amplió ligeramente el sistema dadas las características del depósito, como se explicará en su momento.

ESTRATIGRAFÍA

La estratigrafía conocida del yacimiento es muy simple: aparece primero una Capa Superficial de aproximadamente 30 cm. de grosor. En ella hay algunos fragmentos cerámicos habitualmente muy rodados. En la zona donde se han llevado a cabo las excavaciones, inmediatamente debajo de la Capa Superficial aparecen las fosas excavadas en el suelo virgen. No media entre una y otras ningún nivel. Sin embargo, en la zona donde aparecen las grandes manchas,

debajo de la Capa Superficial aparece un nivel de habitación con materiales cerámicos y óseos muy abundantes y concentrados.

Las únicas intrusiones se encuentran en la Capa Superficial y consisten en cerámicas a torno procedentes de los yacimientos altomedievales que existen en el entorno.

FOSA 1

Fue localizada, como ya se ha dicho, por la presencia de algunos molares humanos en la tierra removida por el arado. No se observaban diferencias de

FIG. 3. *Fosa 1. Primera planta de enterramientos*

coloración superficiales. Las rejas del arado habían penetrado unos 30 cm., lo suficiente como para tocar los restos más abultados, como los cráneos, algunos de los cuales se vieron alterados sustancialmente, aunque permanecieron *in situ*.

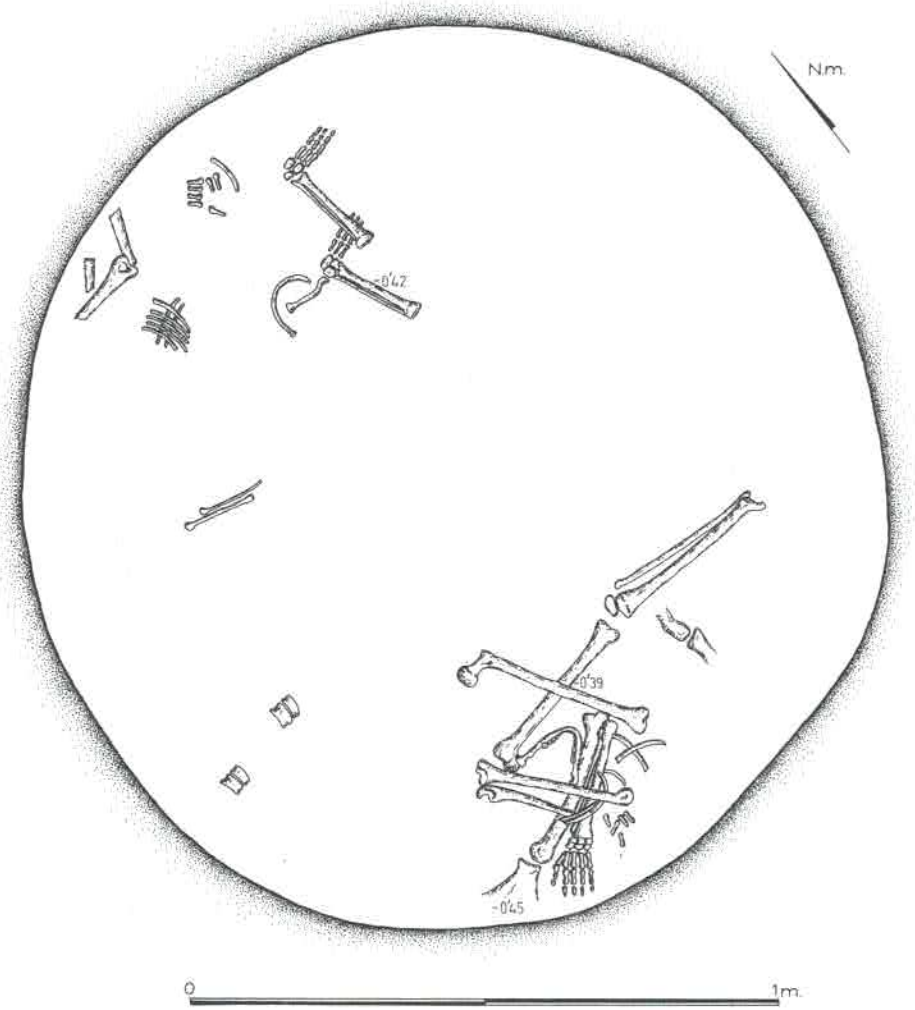


FIG. 4. *Fosa 1. Segunda planta de enterramientos*

La excavación consistió en marcar una cuadrícula de 3 x 2 m. en torno a los restos superficiales, colocándose el Punto Cero de todas las cotas en el ángulo S-E, sobre la superficie actual del terreno. Por ello, las cotas dadas a cada hueso son las reales respecto al suelo actual en el punto más alto de lo excavado.

Cada hueso fue debidamente coordenado y dibujado a escala antes de su extracción, correspondiéndole un número de orden que sirvió tanto para recomponer en todo momento su posición como para contribuir a su identificación posterior.

Tras un nivel de unos 30 cm. constituído por las tierras sueltas removidas por el arado, entre las que aparecían algunos huesos humanos muy fragmentados, apareció una mancha circular de color marrón amarillento mezclada con cenizas muy finas, en contraste todo ello con el amarillento general del entorno. Se trataba de una fosa cuyo diámetro —muy regular— oscilaba entre 1,48 y 1,52 m. Aparecía a una cota de -0,30 a -0,36 m. y finalizaba, de forma horizontal, a -0,62 m. Por tanto, entre 26 y 32 cm. es el espesor estratigráfico de la estructura.

La estratigrafía general de lo excavado presentaba esta sucesión de niveles:

I. Superficial. Previo a la aparición de la fosa. Tierras de color amarillento a marrón. Es el nivel general que se superpone en todo el yacimiento al inicio de las estructuras. Se trataba en el caso concreto de la Fosa 1 de tierras sueltas entre las que aparecían algunos fragmentos de huesos sacados por el arado del inicio de la fosa. Tenía una potencia de 25-30 cm. En los últimos 10 cm. aparecían cenizas mezcladas con la tierra procedente ya del Nivel II, consecuencia directa de la acción del arado.

II. Se iniciaba con la aparición de las paredes de la fosa. Tierra marrón amarillenta mezclada con cenizas muy finas. Iba desde la cota -0,30 m. a la -0,42/-0,45 m. Al final de ella aparecieron los enterramientos, quedando estos en contacto con el Nivel IV, al ser el III parcial y aparecer precisamente donde no había enterramientos.

III. Lo constituían un suelo parcial de barros cocidos informes con algunas improntas vegetales aisladas. Aparecía con cierta variabilidad entre las cotas -0,34 y -0,42 m. siendo su grosor igualmente variable. En torno a la cota -0,44 m. ya no aparecía en ningún punto.

IV. Se trataba de un nivel general de cenizas muy finas y compactas procedentes de una gran hoguera que se extinguió totalmente. La parcialidad de la capa de barro hizo que tuviera más potencia en unos puntos que en otros. Así, donde había barro, alcanzaba unos 10 cm., llegando a 15 donde éste no aparecía. Finalizaba a una cota uniformemente horizontal de -0,52 m., en un suelo virgen de color amarillento y aspecto limoso. Del escaso carbón vegetal aparecido en este nivel pudieron tomarse dos únicas muestras para análisis de C-14. Sobre él se depositaron los enterramientos humanos. Sólo al final, cuando los restos humanos eran ya esporádicos e inconexos, aparecieron algunos fragmentos de huesos pertenecientes a animales; entre ellos, un fragmento del cráneo y la mandíbula de una cabra. Con ellos y en la misma disposición anárquica, aparecían trozos de cerámica de pequeño tamaño que han contribuido a la caracterización cultural del depósito.

Afortunadamente, los enterramientos contenidos en la fosa no fueron alterados sustancialmente por la acción de las rejas del arado. Las características de la tierra permitieron reconocer las marcas dejadas por las cuatro rejas y su efecto sobre los esqueletos, que consistió fundamentalmente en el aplastamiento de

algunos huesos. Por lo tanto, puede decirse que el depósito fue estudiado *in situ* y sin alteración sustancial que pudiera afectar a las conclusiones de este trabajo.

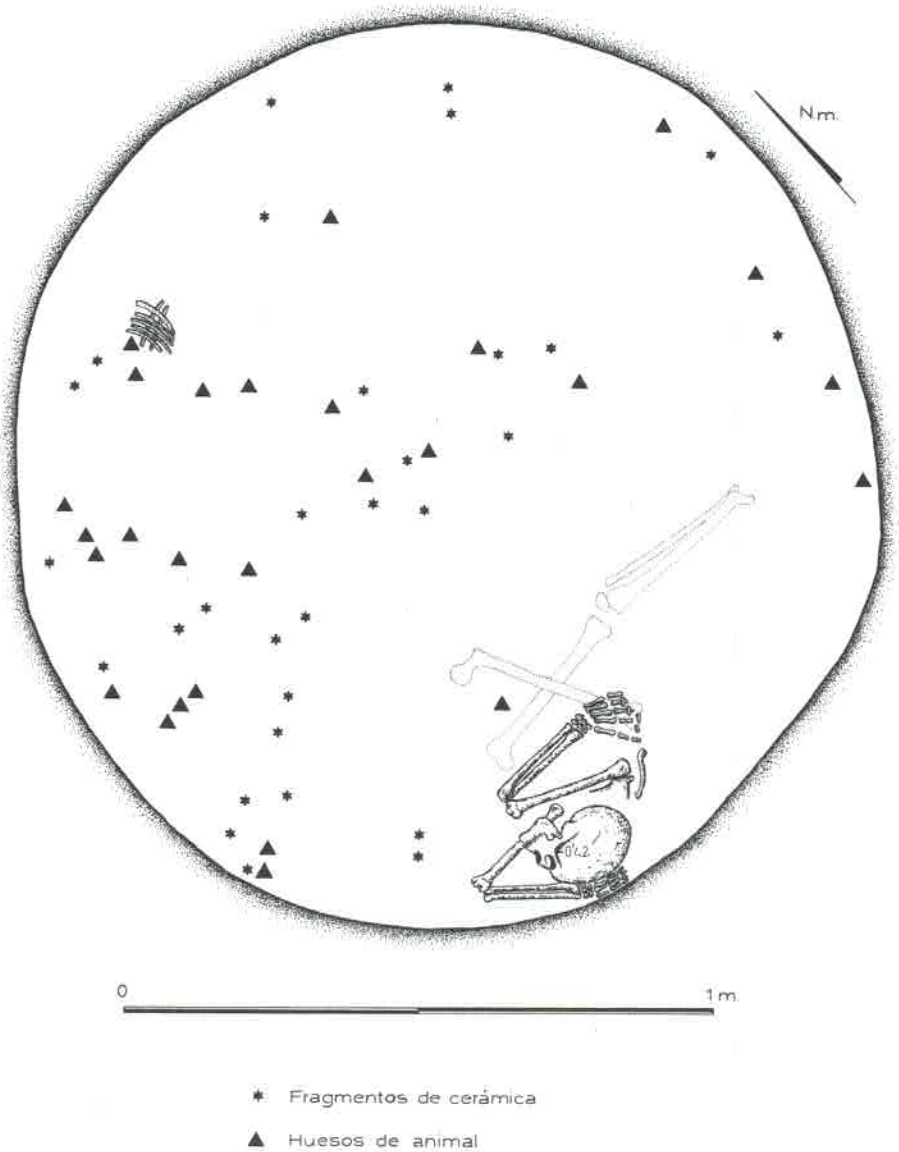


FIG. 5. *Fosa 1. Tercera planta de enterramientos y materiales arqueológicos asociados directa o indirectamente*

En líneas generales puede decirse que se trata de una fosa circular, excavada en el suelo virgen, que sirvió para llevar a cabo un enterramiento colectivo. No parece fácil llegar a saber si los huesos de animal esparcidos en el fondo, las cenizas y el barro quemado tuvieron alguna relación directa con el hecho de que fuera concebido el lugar como panteón o, solamente, son el testimonio de una actividad previa al último fin. Lo que sí puede asegurarse es que cuando la fosa estaba completamente vacía se llevó a cabo allí una gran hoguera a la que dejaron reducirse prácticamente toda ella a cenizas. Mientras el fuego aún era vivo se arrojó a él una cierta cantidad de barro fresco que ocupó de

FIG. 6. *Fosa 1. Relación entre el suelo de arcilla quemada y las inhumaciones*

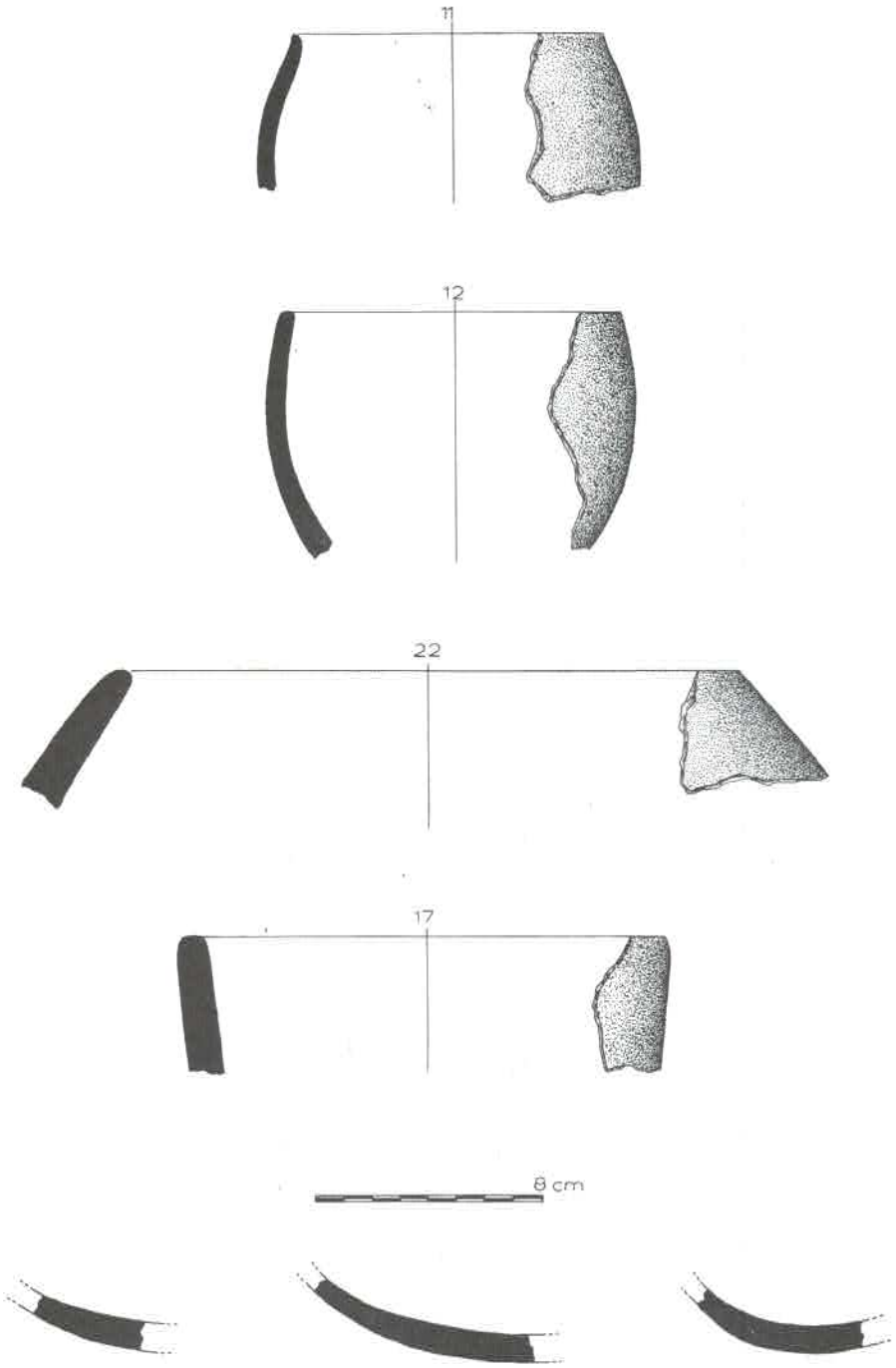


FIG. 7. *Fosa 1. Bordes y fondos*

manera irregular, sobre todo, la parte S-E. Prueba de la intensidad del fuego es que quedó cocido, presentando en buena parte de los casos un color gris-negro. Este barro, que no constituye un suelo homogéneo ni perfectamente horizontal, presenta huellas externas e internas de vegetales, aunque no en la línea de las conocidas pellas de barro relacionadas con las paredes de cabañas. Se trata, más bien, de huellas de vegetales con poca consistencia, adheridas al barro y desaparecidas al contacto con el fuego. Puede decirse que no se tuvo demasiado cuidado con él. Esta presencia más o menos importante de barro irregular, unida al hecho de aparecer huesos de ovicápridos fragmentados y trozos de cerámica más o menos informes en el fondo de la fosa, induce a pensar que en principio debió de tratarse de una de esas frecuentes estructuras que se han dado en llamar "fondos de cabaña", "basureros", "hoyos", etc., convirtiéndose después, sin demasiadas preocupaciones estéticas, en panteón colectivo. Así las cosas, sobre la capa de cenizas de la hoguera u hogueras comenzaron a depositarse cadáveres cuyas circunstancias y características serán descritas a continuación. Algo que parece claro es que cuando los cadáveres se depositaron sobre las cenizas, éstas en ningún caso eran otra cosa que cenizas: ninguno de los huesos humanos hallados apareció con huellas de exposición al fuego.

El enterramiento colectivo

A partir de los datos proporcionados por el Dr. F. Etxeberría, que se expondrán detalladamente como apéndice, se ha podido conocer que fueron un mínimo de 11 los individuos inhumados en la fosa. La observación detenida de las circunstancias que rodean a los restos induce a creer que las inhumaciones tuvieron lugar a lo largo de un determinado período de tiempo, es decir, que no se trató de un enterramiento simultáneo que hubiera podido explicarse como consecuencia de un hecho catastrófico o algo similar y que hubiera servido fácilmente, quizá, para dar explicación a la ausencia de ajuares.

Unos individuos aparecieron completos o semicompletos y de otros sólo se hallaron restos sueltos, bien porque se hubieran corrompido previamente, bien porque la deposición de los cadáveres en la fosa fuera de carácter secundario. Todos fueron ajustados a las dimensiones de la fosa. En la zona donde apareció el barro cocido era donde menos cantidad de huesos había.

Al ser los dibujos lo suficientemente explícitos no parece necesario entrar en otras descripciones que no sean las meramente particulares de cada uno de los individuos hallados. El Dr. Etxeberría ha identificado individuos completos, semicompletos y restos aislados. Guiados por esta división y por todas las precisiones por él indicadas, la descripción de cada una de las inhumaciones es la siguiente:

Individuo 1

Fue el primero en aparecer, por lo que debe de tratarse del último de los enterramientos. Se trata de un individuo masculino, adulto (entre 20 y 40 años)

que se presentaba completo a excepción de las extremidades inferiores, de una de las cuales tenía un fragmento. El hecho de faltarle el pie izquierdo debe atribuirse a la acción del arado, cuya huella en ese punto era clara. Tenía desplazado, aunque en su ámbito, el cráneo y la mandíbula aparecía a la altura de la pelvis. El resto permanecía en conexión anatómica, en posición de decúbito supino con la pierna derecha semiextendida y la izquierda flexionada. La orientación del tronco era Este-Oeste. El esqueleto aparecía en posición perfectamente horizontal entre las cotas -0,32 y -0,42 m., por lo que debió de ser depositado al mismo nivel que se iniciaba la fosa.

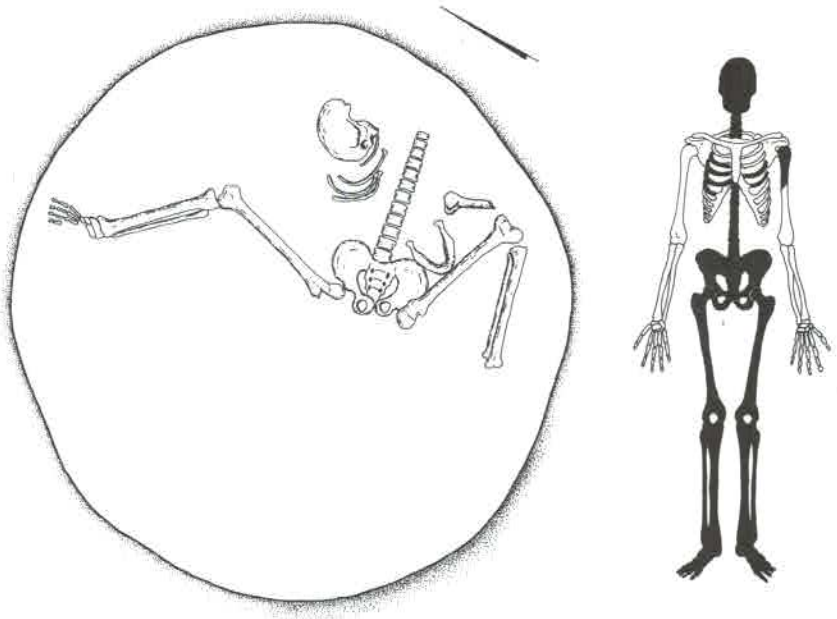


FIG. 8. *Fosa 1. Individuo 1*

Individuo 2

Apareció colocado en parte bajo el Individuo 1, adaptado a la curvatura de la pared Este de la fosa. Es un esqueleto prácticamente completo. La falta de los pies debe atribuirse con toda seguridad a la acción del arado, que como en el caso ya visto del 1, tiene bien atestiguada su huella en el punto donde faltan los huesos. No tienen la misma explicación, sin embargo, la falta de la mandíbula inferior y del tórax. Corresponde a un individuo adulto, masculino y maduro (entre 40 y 60 años). Apareció en decúbito prono, con los brazos extendidos y cruzados. En el momento de la deposición, el cadáver pudo ser colocado bien en la posición en la que apareció, bien en decúbito lateral derecho adaptándose mejor a la curvatura de la pared. En cualquier caso, cuando fue

depositado el 1 ya estaría el 2 en decúbito prono. El hecho de estar adaptado a una de las paredes debe de obedecer a que la longitud total del individuo era similar a la de la fosa en su diámetro mayor, por lo cual podría presentar alguna dificultad o significar perturbación para los restos de los individuos 3 y 4, si no se quería tener contacto con la zona de la capa de barro.

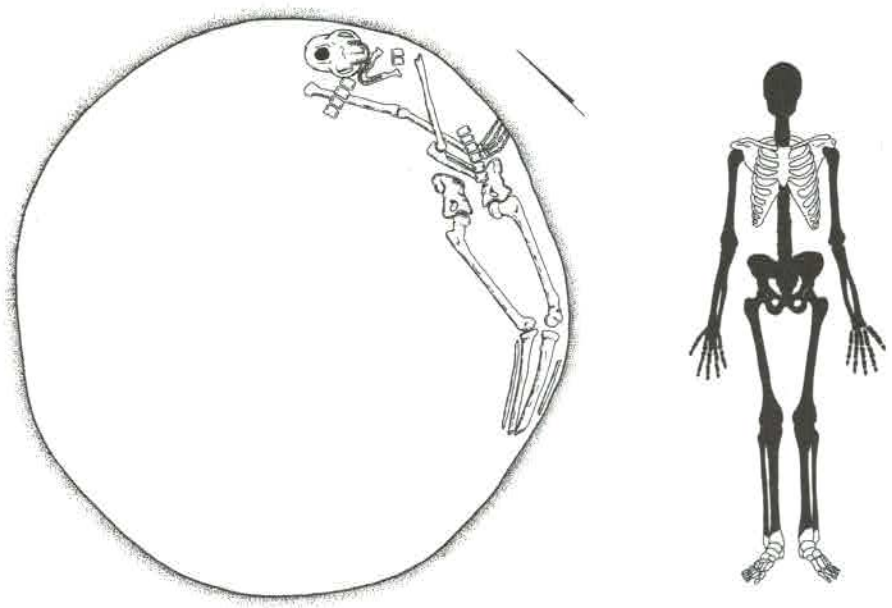


FIG. 9. *Fosa 1. Individuo 2*

Deben considerarse los individuos 1 y 2 como las últimas inhumaciones llevadas a cabo en la fosa, teniendo en cuenta, primero, las cotas a las que aparecen y, luego, la integridad que presentan los restos.

Individuo 3

Se trata de diversos restos de un individuo que no llegan a representar el 50% de un esqueleto. Aparecieron concentrados en la zona S-O de la fosa, tapando intencionadamente el cráneo y los brazos del individuo 4. En el conjunto de huesos hay que distinguir, por una parte, los hombros completos y los brazos plegados simétricamente sobre el pecho del individuo. Por otra, estarían una tibia y su peroné unidos a la zona distal de su fémur correspondiente; estos últimos están colocados sobre los brazos ya aludidos de tal forma que indican un desplazamiento involuntario de los restos cuando ya eran sólo huesos o una deposición de huesos solamente, entre los que algunos aún se encontraban unidos por ligamentos. No aparecieron restos de columna vertebral y sí

de algunas costillas. La mandíbula inferior aparecía entre los huesos aludidos. Todo ello correspondía a un individuo adulto masculino joven (20-40 años).

Las características de esta doble deposición parecen indicar que todo el conjunto se hallaba en posición secundaria. Probablemente el cadáver se encontraba colocado en otro punto, dentro o fuera de la fosa. En cierto momento y por causas difíciles de concretar, se quiso proteger el cráneo del individuo 4 con huesos del 3. En ese momento, el individuo 3, posiblemente corrompido ya, mantenía unidas algunas partes de su esqueleto. Por ello debió de colocarse en bloque el tronco. La pierna y la mandíbula se hallarían sueltas; tal vez el resto de los huesos de aquel individuo estaban ya confundidos entre otros de distintos cadáveres que no pudieron agruparse. Únicamente se asoció con todos ellos un brazo completo flexionado con su omóplato, que fue colocado entre los huesos del individuo 3 y el cráneo del 4.

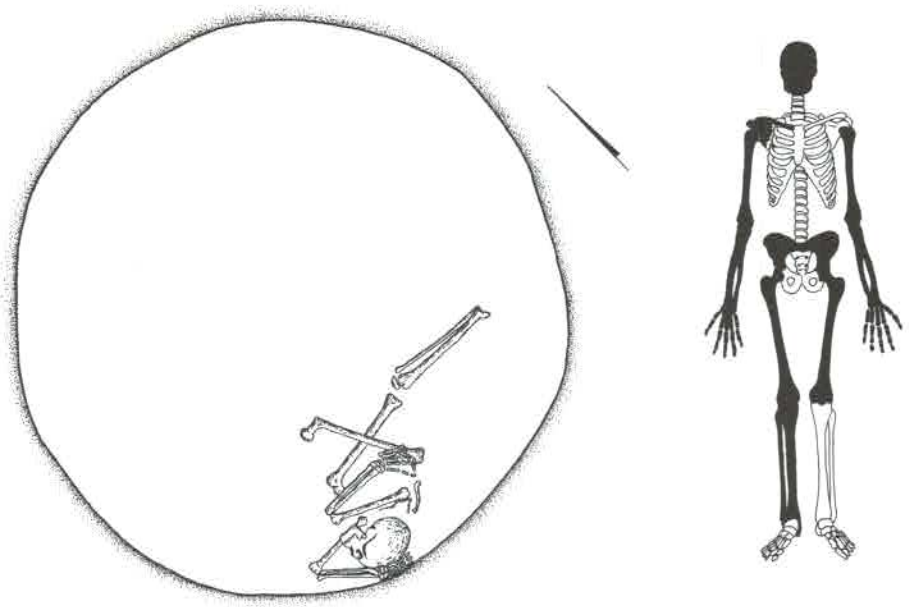


FIG. 10. *Fosa 1. Individuo 3*

Ante todo ello y, sobre todo, ante la clara intención que se observa en el conjunto, cabe preguntarse si, más que en una asociación marcadamente ritual, no se tratará del puro y simple impulso de asociar también en la muerte lo que estuvo próximo en la vida, costumbre que hoy, casi cuatro mil años después, aún permanece, aunque no por motivos tradicionales, sino por ser una respuesta lógica a los sentimentalismos que la muerte nos provoca.

Individuo 4

Ya se ha dicho que buena parte del individuo 4 estaba cubierta por algunos huesos del 3 en una acción claramente intencionada.

Los restos aparecen en la zona Sur de la fosa, tocando en parte con la pared. Se encuentran agrupados en dos conjuntos. Por un lado, están un cráneo completo con las tres primeras vértebras y los dos brazos —uno de ellos con omóplato y clavícula— flexionados, aunque de manera distinta: el brazo izquierdo se encontraba flexionado de tal manera que la mano quedaba a la altura del hombro, dejando que la cabeza se apoyara en la palma de la mano abierta, colocada a la altura del parietal izquierdo. El brazo derecho, que conservaba omóplato y clavícula, estaba flexionado a la inversa que su correspondiente, sobre la cintura, llevando la mano hacia la espalda. El cadáver fue inhumado con la mano semicerrada *(Foto 5).*

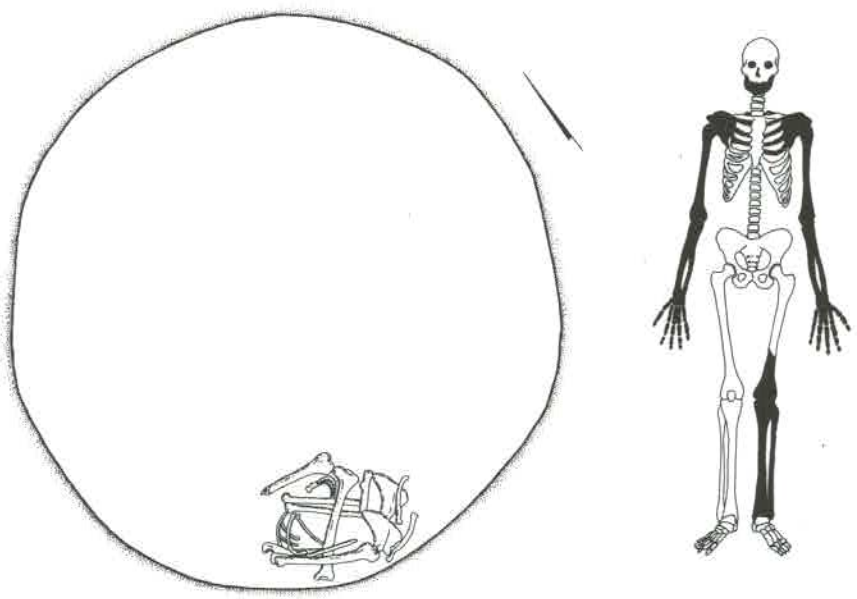


FIG. 11. *Fosa 1. Individuo 4*

El otro conjunto lo componen el coxal, dos fémures y la tibia y peroné izquierdos. Todos ellos se encuentran en decúbito prono, con los fémures cruzados hacia sus zonas centrales.

Las circunstancias de ambos conjuntos inclinan a pensar que el primero estaría *in situ,* mientras que el segundo probablemente fue desplazado levemente como consecuencia de las siguientes inhumaciones. Este desplazamiento pudo llevar consigo que se perdieran algunas partes del esqueleto, mientras que que-

daron las de más entidad, precisamente porque permanecieron unidas. Curioso parece el hecho de que el cráneo apareciera ligado a las tres primeras vértebras incitando a pensar, a propósito de la no aparición de las restantes vértebras, si no habría sido enterrado el cuerpo fragmentado. En cualquier caso, el cuerpo se pudrió extendido en una postura que parece indicar cierto relajamiento, una postura habitual durante el descanso nocturno infantil.

El individuo 4 era masculino, infantil, con una edad, según F. Etxeberría, en torno a los 8 años.

Restos sueltos

Paralelamente a lo anterior se observaban una serie de restos cuya particularidad principal parecía ser la de encontrarse al márgen de los cuatro conjuntos principales. Se trataba de restos de diferente entidad, mostrándose algunos agrupados o en conexión anatómica, de lo que parece deducirse su anterioridad respecto a los más completos, que precisamente serían los causantes de su agrupamiento, sobre todo, en torno al cuadrante N-E y N-O de la fosa. De entre todos ellos hay que destacar la presencia de dos cráneos sueltos y una mandíbula, en la zona en la que precisamente descansaban los cráneos del individuo 1 y del 2, como si en el momento de la deposición de los cadáveres se hubiera querido tener cercanos los cráneos de dos individuos fallecidos anteriormente. Este hecho sigue dándose en nuestro tiempo y se ha dado en todos.

FIG. 12. *Fosa 1.Restos sueltos*

Muy cerca de ellos aparecían las dos tibias, sus correspondientes peronés y los pies completos de un niño, mostrando una postura probablemente de decúbito lateral flexionado. El resto del esqueleto no apareció. A su lado, muy próximos a la pared de la fosa, se hallaron restos sueltos que debieron de ser apartados hacia este punto cuando aún algunos conservaban ligamentos que les mantenían unidos. Así, aparecen en conexión anatómica restos de una columna vertebral, un pie completo de un niño de dos años, una mano aislada de un individuo juvenil, el húmero de un niño de unos 8 años... etc. En el lado opuesto a donde se concentran estos restos aparecen, únicamente, un fémur completo con parte de su cadera correspondiente y de la tibia, así como algunas vértebras y costillas. En la zona Sur, integrada en el conjunto donde se hallaban los restos del individuo 3 y del 4, aparecía un brazo completo, a excepción de la mano, con restos del omóplato. Inmediata a este conjunto había una mano con restos del cúbito cuya fractura era actual, probablemente producida por el arado. Algunos otros huesos, muy fragmentados y con escaso interés, completan este apartado.

Interpretación

La interpretación de todo lo expuesto, aunque no demasiado complicada en sí misma, sí lo es, sin embargo, a la hora de encajar todo ello dentro del panorama funerario conocido para el final del Calcolítico y principios del Bronce Antiguo, en los que se conocen numerosos testimonios, pero no asimilables a lo visto en la Fosa 1. Una serie de circunstancias vienen a distinguir este depósito de los aproximadamente contemporáneos: enterramiento colectivo en fosa circular problablemente reaprovechada, consideración del lugar como panteón durante un tiempo, posturas atípicas de los cadáveres, ausencia de ajuar, etc.. Todas ellas confieren al presente caso una originalidad que merece ser estudiada detenidamente. En primer lugar, es preciso plantearse la posibilidad de que se tratara de una tumba improvisada producto de ciertos acontecimientos o circunstancias en el poblado. Por esto cabría pensar que los cadáveres habrían sido colocados en la fosa a la vez. Esto no sucedió. Claramente hay unas deposiciones más modernas (individuo 1 y 2) y otras anteriores, a las que se alteró de una u otra manera para colocar los cadáveres más modernos. Todo ello siempre que no fuera el enterramiento en la fosa la última etapa de un ritual en el que previamente los cadáveres habían estado en otro lugar, donde existía la posibilidad, por las razones que fuera (mutilaciones, exposición prolongada a la interperie con incidencia de alimañas... etc.), de que perdieran parte del cuerpo, de tal manera que cuando eran depositados en la fosa en muchos casos no estaban completos. Pero esto no parece probable: algunos restos, aunque incompletos, aparecieron en una disposición que indica la presencia originaria de un cuerpo completo en una postura determinada; ciertamente, a ese cuerpo le faltaban algunas o muchas partes, pero es más fácil que hubieran desaparecido con las posteriores manipulaciones en la fosa a que hubieran sido transportadas en partes sueltas de un lugar previo y se les hubiera colocado en la postura originaria. Me inclino, pues, por creer que si no todos, la mayoría de los cadáveres eran enterrados completos en la fosa y que la colocación de los más modernos alteraba la disposición de los que ya tenían corrompidas y desligadas muchas partes del esqueleto. Todo ello durante un período de tiempo

difícil de precisar, pero con toda probabilidad breve en número de años. Este hecho del estorbo de unos restos a la llegada de otros nuevos, sumado a que en muchos casos lo que se desplaza se hace implicando a huesos unidos aún por ligamentos, debe significar que los cadáveres no eran cubiertos por tierra: O bien estaban a la interperie o les protegía alguna estructura vegetal o pétrea que mantenía los restos aireados pero cubiertos. Esta última posibilidad parece, lógicamente, la más probable, sin perjuicio de que fuera sustituída por otra cuando se abandonó el poblado. Ninguna huella al respecto se halló en la excavación, cosa lógica si se tiene en cuenta el proceso paulatino de destrucción a que está sometido el yacimiento por las tareas agrícolas, unido a la circunstancia de encontrarse en ladera que fácilmente habría posibilitado la ruina y el arrastre de toda construcción realizada sin una buena solidez.

Podrían distinguirse, tal vez, tres momentos en la utilización de la fosa: el más reciente con los individuos 1 y 2, que aparecieron completos o prácticamente completos. Otro, anterior, en el que se había depositado el 4, al que se quiso proteger o asociar en parte con huesos de otro individuo, bien tomados al azar o con la intención premeditada de asociarlos. Estos huesos eran del individuo 3, cuyo enterramiento debió de ser anterior al 4. Todo esto debió de estar determinado por la inhumación del 1 ó del 2 y la perturbación que de lo existente ello significaba. Finalmente, anteriores serían los diversos restos encontrados en la zona N-E y N-O, que, sin orden, ya estarían esparcidos por la fosa y a los que se apartó sin demasiado interés en una zona, cuidando de colocar los cráneos cercanos a otros cráneos en el cuadrante N-E. Es necesario recordar de nuevo que la antigüedad o modernidad de unos respecto a otros no debe ir más allá de un número reducido de años, si no es ese demasiado tiempo.

El papel desempeñado por la capa parcial de barro o bien es independiente del uso como panteón de la fosa o tuvo algo que ver, aunque si fue así se colocó con anterioridad a las primeras deposiciones. Lo cierto es que parece ser que los enterramientos se llevaron a cabo eludiendo el suelo de barro, tal vez porque colocar los cadáveres sobre él significaría hacer sobresalir demasiado a los cuerpos, mientras que, donde no existía, el peso les haría hundirse lo suficiente en la ceniza como para que quedaran aproximadamente a la cota del inicio de la fosa.

Un hecho que llama poderosamente la atención es la postura de los cadáveres. Precisamente la falta de una constante es la norma. No hay dos casos con la misma disposición: decúbito prono con los brazos cruzados, decúbito supino con una pierna flexionada y la otra semiflexionada, decúbito lateral derecho flexionado, decúbito prono con la cabeza apoyada en un brazo y el otro flexionado hasta la cintura... etc., indican que no hubo un ritual en la postura, como se ha querido ver en numerosos casos en los que los cadáveres aparecen en posturas muy forzadas. Tampoco hubo una orientación uniforme de los cadáveres. La mayoría de los casos de la Fosa 1 dan la impresión de poseer una postura de descanso, como si hubieran sido trasladados los cadáveres del lecho a la fosa tal cual habían muerto.

Conviene considerar también, a la hora de llegar a un enjuiciamiento general, las edades de los individuos. F. Etxeberría, en su estudio de los restos

óseos, observa seis individuos menores de 14 años, uno entre 14 y 20, tres entre 20 y 40 y uno entre 40 y 60. No es determinante cualquier conclusión sobre estos datos, pero parece que podría considerarse en concordancia con el régimen de mortalidad y esperanza de vida en una población prehistórica que se desenvolvía en un medio cultural como el de El Tomillar.

Finalmente hay que aludir a la ausencia total de ajuar. No puede negarse que lo hubiera habido, desapareciendo como consecuencia de la fácil accesibilidad a la tumba una vez abandonada. Pero tampoco sería extraño que fueran enterrados sin él. A medida que las investigaciones avanzan, se observa que, si bien la norma es depositar ajuar, también se da con frecuencia el depósito del cuerpo sin más; e incluso dentro del mismo yacimiento aparecen enterramientos con ajuar y sin él. Probablemente no sería una cuestión de riqueza o pobreza, ya que un sencillo recipiente cerámico estaría al alcance de cualquiera.

Materiales cerámicos

Ya se ha dicho que la gran mayoría de los fragmentos cerámicos aparecidos fueron encontrados en la capa de cenizas, debajo de los enterramientos principales. Se trata en total de 29 fragmentos, fabricados todos a mano. De ellos, 5 son bordes, 3 son fondos aplanados y 21 son galbos. Predominan los fragmentos de tamaño pequeño-mediano (7 a 10 cm.) y faltan completamente los grandes fragmentos. Únicamente dos casan entre sí y lo hacen en fractrura antigua. Los grosores son de tipo medio casi con exclusividad. La calidad puede considerarse como aceptable, con fuego siempre reductor, coloraciones marrones oscuras y presentando a menudo manchas grises de diferente tamaño. Más de la mitad de las superficies están alisadas, la cuarta parte espatuladas y en seis casos bruñidas. Los desgrasantes, constituídos a base de mica, feldespato y cuarzo, varían de tamaño dentro de cada fragmento. Ninguno de ellos está decorado.

Fauna

En total aparecieron 45 fragmentos de huesos, de los que más de la mitad eran esquirlas. Entre ellos había un cuerno de ovicáprido, 4 fragmentos, al parecer, de la misma especie anterior, 1 fragmento de cráneo, 1 diente y 1 molar sueltos y algunos fragmentos de costillas de bóvido o équido. Entre las esquirlas había 4 con huellas de exposición al fuego.

Análisis de Carbono 14

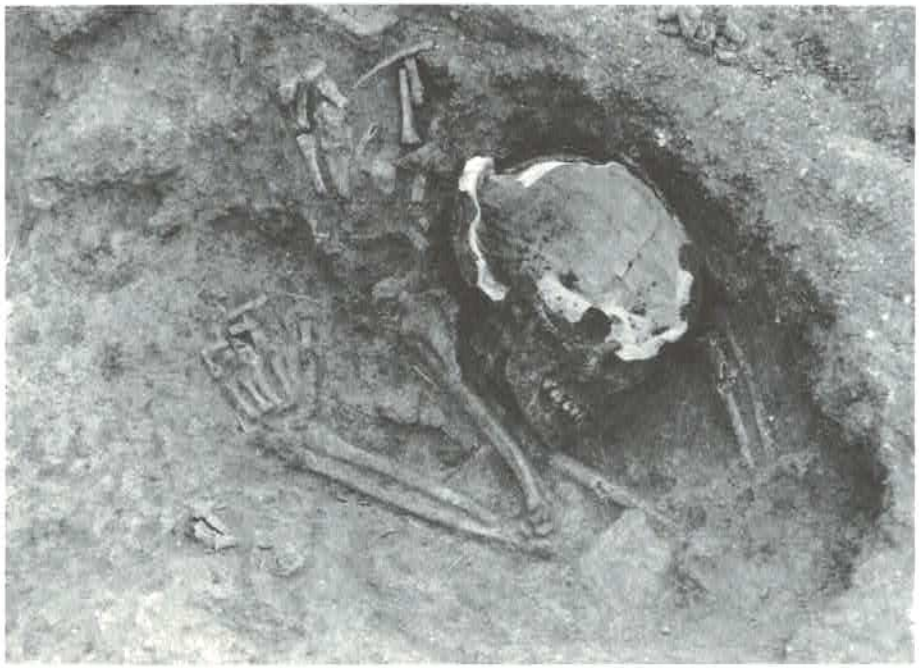
Dos muestras han sido analizadas por el Centrum voor Isotopen Onderzoek de la Universidad de Groningen (Holanda). Correspondían a carbones vegetales hallados entre las cenizas donde descansaban los huesos. El resultado obtenido fue el siguiente:

GrN. 17.344..... 3780 ± 100 B.P. ..... 1830 ± 100 a. Cr.
GrN. 17.345 ..... 3830 ± 95 B.P. ..... 1880 ± 95 a.Cr.

FOTOGRAFÍA 2. *Fosa 1. Primera planta de enterramientos*

FOTOGRAFÍA 3. *Fosa 1. Detalle de la primera planta de enterramientos*

FOTOGRAFÍA 4. *Fosa 1. Detalle de la planta primera de enterramientos*



FOTOGRAFÍA 5. *Fosa 1. Detalle de la planta segunda de enterramientos*

FOTOGRAFÍA 6. *Fosa 1. Detalle de la planta segunda de enterramientos*

INFORME SOBRE LOS RESTOS HUMANOS PROCEDENTES DEL ENTERRAMIENTO COLECTIVO DE "EL TOMILLAR" (BERCIAL DE ZAPARDIEL. ÁVILA)

FRANCISCO ETXEBERRÍA GABILONDO

Departamento de Antropología. Sociedad de Ciencias Aranzadi. Museo de San Telmo. Donostia-San Sebastián.

Departamento de Medicina Legal. Facultad de Medicina. Universidad del País Vasco. Donostia-San Sebastián.

RESUMEN

Se describen las observaciones de interés antropológico del yacimiento con algunas consideraciones sobre las características del enterramiento y la interpretación del conjunto sepulcral desde la antropología forense.

1. ANTECEDENTES

El 20 de mayo de 1990 el Sr. Francisco Fabián, Director de la excavación arqueológica llevada a cabo entre septiembre y octubre de 1989 en la fosa 1 del yacimiento sepulcral denominado "El Tomillar", en Bercial de Zapardiel (Ávila), nos entrega los restos esqueléticos humanos con el fin de proceder a su estudio desde la óptica de la antropología. Los hallazgos cerámicos y las dataciones radiocarbónicas orientan la sepultura a una cronología del final del Calcolítico y principios de la Edad del Bronce.

Junto a los restos humanos nos fueron facilitadas numerosas fotografías y los correspondientes dibujos seriados de los hallazgos con las observaciones e interpretaciones obtenidas durante las fases de excavación. De este modo, intentaba esclarecer, principalmente, la posibilidad de la inhumación simultánea de los cadáveres y/o la práctica de algunas manipulaciones en los mismos o sus restos cadavéricos.

2. Los restos humanos

2.1. *Características de la muestra*

Todos los huesos y sus fragmentos se hallan siglados de modo diferenciado posibilitando la reconstrucción sobre sus lugares de procedencia y posición con apoyo en el dibujo de los planos elaborados durante la excavación. Asimismo se encuentran restaurados con pegamento en la medida de las posibilidades reales de cada una de las piezas esqueléticas.

En general la muestra se presenta de modo desigual en lo que respecta al grado de conservación-fragmentación. Tan sólo una mínima parte permiten obtener medidas completas desde el punto de vista antropométrico.

La textura de los restos esqueléticos es fuerte y no existen signos de corrosión en sus superficies. El color es homogéneo pardo muy claro y la tierra que les acompaña es de color pardo rojizo. Tampoco existe rastro alguno de efectos del fuego ni del calor.

2.2. *Inventario*

Se numeran individualmente o en asociaciones de acuerdo con el número dado durante la excavación, que se corresponde a su vez con las coordenadas de situación en la fosa. Los intervalos numéricos que en algunos casos aparecen corresponden a la coordenación de elementos no óseos y que por tanto no interesan al estudio antropológico.

La identificación de cada una de las piezas arroja el siguiente resultado:

Nº 1. Vértebra C1, 3 vértebras dorsales, vértebras lumbares L1,L2,L3 y L4. Sacro completo (sacralización de L5), 2 fragmentos costales, fragmentos de 3 apófisis espinosas.

Nº 2. Fémur derecho (410 mm.) adulto joven.

Nº 3. Fémur izquierdo (408 mm.) Rótula izquierda. Adulto joven grácil.

Nº 4. Tibia izquierda (325 mm.) Peroné izquierdo.

Nº 5. Coxal izquierdo (falta región sinfisaria). Masculino adulto joven.

Nº 6. Coxal derecho.

Nº 7. Calcáneo y astrágalo izquierdo. 2 huesos del tarso.

Nº 8. 2 calcáneos derechos, astrágalo derecho, 6 huesos del tarso, 2 metatarsianos, esquirlas pertenecientes a tibias y fragmento proximal de fémur. (Son restos de dos individuos adultos diferentes).

Nº 10. Mano completa y fragmento de cúbito.

Nº 11. Fémur izquierdo (medio distal). Tiene un pequeño osteoma en la línea áspera.

Nº 12. Tibia y peroné derechos.

Nº 13. Húmero derecho (fragmento medio proximal). Se relaciona con el nº 86.

Nº 14. Tibia izquierda (323 mm.), peroné izquierdo (relacionado con el nº 11). Adulto; ha fusionado recientemente la epífisis de la meseta tibial; peroné sin fusionar (157 mm.).

Nº 15. Cúbito y radio derecho infantil (6-7 años).

Nº 16. Neurocráneo, mitad izquierda. Otros fragmentos craneales. Pieza dentaria I1 superior derecho con escasa abrasión. Apófisis mastoides fina. Huesos wormianos en sutura lambdática. Sutura coronal semiborrada. Cráneo espeso, 1 cm. aproximadamente. Arcos superciliares no abultados. Individuo varón, adulto joven.

Nº 17. Calota craneana. Dolicocéfalo. Suturas borradas casi por completo, arcos superciliares poco abultados. Suturas borradas en cara interna. Individuo maduro senil. Erosión frontal en el lado derecho.

Nº 18. Neurocráneo mitad derecha, desde el frontal hasta sutura. Temporal incompleto, hueso molar derecho. Arcos superciliares poco abultados. Piezas dentarias I2 y C derechos superior en maxilar; PM y M3 desgastado. Fragmento de escápula. Individuo varón, adulto joven.

Nº 20. Fragmento de sacro. Fragmento vértebra dorsal y vértebra lumbar. Adulto joven.

Nº 21. Fragmento de coxal, hueso malar incluido.

Nº 22. Coxal derecho e izquierdo (Cotilo derecho con osteofitosis discreta).

Nº 23. Fémur derecho.

Nº 24. Diáfisis de fémur derecho. Diáfisis de peroné (Infanto-juvenil?).

Nº 25. Rótula, tibia y peroné derechos (310 mm.). Astrágalo derecho. Juvenil (relacionado con el nº 24).

Nº 26. Vértebras infantiles.

Nº 27. Fragmento costal.

Nº 28. Dos costillas.

Nº 29. Maxilar inferior (dientes deciduales, I1 definitivo apuntando sin salir en el alvéolo, M1 sin emerger). Infantil, varón.

Nº 30. Maxilar inferior (M1 definitivo, M2 está saliendo, PM2 derecho emergiendo, empujando al decidual). Infantil, varón.

Nº 31. Tercio distal de húmero izquierdo.

Nº 32. 4 metacarpianos, 12 falanges de mano ¿juvenil?. (Epífisis sin soldar).

Nº 33. 5 vértebras cervicales (C1 y C2), astrágalo y calcáneo izquierdos, 1 falange, epífisis distal de tibia. Infantil.

Nº 34. 6 fragmentos costales.

Nª 35. Fémur izquierdo con epífisis sin soldar (300 mm.), rótula, pelvis, proximal de tibia izquierda. Infantil, 8 años (relacionado con el nº 39).

Nº 36. Fragmentos costales.

Nº 37. Maxilar inferior entero. M3 emergido, falta el 2PM derecho. Varón adulto.

Nº 38. 6 vértebras cervicales (C1 y C2). Adulto muy menudo.

Nº 39. 2 vértebras lumbares, sacro. Infantil.

Nº 40. Fragmentos costales, incisivo. Infantil.

Nº 41. Maxilar inferior entero.

Nº 42. Fragmentos costales.

Nº 43. 3 costillas y fragmentos costales.

Nº 44. Costillas.

Nº 45. 5 fragmentos costales.

Nº 46. 3 costillas y fragmentos costales.

Nº 47. Fragmentos costales. Infantil.

Nº 48. Fragmentos costales de ambos hemitórax. Adulto.
Nº 50. PM.
Nª 51. I1 superior izquierdo.
Nº 52. I2 superior.
Nº 53. PM.
Nº 54. Fragmentos costales, epífisis distal de fémur. Infantil.
Nº 55. Fragmento costal.
Nº 56. 5 fragmentos costales y otros.
Nº 57. Húmero derecho (125 mm.); es parejo del nº 117. Infantil, 2 años. Peroné (epífisis sin soldar), mitad distal (infantil), cabeza de fémur (juvenil?). Mismo individuo infantil, no corresponde al húmero.
Nº 58. Fragmentos costales.
Nº 59. 8 metacarpianos. Infantil.
Nª 60. 3 metatarsianos. Infantil.
Nº 61. Fragmentos vertebrales.
Nº 62. Tibia y peroné, 4 metatarsianos, astrágalo. Huesos del pie del mismo individuo. Infantil (relacionado con el nº 63).
Nº 63. Tibia derecha (145-150 mm.), peroné y astrágalo, metatarsianos y falanges. Infantil.
Nº 64. 3 metatarsianos (infantil), astrágalo y calcáneo derecho (infantil), hueso del tarso.
Nº 65. Clavícula derecha (infantil). Podría corresponder al nº 118.
Nº 66. Cúbito (111 mm.) y radio derecho. Infantil.
Nº 67. Clavícula derecha (infantil), fragmento costal.
Nº 68. Tibia derecha (osteoma en el tercio proximal) Tibia izquierda (osteomas múltiples). Rótula derecha. Diáfisis peroné derecho e izquierdo. Primer metatarsiano. 4 fragmentos costales.
Nº 69. Fragmento distal de cúbito y radio izquierdo. Primer metatarsiano. 4 fragmentos costales.
Nº 70. Calcáneo y astrágalo izquierdo.
Nº 71. Fémur izquierdo (380 mm.), rótula izquierda.
Nº 72. Fragmento cráneo. Infantil (1 año).
Nº 73. Cúbito derecho. Radio derecho. (Relacionado con el nº 13).
Nº 74. Peroné infantil (en torno a 220 mm.) y esquirlas.
Nº 75. Rótula izquierda. Tibia izquierda. Peroné izquierdo. Infantil (Relacionado con el nº 101).
Nº 76. M1 infantil.
Nº 77. Clavícula izquierda. (Relacionada con el nº 112).
Nº 78. 4 vértebras cervicales. Adulto (Algún osteofito).
Nº 79. Coxal derecho. Fémur derecho (infantil). Fragmento de meseta tibial. Cóndilo femoral en 2 fragmentos y fragmento costal.
Nº 80. Vértebra cervical C2 (artrosis en odontoides). Húmero izquierdo (falta cabeza humeral). Escápula derecha. Cúbito (227 mm.) y radio izquierdo (203 mm.) con lesión degenerativa en la superficie distal, osteofitosis en la apófisis estiloides. 4 metacarpianos izquierdos. 7 falanges. Huesos del carpo (artrosis en el carpo).
Nº 81. 8 fragmentos costales. Metacarpiano.

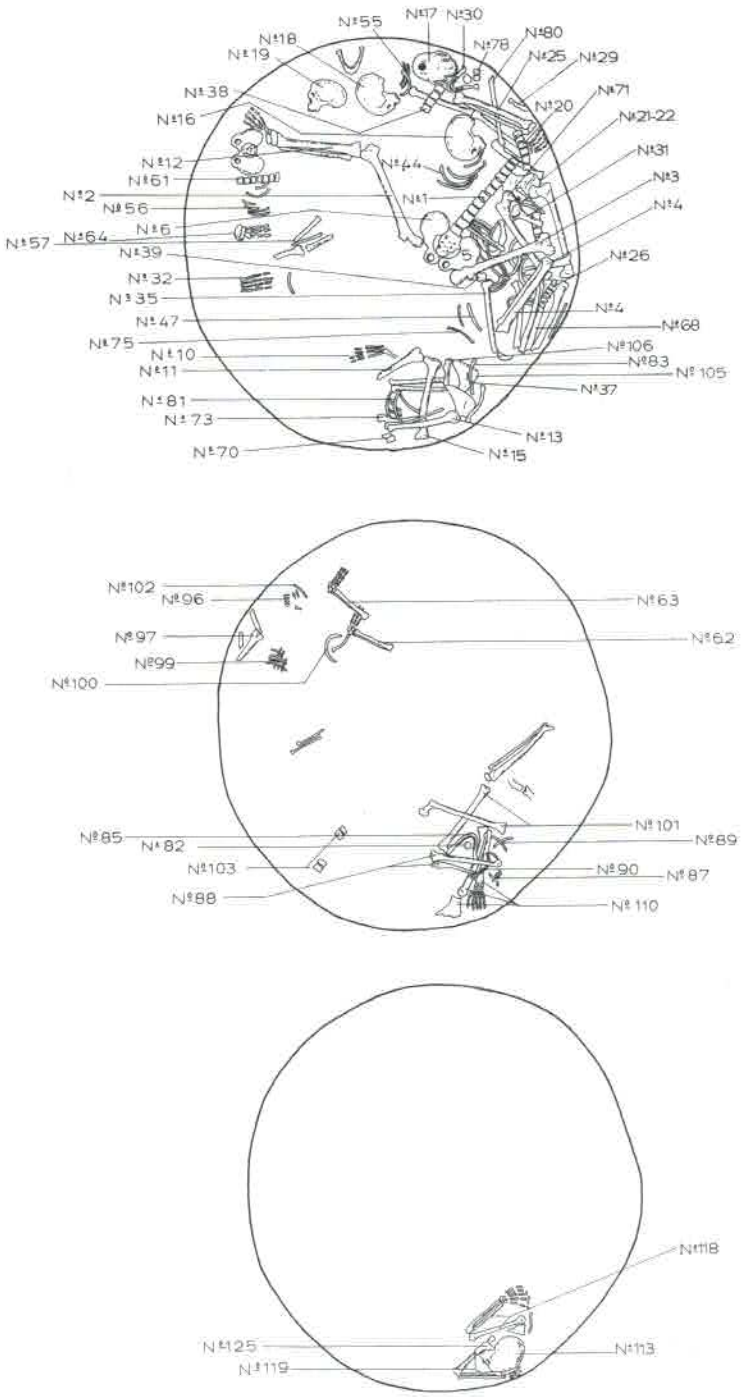


FIG. 13. *Fosa 1. Numeración de orden de los restos humanos*

Nº 82. Rótula. (Relacionada con el nº 101).

Nº 83. Clavícula derecha.

Nº 84. Coxal derecho y sacro articulado.

Nº 85. Maxilar inferior. Adulto, joven, masculino, no muy robusto.

Nº 86. Escápula derecha. (Relacionada con nº 13 y 77).

Nº 87. 4 falanges. 3 metacarpianos de la misma mano.

Nº 88. Cúbito izquierdo. Húmero izquierdo (260 mm.) juvenil; falta por fusionar la cabeza del húmero.

Nº 89. Falange. 2 costillas. Infantil.

Nº 90. 6 fragmentos costales.

Nº 91. Húmero derecho (falta cabeza humeral). Cúbito y radio derecho. Hueso del carpo. 3 metatarsianos, 12 falanges. Fragmento costal.

Nº 92. Vértebra cervical C1. Infantil.

Nº 93. 6 fragmentos costales y esquirlas. Masculino adulto.

Nº 94. 3 fragmentos costales y esquirlas.

Nº 95. 4 vértebras cervicales. Infantil (1 año).

Nº 96. 4 metatarsianos y distal de peroné.

Nº 97. Medio proximal de húmero. Tercio proximal de cúbito. Esquirlas.

Nº 99. Fragmentos costales y arcos vértebras. Infantil.

Nº 100. Fragmento costal.

Nº 101. Fémur derecho e izquierdo. Infantil. Faltan epífisis distales.

Nº 102. 2 fragmentos costales.

Nº 103. Sacro, vértebra lumbar. Infantil.

Nº 104. Fragmento escápula.

Nº 105. Escápula izquierda. (Relacionada con el nº 86).

Nº 106. Fragmento costal. Radio izquierdo (medio proximal). 2 metatarsianos.

Nº 107. Escápula (juvenil). 5 fragmentos costales.

Nº 108. Fragmento sacro. (Relacionado con el coxal nº 109).

Nº 109. Coxal derecho e izquierdo. Infantil. Relacionado con fémur del nº 101.

Nº 110. Húmero izquierdo (280 mm.). Escápula izquierda. Cúbito izquierdo (280 mm.) radio izquierdo. Huesos del carpo. 5 metacarpianos. 14 falanges (misma extremidad).

Nº 111. 9 costillas (infantil). Fragmento esternón (infantil). Escafoides (infantil).

Nº 112. Clavícula derecha. (Relacionada con nº 77).

Nº 113. Cráneo y esplacnocráneo (individuo masculino, infantil). Maxilar superior entero, sin expulsar el canino de leche y con el canino definitivo al exterior. Falta el I1 superior izquierdo. Incisivos y M1 definitivos (infantil, 8 años). Maxilar inferior completo, ambos M3 y M2 sin emerger. Abrasión en M1 derecho. Tres primeras vértebras cervicales.

Nº 115. Clavícula derecha (infantil). 1 metacarpiano. 2 huesos del tarso. 2 falanges. 4 metatarsianos.

Nº 117. Húmero izquierdo (130 mm.) Infantil (2 años).

Nº 118. Húmero derecho (205-210 mm.); 4 metacarpianos; 11 falanges de manos; 4 huesos del carpo; cúbito derecho (175 mm.); escápula derecha; radio derecho (155 mm.); clavícula izquierda; fragmento costal. Infantil (8 años).

Nº 119. Húmero izquierdo; cúbito y radio izquierdo; 8 falanges; 2 metacarpianos; 2 huesos del tarso; 2 fragmentos escápula izquierda. Infantil.

Nº 120. Fragmento escápula y fragmentos costales.

Nº 122. I1 superior derecho.

Individuo 1. Corresponden los Números: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 12, 15, 121.

Individuo 2. Números: 20, 21, 22, 23, 27, 68, 71, 80, 91, 92, 93, 94, 95.

Individuo 3. Números: 10, 11, 13, 14, 69,73, 75, 77, 81, 82, 83, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 101, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112.

Individuo 4. Números: 113, 117, 118, 119, 120.

3. Aspectos de antropología

La muestra representa a un mínimo de once individuos de los que cuatro son adultos, uno es juvenil y seis son infantiles. De estos últimos, dos son menores de 2 años, uno es de 6, otros dos de 8 y uno de más de 10 años.

Subadultos:

— Infantil (menos de 14 años): 6
— Juvenil (14 a 20 años): 1

Adultos:

— Adulto joven (20 a 40 años): 3
— Adulto maduro (40 a 60 años): 1
— Adulto senil (más de 60 años): 0

De este modo, los identificados durante la excavación quedan así:

— Individuo 1: adulto joven, masculino.
— Individuo 2: adulto maduro, masculino.
— Individuo 3: adulto joven, masculino.
— Individuo 4: infantil.

A pesar del mal estado de conservación de los cráneos adultos, en los que falta el esqueleto de la cara, los tres individuos mejor representados, todos ellos masculinos, corresponden a una tipología mediterránea grácil.

La estatura ha sido calculada a través de los huesos largos de las extremidades inferiores empleando las tablas de MANOUVRIER. Los tres individuos adultos que permiten esta evaluación se encuentran en una talla que puede estimarse entre baja y mediana (la talla baja corresponde a medidas inferiores a los 159,9 cm. y la mediana entre 160-169,9 cm.).

— Individuo 1: 160 cm.
— Individuo 2: 152 cm.
— Individuo 3: 157 cm.

4. Aspectos de patología

Salvo las manifestaciones que describimos a continuación, no se observan signos de lesión o enfermedad en el grupo que permitan sospechar la afección de alguna patología o la existencia generalizada de acciones violentas, sean accidentales o intencionadas. Las lesiones detectadas corresponden a lo habitual para los grupos humanos de estas épocas en una referencia geográfica amplia. De igual modo, el estado de salud buco-dental es el esperado para la muestra que se analiza.

Relación de observaciones:

— El cráneo referenciado con el número 17, perteneciente al individuo nº 2, varón de edad adulta madura (la edad adulta madura se corresponde con la cronología que va de los 40 a los 60 años, en este caso concreto, la sutura sagital se encuentra sinostosada por completo), presenta una pérdida de sustancia redondeada en la eminencia frontal derecha. Se trata de una lesión con signos evidentes de modificación activa del hueso como proceso normal de cicatrización sin aparentes complicaciones. La lesión puede diagnosticarse como una "erosión craneal" atribuída a causas traumáticas (CAMPILLO, 1977). Generalmente se producen por heridas craneales accidentales de cierta profundidad que afectan al cuero cabelludo y periostio del hueso en su tabla externa. El proceso reparador ocasiona la osteolisis del nivel más superficial del hueso, dejando una depresión con fondo rugoso de forma permanente *(Foto 7)*.

— El mismo individuo adulto maduro del caso anterior, presenta una serie de neoformaciones en las superficies diafisarias de sus dos tibias (sigladas con el número 68). En el borde anterior, sobre el tercio superior de la tibia derecha, muestra un osteoma ovalado de 15 mm. de eje mayor y que apenas se sobreeleva escasos milímetros sobre la cortical del hueso diafisario *(Foto 9)*. La calificación de osteoma no ofrece dudas y ha de entenderse como una tumoración, muy frecuente en este lugar topográfico, de carácter benigno que cursa sin manifestaciones clínicas. La misma pieza presenta otros osteomas de tamaño muy pequeño y difusos en la región diafisaria. Asimismo la tibia izquierda presenta múltiples osteomas de pequeño tamaño dispersos en la región medial y anterior e interna del hueso *(Foto 10)*.

Los osteomas en tibia, bien primitivos o productores de tejido óseo compacto, o secundarios como respuesta inflamatoria a un proceso traumático, son hallazgos frecuentes en poblaciones prehistóricas.

— El mismo individuo presenta signos de artropatía degenerativa (artrosis) en columna vertebral y en la región carpiana (muñeca) izquierda. Si bien apenas se conservan vértebras, identificamos signos degenerativos en la superficie articular de la apófisis odontoides. Esta articulación, que se sitúa entre la primera y la segunda vértebra cervical (articulación atlantodontoidea), está afectada de forma severa por lo que es razonable estimar que la artropatía de las cervicales se encontraba en una fase muy avanzada en la que es imposible la irreversibilidad del proceso. Por otra parte el individuo tendría conciencia del dolor y posiblemente se añadieran otras manifestaciones habituales de este proceso por la irritación de las raíces nerviosas.

Diversos autores especializados en Paleopatología han llamado la atención sobre la mayor incidencia de la artropatía degenerativa del raquis sobre el segmento cervical en épocas prehistóricas. La cuestión se relaciona con factores de tipo secundario como los sobreesfuerzos y actividades repetitivas en la cintura escapular y extremidades superiores (DASTUGUE y LUMLEY, 1976: 158) (DUTOUR, 1983).

Al mismo tiempo este individuo presenta signos de artropatía degenerativa (artrosis) en la articulación radio-cubital izquierda *(Foto 12)*. La lesión se manifiesta por los osteofitos marginales y el desarrollo de una superficie articular con hueso ebúrneo y áreas de desgaste por fricción una vez el cartílago articular se habría deteriorado. A su vez, la apófisis estiloides del cúbito ha perdido su gracilidad y se muestra como una masa informe. Finalmente, los huesos del carpo presentan osteofitosis discreta en los márgenes de las superficies articulares.

Todo este conjunto de manifestaciones permiten establecer el diagnóstico de una artropatía degenerativa de tipo secundaria probablemente debida a causas traumáticas de menor intensidad en la muñeca izquierda.

— El individuo 3 presenta, asimismo, una pequeña neoformación redondeada de 3 mm. de diámetro que se localiza sobre la línea áspera del fémur izquierdo en su tercio inferior. Esta exóstosis puede corresponder con una osificación de las inserciones musculares en este punto.

— El individuo número 1, varón adulto joven, presenta una sacralización o asimilación de la quinta vértebra lumbar al hueso sacro *(Foto 11)*. La sacralización es una de las más corrientes malformaciones de la columna vertebral que cursa sin manifestaciones clínicas. Se trata de una alteración de la transición lumbo-sacra que afectaría en la actualidad a más del 20% de la población. Para la mayoría de los autores su presencia se relaciona con factores hereditarios poco o mal conocidos.

El estado de salud máxilo-dentario se encuentra en los parámetros normales. No hay caries en ninguna de las 32 piezas dentarias definitivas pertenecientes a los adultos. Tan sólo existe una pérdida en vida de un primer molar inferior, siendo esta la pieza que presenta el mayor desgaste, ya que la dentina se llega a exponer por completo en la superficie oclusal (grados II y III de la escala de BRABANT). Por lo demás no existen signos llamativos de enfermedad periodontal.

MAXILAR INFERIOR (Sigla 85)

Fórmula dentaria:

Piezas conservadas:	-	7	6	5	4	3	2	1	.	-	2	3	4	5	-	7	-
Desgaste dentario:		III	III						.							III	
Piezas expulsadas:									.						6		

MAXILAR INFERIOR (Sigla 37) (Foto 8)

Fórmula dentaria:

Piezas conservadas:	8	7	6	-	4	3	2	1	.	1	2	3	4	5	6	7	8
Desgaste dentario:	I	I	III						.					II	I	I	

5. INTERPRETACIÓN

A nuestro entender se trata de un enterramiento colectivo no simultáneo. En el reducido espacio de la fosa, de 150 cm. de diámetro, se depositaron un mínimo de once individuos conforme se produjeron los fallecimientos en diferentes fechas. De este modo serían inhumados los cuerpos ocasionando cierta dispersión de los restos cadavéricos o, en su caso, de los restos esqueléticos, una vez finalizado el proceso de putrefacción. Los individuos mejor representados serían los últimos enterrados (individuos 1 y 2).

La conservación selectiva de regiones anatómicas que presentan conexiones articulares puede justificarse como consecuencia de la dispersión de algunos conjuntos de piezas esqueléticas unidas por estructuras ligamentarias, ya que éstas persisten durante más tiempo que otras partes blandas a la descomposición (así, por ejemplo, segmentos articulados de columna vertebral).

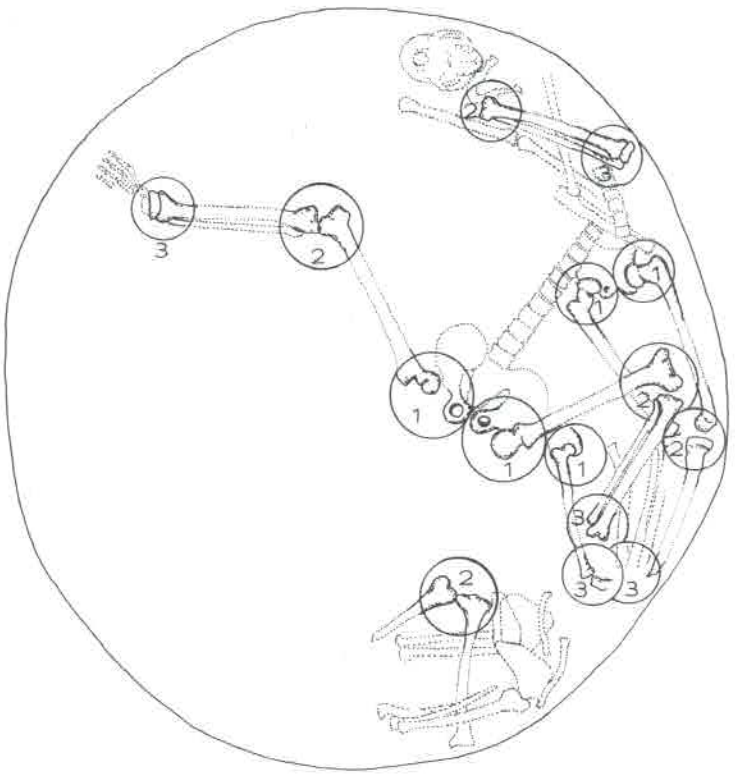
La ausencia de las características incisiones que se producen al intentar seccionar las articulaciones impide establecer la posibilidad de amputaciones intencionales que se han determinado en otros yacimientos de cronología similar (BOTELLA, 1973). Por otra parte, la no conservación de algunos huesos, ante el número de los inhumados, puede obedecer a manipulaciones *post mortem*, y en la fase esquelética, con el fin de habilitar espacio para las nuevas inhumaciones. Tampoco se puede descartar que las dispersiones y ausencias se deban al efecto de las alimañas ante la escasa protección o cubierta que debió de poseer la fosa. En todo caso llama la atención el cuadrante de la fosa en el que no aparecen restos humanos y que se encontraba ocupado por arcillas diferenciadas del resto del entorno.

La distribución de los cadáveres en la fosa no parece obedecer a consideraciones de intencionalidad más allá de la simple adaptación al reducido espacio (individuo 2 que se acomoda junto al borde). Por otra parte, es evidente que en alguno de los casos no ha existido una gran precaución al inhumar el cadáver (individuo 1). Es probable que fuera, simplemente, arrojado o metido en la fosa cuando se encontraba en fase de rigidez cadavérica, es decir, no más tarde del segundo día tras su fallecimiento, quedando las extremidades inferiores en la misma actitud que mantenían durante las primeras horas posteriores al fallecimiento.

Cuando un cadáver ha perdido la rigidez, resulta muy fácil adaptar sus extremidades a las posturas más forzadas de flexión y con ello favorecer su transporte e inhumación en reducidos espacios de terreno. Esta doble consecuencia ha podido ser la razón por la cual se localizan con frecuencia esqueletos en conexión anatómica en otros yacimientos que fueron colocados con hiperflexión de las extremidades. Aun cuando se determina la existencia de cierta flexión en alguna de las extremidades de los inhumados en este enterramiento, la impresión que da, por lo general, es que fueron colocados en posturas poco forzadas.

Finalmente, la aparente desarticulación de las caderas en el individuo 1 no se corresponde con una dislocación de estas articulaciones ocasionada *intra vitam*. En realidad la separación entre la cabeza del fémur y la cavidad cotiloi-

dea se encuentra en los parámetros normales de distancia ante procesos normales de putrefacción de los cadáveres (UBELAKER, 1989: 31).



1 Cadera.
2 Rodilla.
3 Tobillo.

FIG. 14. *Fosa 1.*

BIBLIOGRAFÍA

BOTELLA, M.C. 1973. Restos Eneolíticos con incisiones en la provincia de Granada. *Anales para el Desarrollo,* 401-423. Granada.

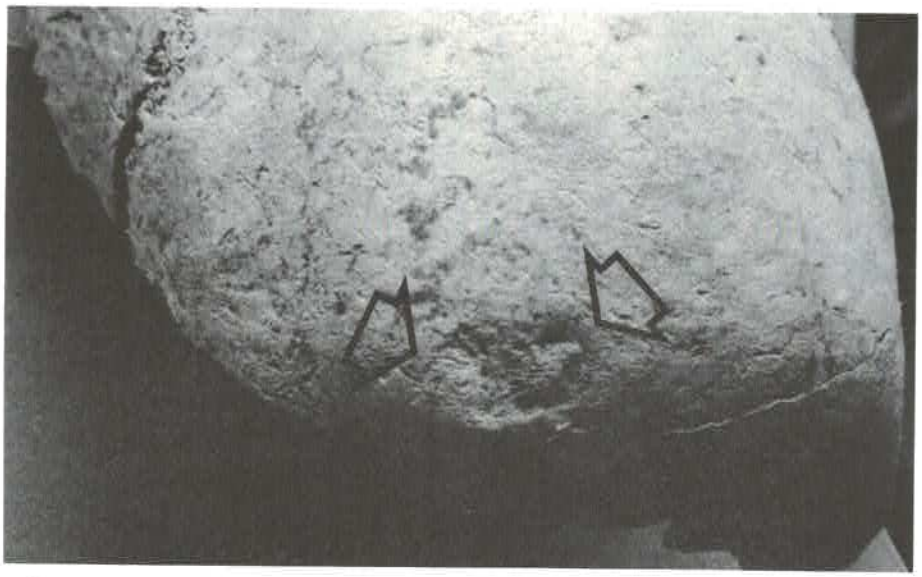
CAMPILLO, D. 1977. *Paleopatología del cráneo en Cataluña, Levante y Baleares.* Ed. Montblanc-Martín, Monografías locales 17, 630 pp. Barcelona.

DASTUGE, J. y LUMPLEY, M.A. 1976. Les laladies des hommes prehistoriques. In *"La Prehistoire Française"*. Tomo II, C.N.R.S., 153-164. París.

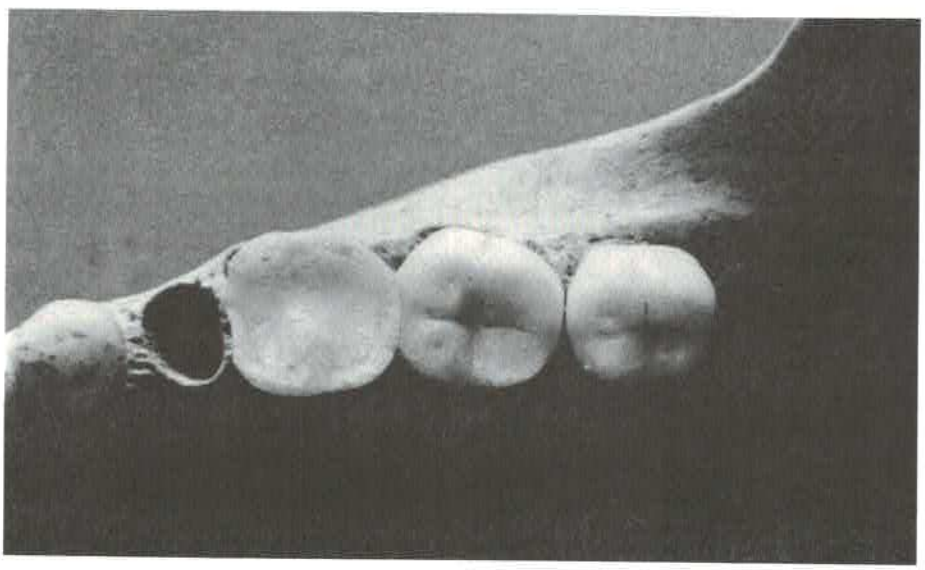
DUTOUR, O. 1983. Paleopathologie de l'Hommes neolithiques du Sahara Malien. *Bull. Musée d'Anthropologie Prehistorique de Monaco* 27: 85-110. Monaco.

VILLA, P., COURTIN, J., HELMER, D., SHIPMAN, P., BOUVILLE, C. y MATHIEU, E. 1986. Un cas de cannibalisme au neolitique. *Gallia Prehistoire,* 29: 143-171. Paris.

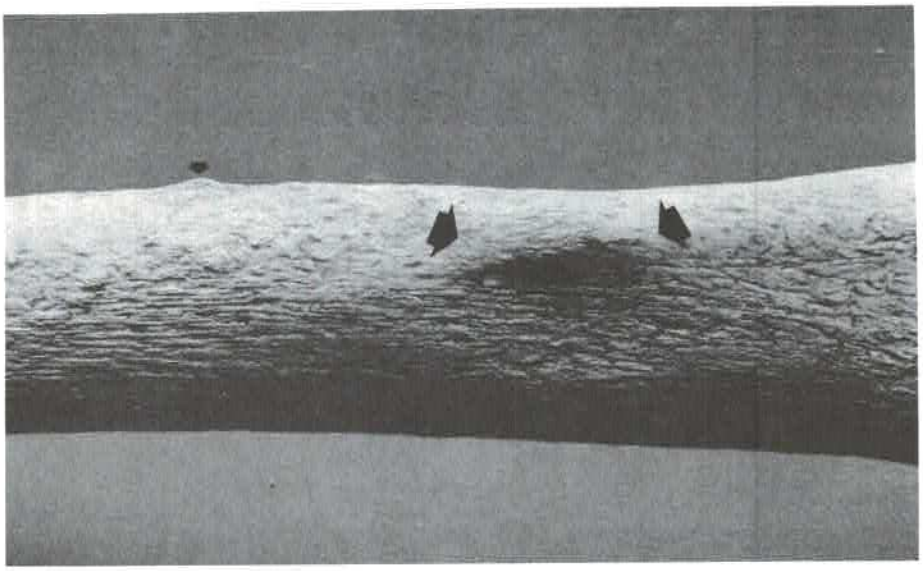
UBELAKER, D.H. 1989. *Human skeletal remains.* Edit. Taraxacum. 170 pp. Washington.



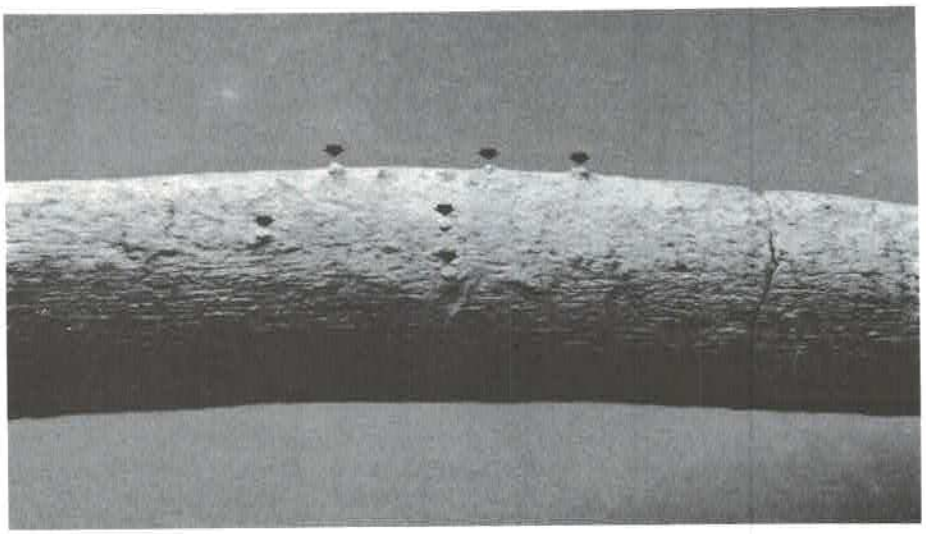
FOTOGRAFÍA 7. *Pérdida de sustancia en la superficie del cráneo, región frontal dcha. Existen signos de modificación activa del hueso (osteogénesis) por lo que la lesión se produjo en vida. Este tipo de lesiones se identifican como "erosiones craneales" y se atribuyen a pequeños traumatismos que no ocasionan fracturas.* (Referencia: 17)



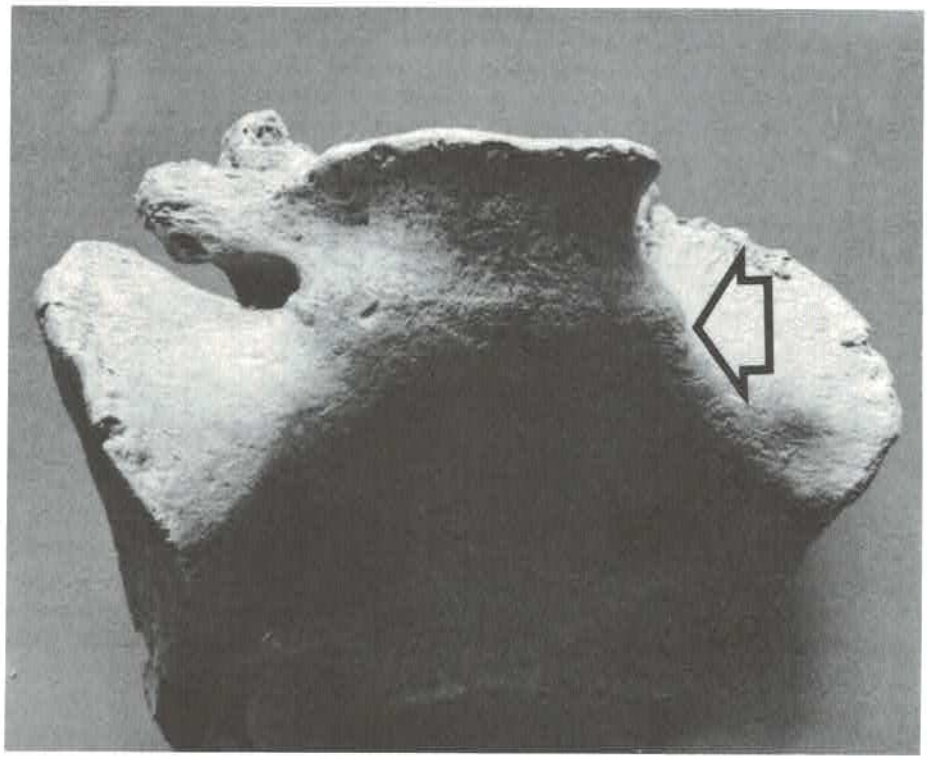
FOTOGRAFÍA 8. *Maxilar inferior, lado dcho. Existe una gran abrasión en la superficie oclusal del primer molar. En el segundo molar apenas se han desgastado las cúspides y el tercer molar no presenta desgaste. Individuo adulto joven* (Referencia: 37)



FOTOGRAFÍA 9. *Cara anterior de la superficie diafisaria de la tibia que presenta un osteoma o neoformación de hueso ovalada. Se trata de un tumor de carácter benigno que cursa sin manifestaciones clínicas. Asimismo se observa otra pequeña neoformación en el borde anterior* (Referencia: 68)



FOTOGRAFÍA 10. *Superficie diafisaria de la tibia perteneciente al mismo individuo del caso anterior. Aquí se observan múltiples neoformaciones de pequeño tamaño que pueden definirse como osteomas. Se trata de una manifestación que con frecuencia se atribuye a la respuesta de la superficie del hueso ante traumatismos de repetición con poca intensidad* (Referencia: 68)



FOTOGRAFÍA 11. *Hueso sacro que ha asimilado la última vértebra lumbar. Se trata de una sacralización como proceso desarrollado durante la formación de la columna vertebral. Cursa sin manifestaciones clínicas y normalmente se relaciona con factores hereditarios* (Referencia: 1)

FOTOGRAFÍA 12. *Extremo distal de cúbito y radio izdos. vistos por su cara posterior. La apófisis estiloides cubital está desfigurada y hay osteofitosis generalizada en el reborde de la superficie articular del cúbito. Del mismo modo, la superficie articular del radio presenta osteofitos. Se trata de una artropatía degenerativa (artrosis) de esta articulación (muñeca izda.)* (Referencia: 80)

Las fosas 2 y 3 aparecieron en octubre de 1990 como consecuencia del arrasamiento mecánico de una especie de bancal natural que existía en la ladera. Distaban una de otra 3,94 m. Fueron alteradas por la explanadora aproximadamente en los primeros 10 cm. sin que, al parecer, ello represente un obstáculo para su interpretación. Únicamente, pudieron diseminarse algunos fragmentos cerámicos y óseos. En el momento de su descubrimiento constituían dos manchas circulares de color ceniciento en claro contraste con las tierras inmediatas, esta vez de color amarillento rojizo.

FOSA 2

Su forma era prácticamente circular, con un diámetro máximo de 1,20 m. y un relleno en vertical de 15 cm. El fondo era plano y totalmente horizontal. Las paredes rectas.

Todo su relleno lo constituía una masa homogénea de tierra color gris oscuro con innumerables fragmentos de carbón, la mayoría de pequeñísimo tamaño; solamente de forma excepcional algunos alcanzaban los 5 cm. Esta masa homogénea de tierra se compone esencialmente de cenizas mezcladas con tierra.

Contenía abundantes fragmentos de cerámica, todos en disposición desordenada y muy fragmentados. Igualmente aparecían con frecuencia huesos fragmentados. Completaban este contexto dos fragmentos informes de barro rojizo, cocido, que se encontraban cercanos y opuestos a las paredes de la fosa.

Dentro de todo ello hay que destacar el hallazgo de, al menos, un recipiente cerámico completo y otros dos que pudieron estar completos o semicompletos y que tal vez fueron destruídos por la explanadora. D. Fidel Rodríguez, su descubridor, recogió en la fosa en el momento de su aparición varios trozos de un mismo vaso que no han conformado finalmente un recipiente completo. Igualmente, durante nuestras excavaciones, en el inicio mismo de los trabajos, *in situ*, se recogió el fondo completo y parte del cuerpo de lo que probablemente fue un cuenco. Las fracturas que presentan podrían no ser muy antiguas, tal vez fue fracturado por la acción del peso, la humedad y el tiempo en el mismo sitio en que se abandonó, arrastrando la explanadora y esparciendo los fragmentos de la parte superior. Se encontraba lo referido aproximadamente hacia el centro de la fosa, próximo a un canto de río.

Prácticamente tocando con una de las paredes de la fosa, en los primeros tramos excavados, apareció un pequeño recipiente que puede considerarse entero, ya que los fragmentos que le faltaban se hallaban a su lado machaca-

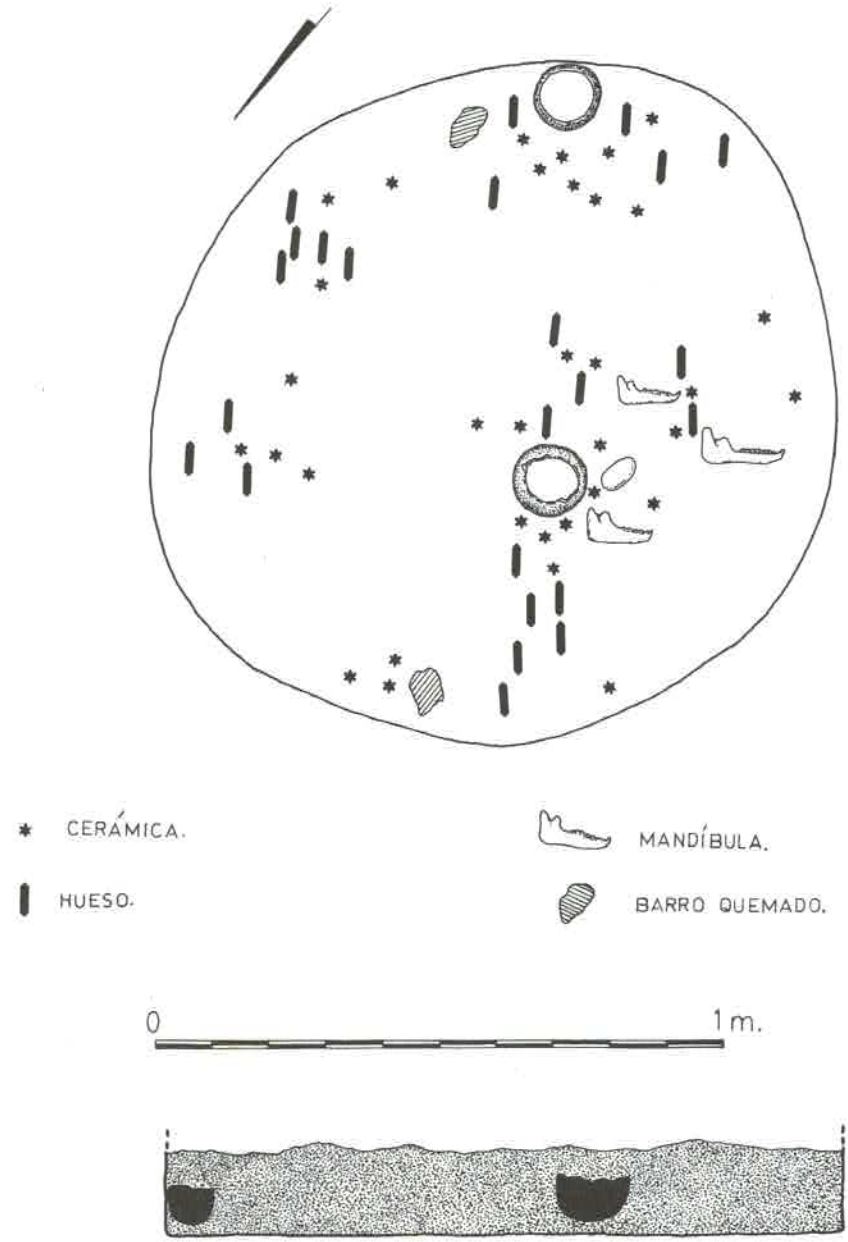


FIG. 15. *Fosa 2. Planta y sección*

dos por el peso de la máquina que aplastó el inicio de la fosa. Tiene forma ligeramente troncocónica con el fondo aplanado o pseudoplano, es decir, parece un exacto término medio entre los típicos fondos curvos bien representados en el Calcolítico de zonas inmediatas y los planos, que se presentan ya en proporción importante durante el Bronce Medio de la zona. Su calidad no es muy notable y se observa en su interior algo que merece la pena resaltar: se ha levantado en varios puntos la fina capa que constituye el "enlucido" superficial del vaso, dejándose ver la impronta de hojas vegetales entre la pasta. La disposición horizontal de las hojas y su presencia en distintas zonas del vaso, demuestra que no se trata de un hecho casual en este vaso. Tampoco se trata de un caso aislado. En el yacimiento calcolítico de Los Itueros (Sta. Mª del Arroyo, Ávila), referencia obligada cronológica y culturalmente para El Tomillar, como luego veremos, apareció un fragmento cerámico claramente ilustrativo: dentro de la pasta se habían colocado cuidadosamente hojas de la especie denominada *Cistus Laurifolius*, más conocida como Jara Estrepa. La misma especie y en las mismas condiciones se observa en un fragmento hallado en el yacimiento de El Picuezo (Sotalvo, Ávila) correspondiente al Bronce Antiguo y en otro hallado en el nivel habitacional calcolítico de Aldeagordillo (Ávila). Precisamente en este último hallamos otros fragmentos que presentan la misma disposición, si bien ahora no se trata de Jara Estrepa. Y, por último, en el dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salinero, Ávila) apareció un fragmento de cerámica idéntico a los anteriores. Parece claro que no se trata en ningún caso de hechos aislados sino de una técnica utilizada de forma general, al menos en un determinado territorio, y podría suceder que su detección sólo se produzca cuando en el acabado haya alguna imperfección, eliminándose toda huella en los casos en que no se producía esa imperfección. Pero será necesario profundizar más en ello y averiguar el significado de esta técnica, comprobando si se llevaba a cabo en todos los casos cerámicos o era una medida destinada a casos o circunstancias especiales e incluso si cuando se empleaba afectaba a la totalidad de la superficie o sólo a parte de ella, donde se producía un problema concreto; habrá que determinar, también, la influencia de estas hojas en la tonalidad final del vaso tras la cocción. Respecto a la presencia de hojas de Jara Estrepa en más de un caso, quizá tenga mucho que ver con las características pegajosas de estas hojas, particularmente en época primaveral o veraniega, que facilitarían la adherencia a la parte ya fabricada del vaso, mejor que otras que no poseen esa característica.

Destacan, además de todo lo dicho ya, algunos fragmentos cerámicos hallados hacia la zona central, que presentan un tamaño considerable para lo que parece la norma. Aparecieron simplemente entre las cenizas sin, al parecer, una disposición que condujera a una interpretación distinta que no sea la de que fueron arrojados allí sin más cuidado que el deseo de que estuvieran prácticamente juntos y quizá, también, próximos a la vasija de la que sólo conservamos el fondo curvado y parte del cuerpo.

En general, la cerámica hallada en la Fosa 2 presenta una calidad aceptable destacando algunos fragmentos por el cuidado puesto en la cocción y en el tratamiento de la superficie. Predominan casi con exclusividad los tonos grises oscuros y son escasos los fuegos oxidantes. En las formas se aprecia una cier-

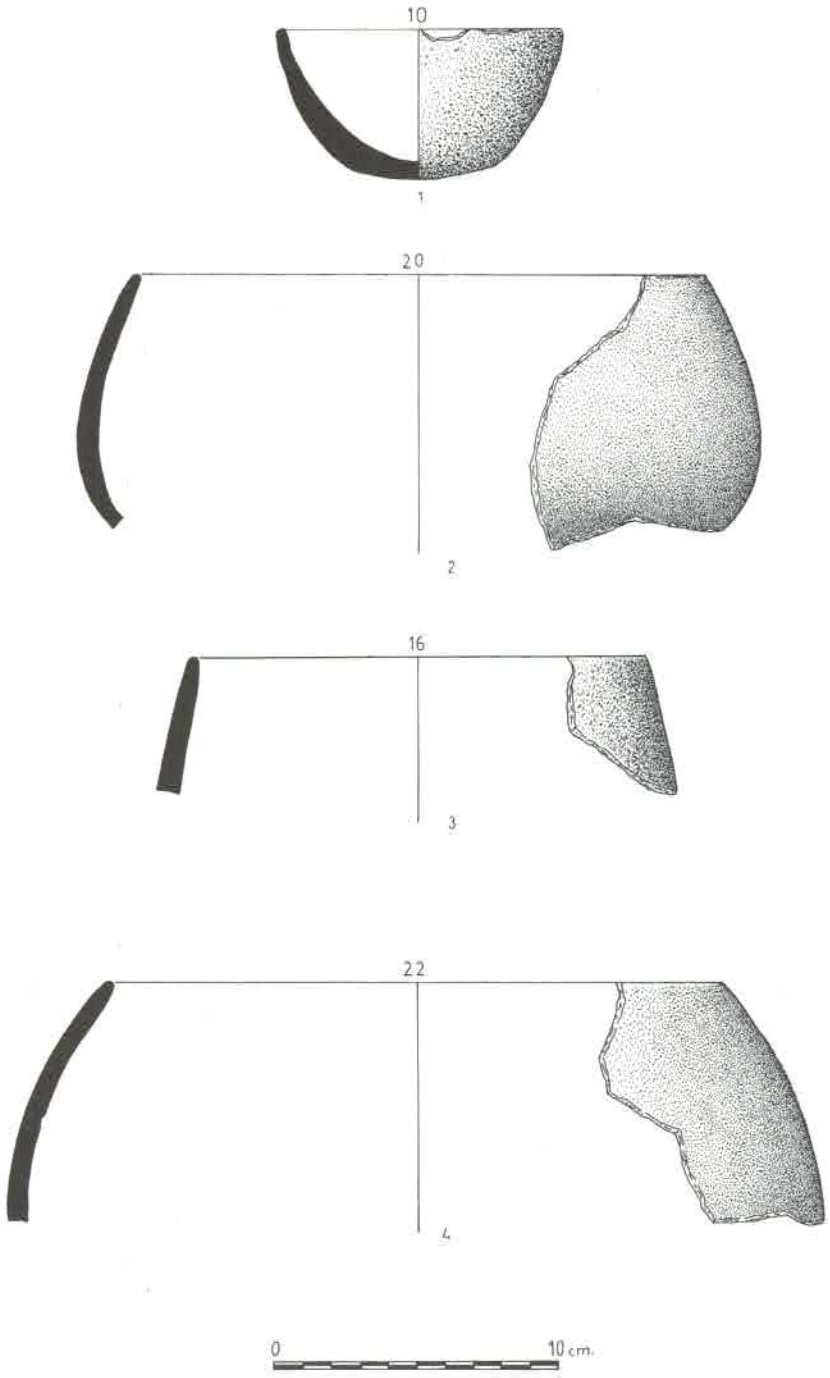


FIG. 16. *Fosa 2. Cerámicas*

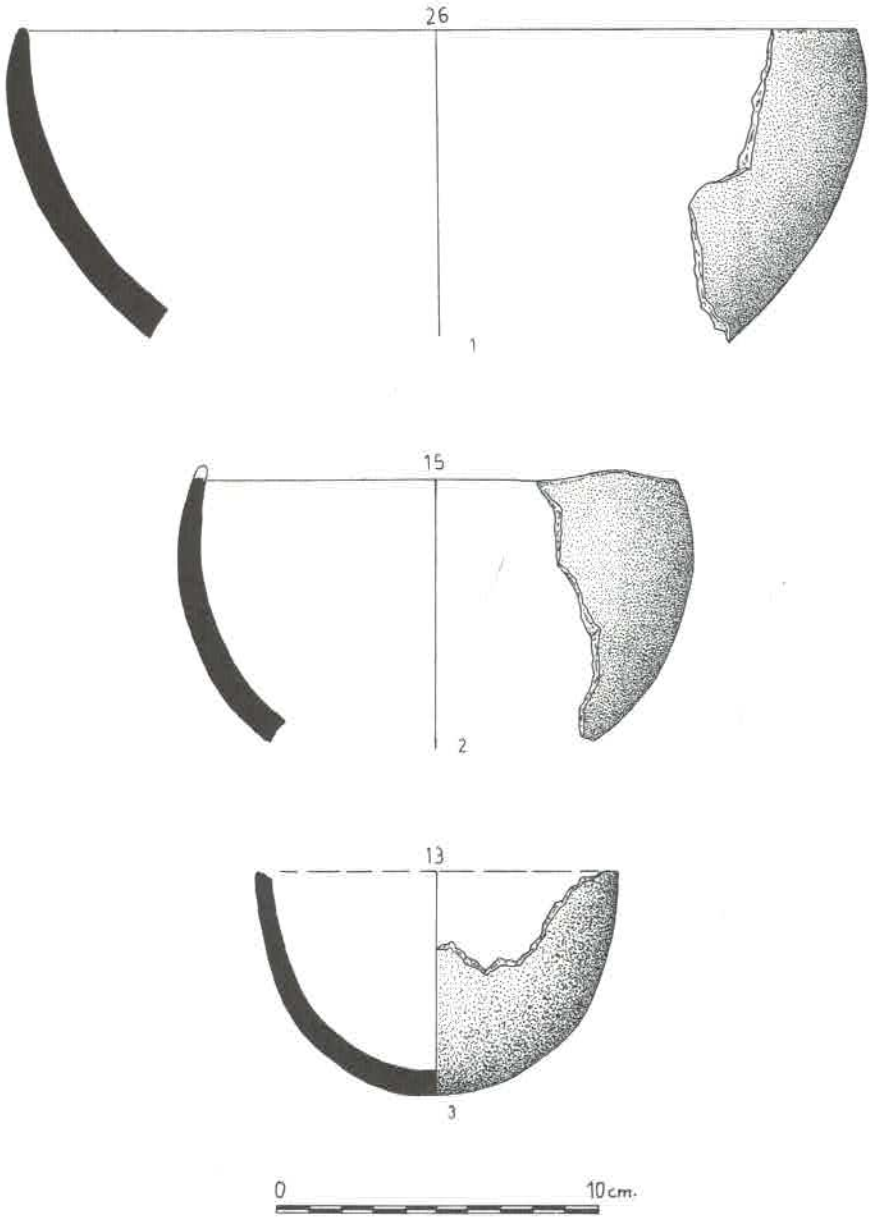


FIG. 17. *Fosa 2. Cerámicas*

ta dualidad entre las semiesféricas, con la zona del borde ligeramente entrante, y las esféricas, entre las que se distinguen dos subtipos: el esférico propiamente dicho, que predomina y otro con paredes menos curvas, que tal vez pudie-

ra tener que ver con formas bitroncocónicas de perfil suave halladas en yacimientos similares. *(Fig. 16, nº 2 y 3).*

En cuanto a los fondos, existe también una cierta dualidad entre los curvos y los que presentan aplanamiento, ya vistos entre los materiales de la Fosa 1. No hay ningún fragmento decorado, aunque hay que hacer mención de un fragmento de borde con un apéndice vertical en el labio *(Figura 17, nº 2),* similar en todo a los hallados en la excavación de Los Itueros y en otros yacimientos peninsulares. Sobre su identidad y paralelos se tratará en otro capítulo de este trabajo.

En cuanto a los restos óseos aparecidos en la fosa, actualmente en estudio, han podido identificarse fragmentos pertenecientes a ovicápridos, cerdo y caballo.

INVENTARIO DE MATERIALES

— Cerámica:
  — 1 Vaso de pequeñas dimensiones con fondo aplanado.
  — 1 Vaso prácticamente completo con fondo curvo.
  — 10 Fragmentos de bordes.
  — 7 Fragmentos de galbo y fondo de un mismo recipiente al parecer de grandes dimensiones.
  — 9 Fragmentos de galbo de un mismo recipiente.
  — 76 Fragmentos de galbo de recipientes diversos.

— Barro Cocido:
  — 4 Fragmentos de tamaño en torno a 10-20 cm. de forma irregular.

— Fauna:
  — 68 Fragmentos de huesos varios.
  — 1 Pezuña de caballo.
  — 1 Molar.
  — 21 Fragmentos de cráneo/s y mandíbula/s pertenecientes, al menos algunos de ellos, a *Sus* .

FOSA 3

En el inicio de los trabajos se manifestaba como una mancha de color gris de forma pseudocircular con un diámetro entre 1,56 y 1,66 m. Al final de la excavación se comprobaría que este contorno era regular, ya que las paredes eran verticalmente rectas y el fondo horizontal y plano.

La estratigrafía presentaba cierto interés:

Nivel I. Tierra color gris ligeramente oscura, homogénea y general a todo el espacio, constituída esencialmente por cenizas y pequeños carbones en ocasiones agrupados. Entre esta tierra aparecen, en disposición desordenada, fragmentos cerámicos y óseos. Los materiales se concentran en la zona central principalmente, en un área aproximada de 70 cm. Los fragmentos cerámicos hallados no permiten reconstrucciones de vasos completos; probablemente se

trata de restos arrojados allí intencionadamente o acarreados involuntariamente con la tierra que se mezcla con las cenizas. Los huesos se presentan fragmentados en la gran mayoría de los casos, muchos de ellos son meras esquirlas. Apareció también algún fragmento informe de barro.

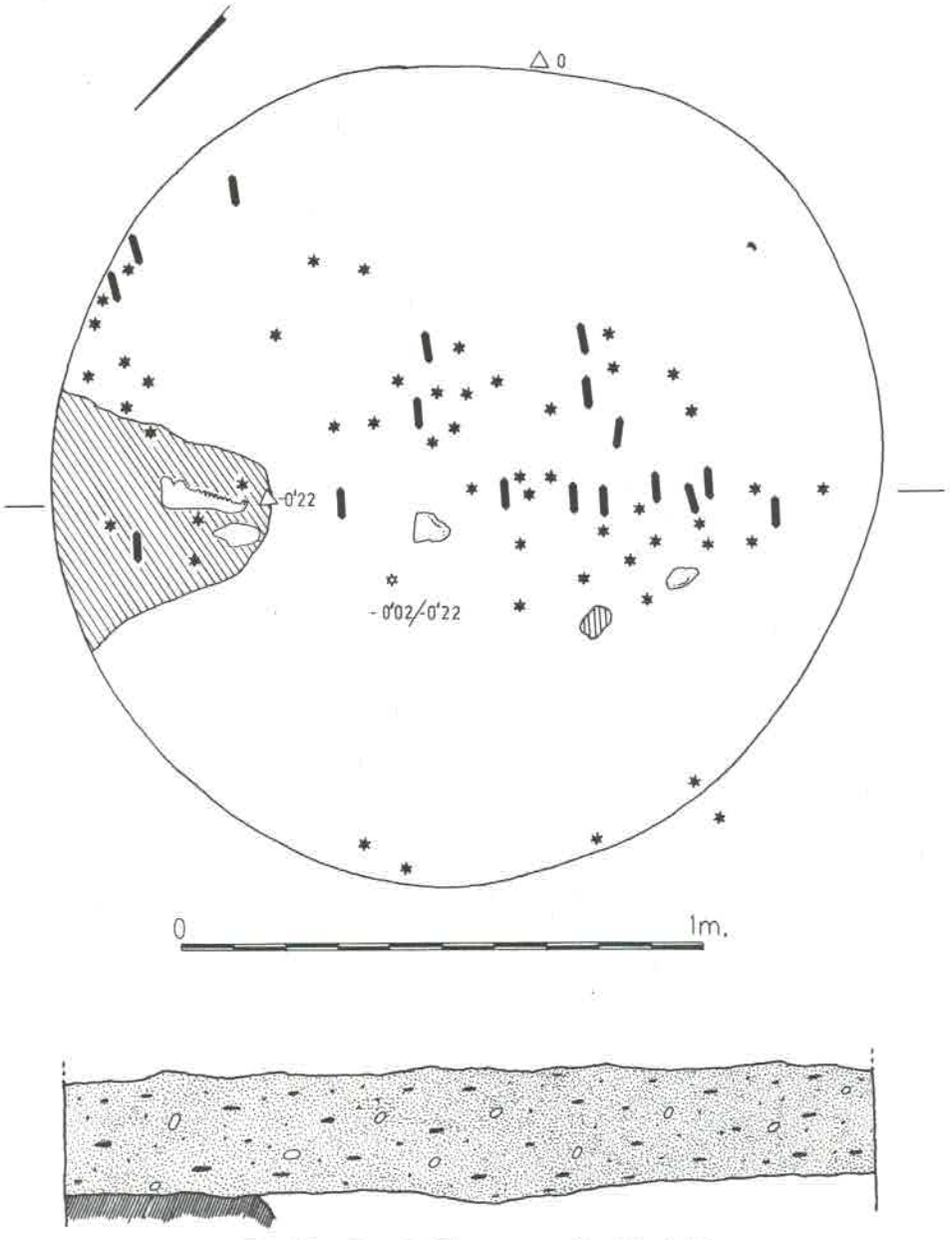


FIG. 18. *Fosa 3. Planta y sección del nivel I*

Nivel II. Inmediatamente debajo del Nivel I aparecetierra de color y textura diferentes, caracterizada, en primer lugar, por ser de una dureza extrema, como lo son, en general, todas las tierras vírgenes de la zona, constituídas por arenas y margas muy compactas. Era de color verdoso-amarillento, gran compacidad y carecía prácticamente de material arqueológico, únicamente algún fragmento óseo o cerámico de tamaño mínimo.

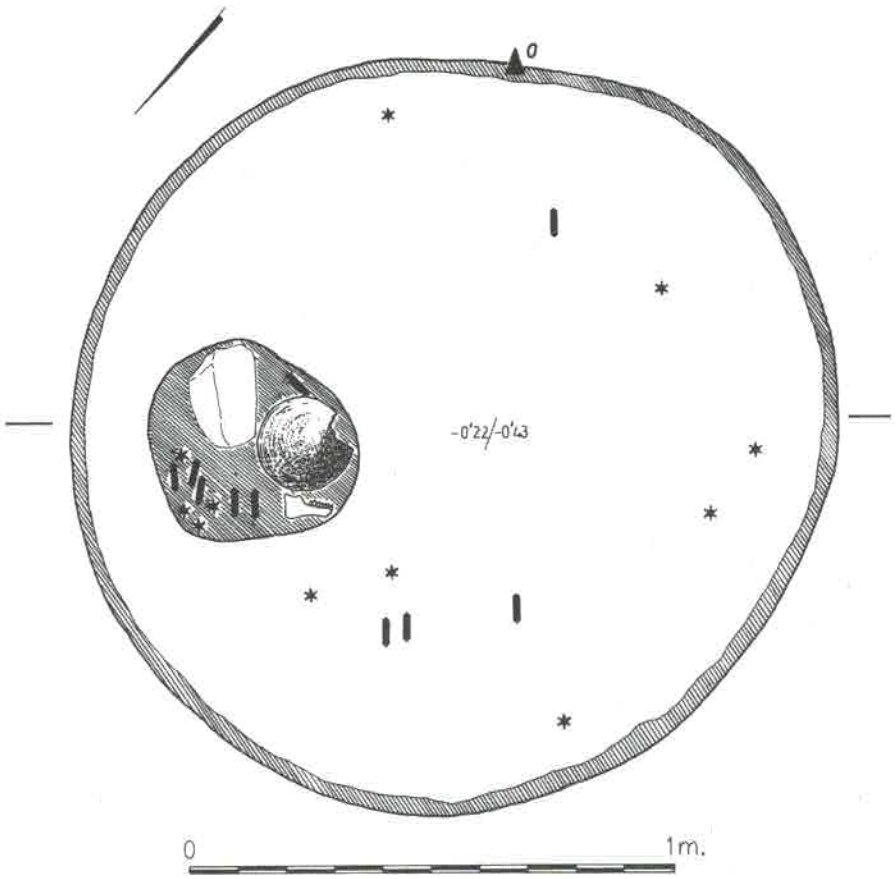
Entre estas tierras se observaban frecuentemente motas de carbón sin que constituyeran asociaciones o zonas quemadas. Debieron de llegar al interior de la fosa mezcladas con la tierra o procedentes de una hoguera cercana. Hay que pensar que si, como parece lo más probable, esta tierra fue arrojada para taponar en parte la fosa en un momento dado y fue tomada del entorno: o bien en ese entorno no existía nivel de habitación o bien estas tierras eran las acumuladas en torno al hoyo producto de la excavación originaria. Si se tratara de la primera posibilidad, la escasez de materiales significaría que no existía un verdadero nivel de ocupación en la zona, con los lógicos desperdicios que ello supondría; de haber existido, este nivel contendría los materiales habitualmente desperdigados por el suelo.

Esta capa de tierra compacta no era general a toda la fosa. En primer lugar, aparecía en torno al borde un fino nivel de 4-5 cm. de ancho de tierra algo más oscura que recorría todo el perímetro. Por otro lado, aparecía una mancha desde el inicio hasta el final del Nivel II a la que se llamó Nivel III. El espesor del Nivel II era variable, oscilando entre 18 y 22 cm., concluyendo en un plano ligeramente inclinado.

Nivel III. Ya se ha dicho que estaba incluido dentro del II. Dividido en dos subniveles —III A y III B— se presentaba parcial respecto de la superficie de la fosa a la cota de -0,33 m. desde el inicio. Sus características, como se verá a continuación, incitan a pensar que se trató de una *intrusión* realizada en el Nivel II una vez que la tierra de este nivel ya estaba extendida por toda la estructura.

III A. Se trataba de una mancha apreciable claramente, tanto por su coloración como por su composición y textura, en una zona lateral del círculo, tocando con una de las paredes. Ocupaba una superficie de 140 cm^2., con un espesor de 8 cm., y tenía forma, aunque irregular, cercana a lo troncocónico. Se componía de cenizas y pequeños carbones mezclados, dos esquirlas de huesos y una mandíbula de ovicáprido, todo ello de una forma desordenada.

III B. Apareció debajo de la anterior, ocupando una superficie algo mayor. Era una mancha circular de 40 cm. de diámetro, manifestándose al terminar la III A, a -33 cm. de profundidad. Coincidía con la parte final del Nivel III A aunque prolongándose más hacia el centro. Tenía un espesor de 10 cm. La tierra, cuando estaba en contacto con la III A era de color marrón, pero en seguida se tornaba cenicienta hasta el final. Entre esta tierra cenicienta apareció un cuenco semiesférico prácticamente entero, con claros visos de haber sido depositado o abandonado en su posición funcional. Le falta menos del 20% del borde y galbo y tiene fondo semiplano. Podría haber sido útil, salvo que fuera para contener líquidos, a pesar de la parte que le falta. Respecto a la placa de granito en que se apoyaba, hay que decir que no es una roca autóctona: los primeros aflora-



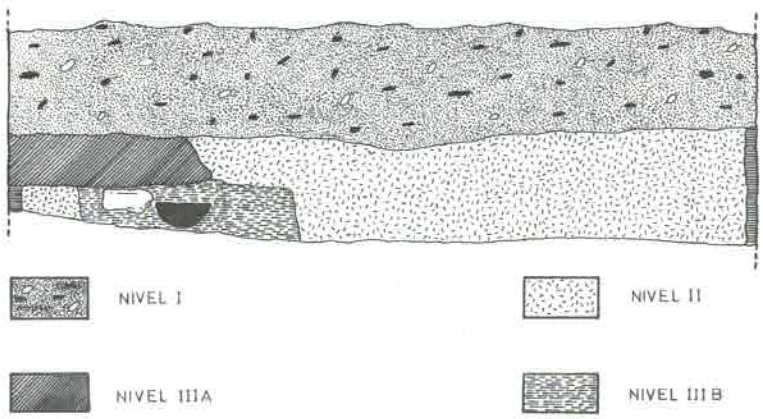


FIG. 19. *Fosa 3. Planta del nivel II y sección de los niveles I, II, IIIa y IIIb*

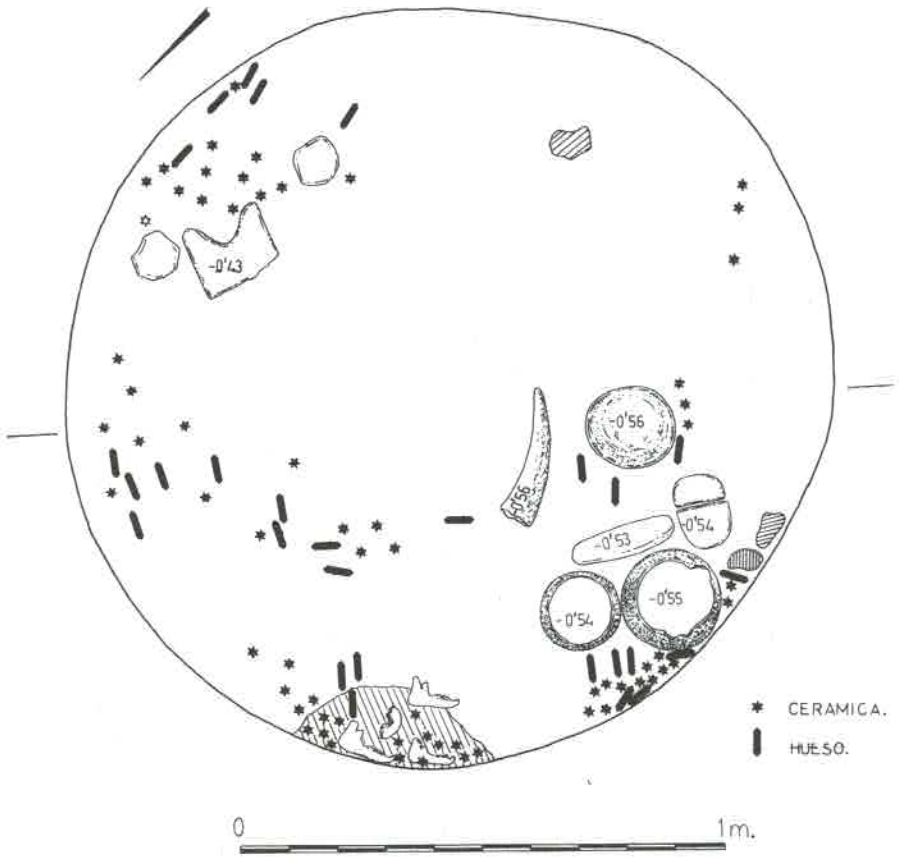
mientos se encuentran a unos 50 km. al Sur. Aparecieron, además, algunos otros fragmentos de cerámica, esquirlas de hueso y un trozo correspondiente a una mandíbula de ovicáprido.

Nivel IV. Se trataba de una capa de cenizas general a todo el espacio de la fosa. Con ella concluye el relleno. Aparecía de forma ligeramente inclinada y con un espesor de 15 a 20 cm. Estaba constituída íntegramente por cenizas muy compactas en las que aparecían innumerables motas de carbón que en ocasiones constituían pequeños focos. Prácticamente no había mucha diferencia entre las características de esta capa y la del subnivel III B; se han diferenciado sobre todo por la sectorialidad que presentaba, a diferencia de la totalidad que se observó en la IV, difícilmente explicable sin realizar distinciones en el tipo de sedimentación que se produjo en la fosa.

Merecen especial mención los hallazgos de esta capa. En primer lugar apareció un morillo de los llamados por algunos autores *ídolos de cuernos*. Está prácticamente completo, faltándole sólo parte de la base *(Figura 26)*. No pareció estar asociado a ningún elemento con claridad. Prácticamente en contacto con el fondo plano de la fosa aparecieron varias vasijas completas o prácticamente completas. Así, muy cerca de la zona central, pero en la mitad N-O., aparecía un cuerno de bóvido y, a su lado, un cuenco completo en cuyo interior había un fragmento de hueso que no puede interpretarse como claramente intencional. Muy cerca de la pared N.O. había un vaso completo de forma esférica de 15 cm. de diámetro apoyado sobre una placa de granito e inclinado en parte por el peso de la tierra, pero claramente depositado en su posición funcional. A su lado, además de hallarse un buen número de fragmentos informes, apareció, roto por el peso de la tierra que afectó a la finura de sus paredes, un recipiente de más envergadura que los hallados en otros puntos, con fondo curvo, incompleto, diámetro de 22 cm. y conservando únicamente el 30% del borde y el inicio del galbo superior. En su interior se observa una decoración o pseudodecoración a base de un tosco reticulado realizado con un objeto de punta roma que se aplica suavemente, produciendo una decoración que puede clasificarse como *bruñido inciso*. Este tipo de decoración hay que relacionarlo con cerámicas similares halladas en yacimientos contextualmente idénticos como el ya mencionado de Los Itueros y el vecino a El Tomillar de La Serna-Cantazorras, en Donhierro (Segovia). En aquél, este tipo de decoración, también interior, presenta un motivo figurativo que puede ser un oculado —motivo frecuentemente usado en ese yacimiento— o un soliforme, en Donhierro, pero aqui el tamaño del fragmento no permite identificaciones seguras, aunque podría tratarse de un soliforme.

En esta misma zona de la fosa, e igualmente en contacto con una de las paredes, aparecía una pequeña mancha de color marrón-negra en la que había 3 fragmentos de mandíbulas de ovicáprido y suido junto a media fusayola de barro.

A todo lo dicho hay que unir los fragmentos de un percutor muy usado sobre canto rodado de cuarzo hallado en la mitad N-E., a 10 cm. del fondo de la fosa, un pequeño fragmento de molino de granito prácticamente en igual posición que el anterior y cercano, y algunos trozos de barro informes siempre



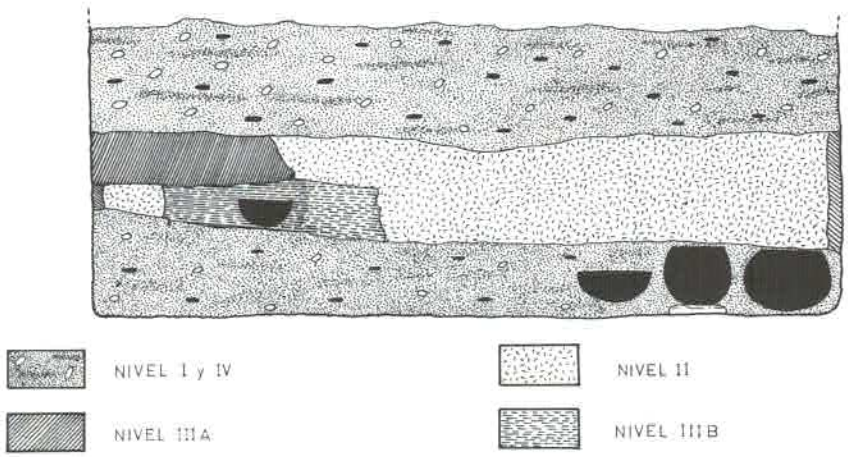


FIG. 20. *Fosa 3. Planta del nivel IV y sección completa de la fosa*

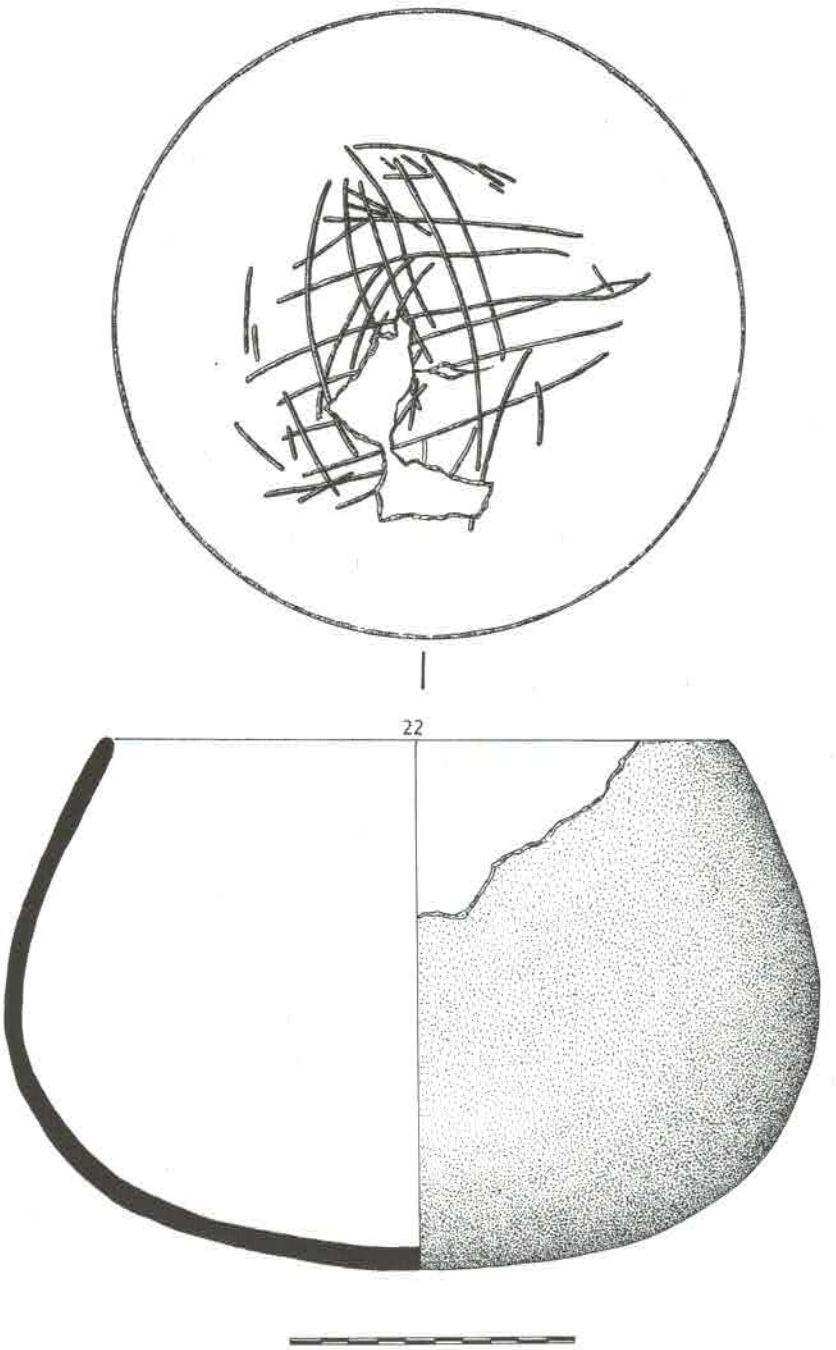


FIG. 21. *Fosa 3. Recipiente cerámico con decoración interior de bruñido inciso*

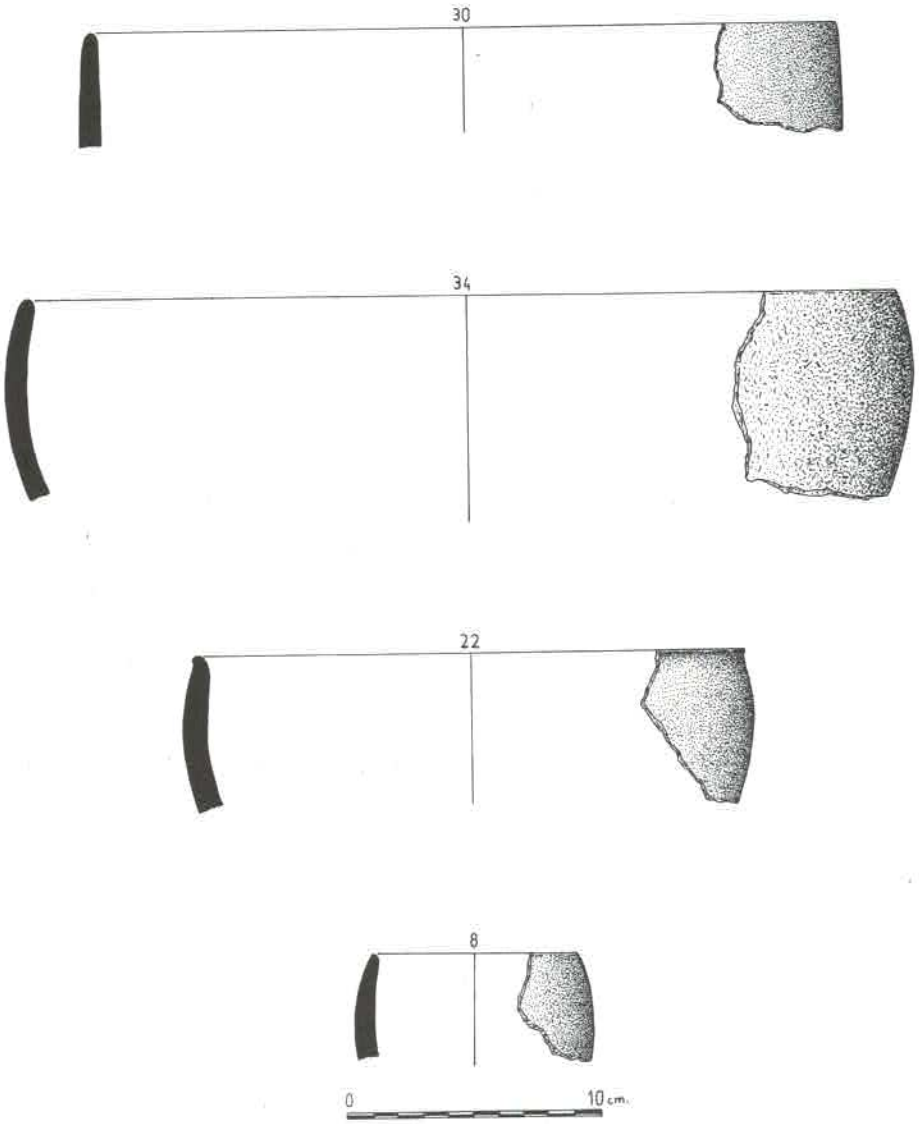


FIG. 22. *Fosa 3. Cerámicas*

próximos a las paredes y poco categóricos a la hora de ofrecer alguna información sobre la función que desempeñaron. Finalmente, habrá que añadir que en toda la fosa, como suele ser habitual, aparecieron un buen número de fragmentos cerámicos y esquirlas de hueso en disposición desordenada. Únicamente en casos muy concretos estaban concentrados, pero sin una finalidad aparentemente clara, fragmentos cerámicos de tamaño mediano (en torno a 6-9 cm.). Es en la mitad N-O donde se registraron más las circunstancias descritas.

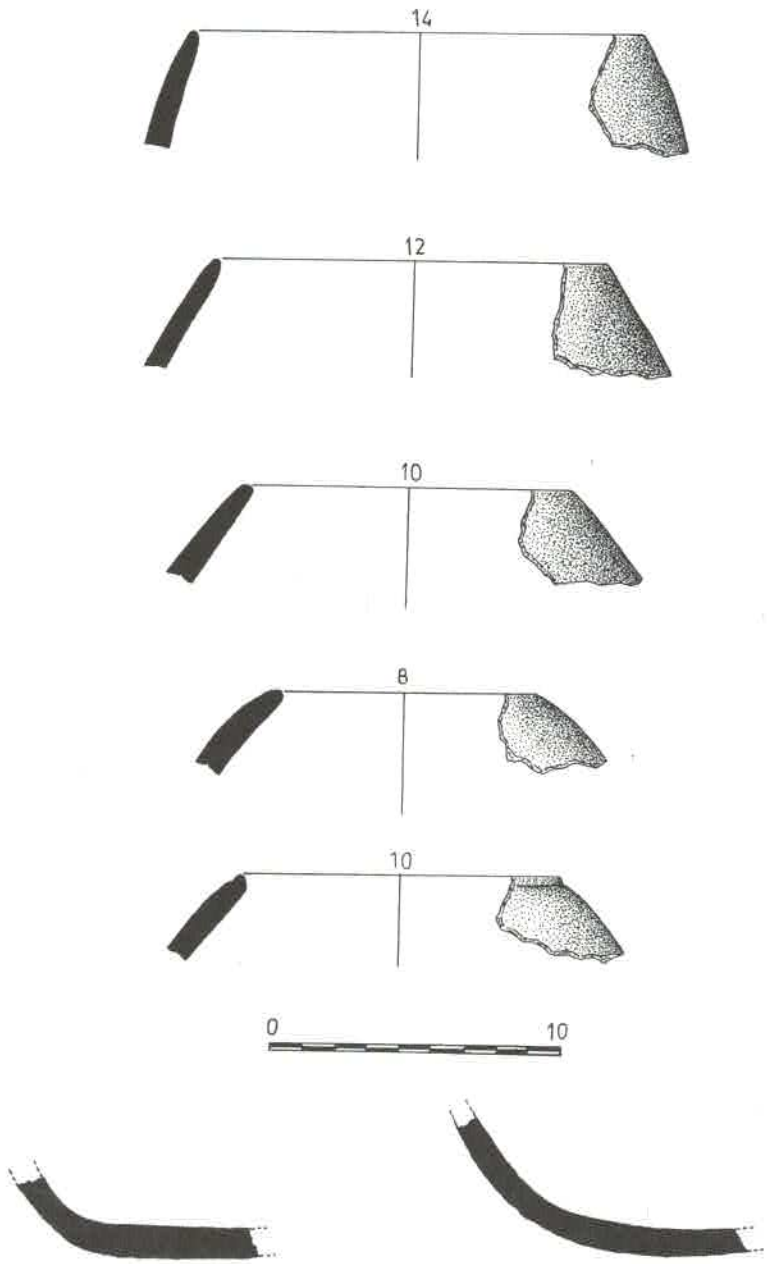


FIG. 23. *Fosa 3. Bordes y fondos cerámicos*

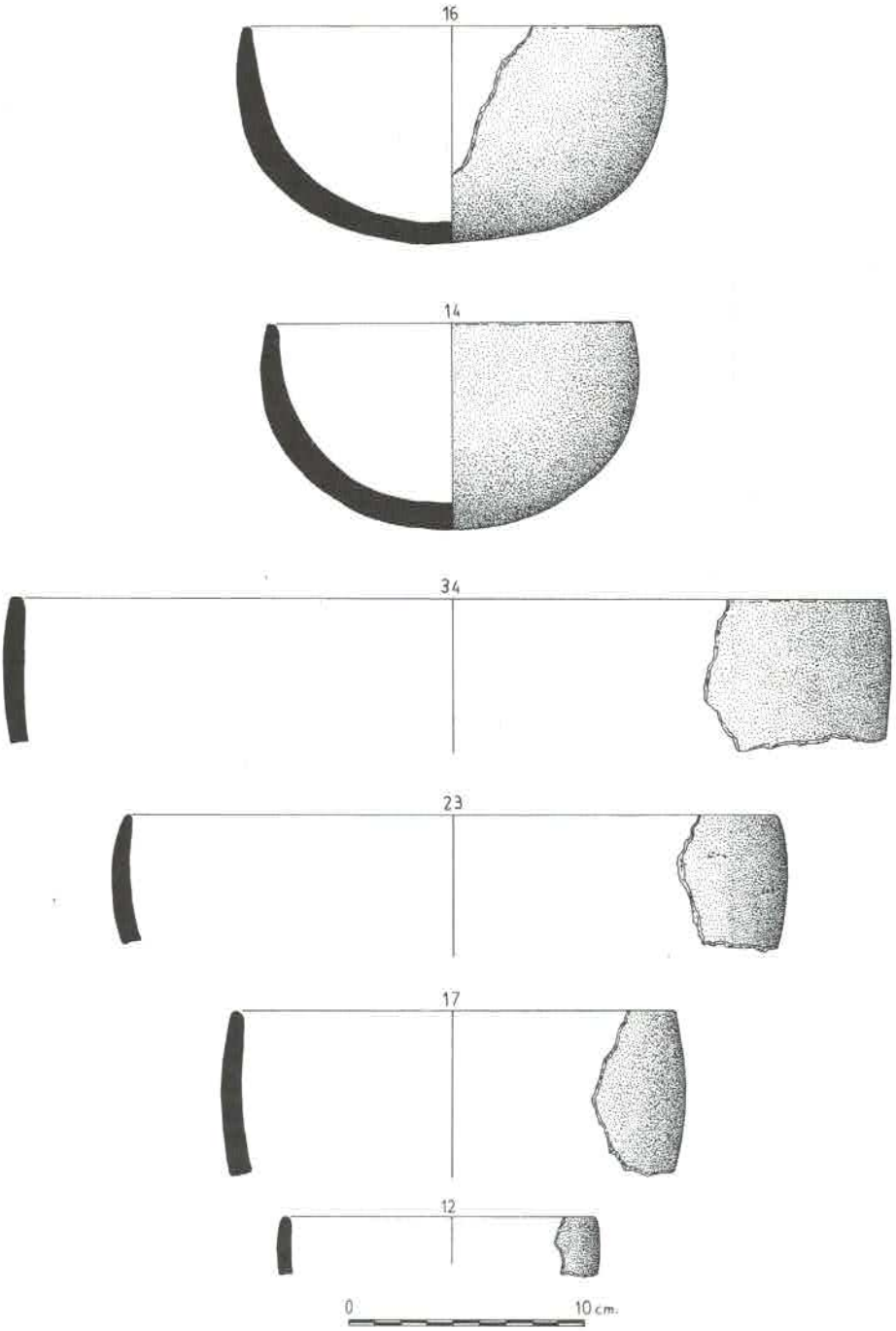


FIG. 24. *Fosa 3. Cerámicas*

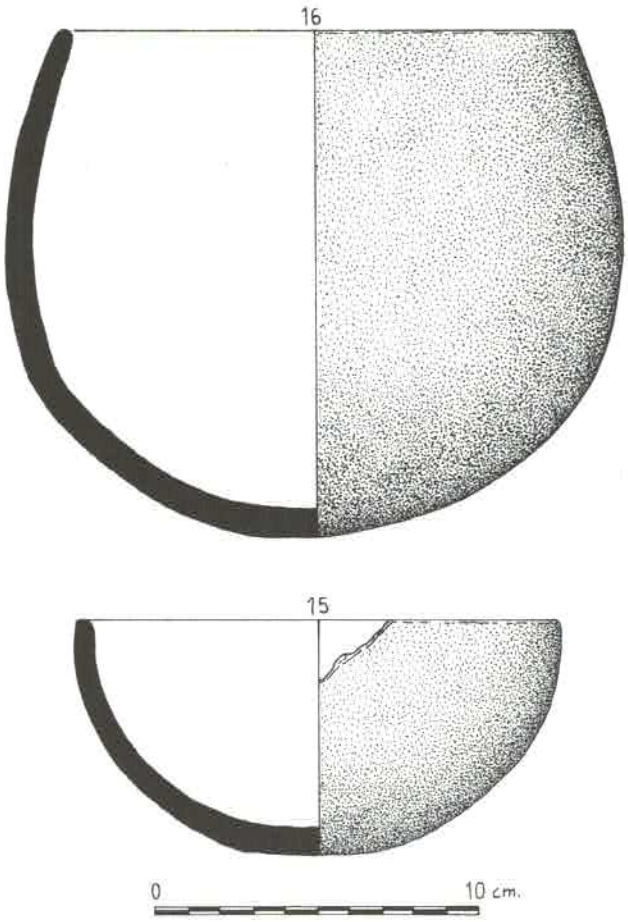


FIG. 25. *Fosa 3. Cerámicas*

ANÁLISIS DE CARBONO 14

Se llevó a cabo un análisis de Carbono 14 sobre una muestra de carbón vegetal procedente de la zona baja de la fosa. Fue analizada, como las de la Fosa 1, en los laboratorios del Centrum voor Isotopen Onderzoek de Groningen (Holanda). El resultado fue el siguiente:

GrN: ..... 18.875 ..... 3925± 40 B.P. ..... 1975 ±40 a. Cr.

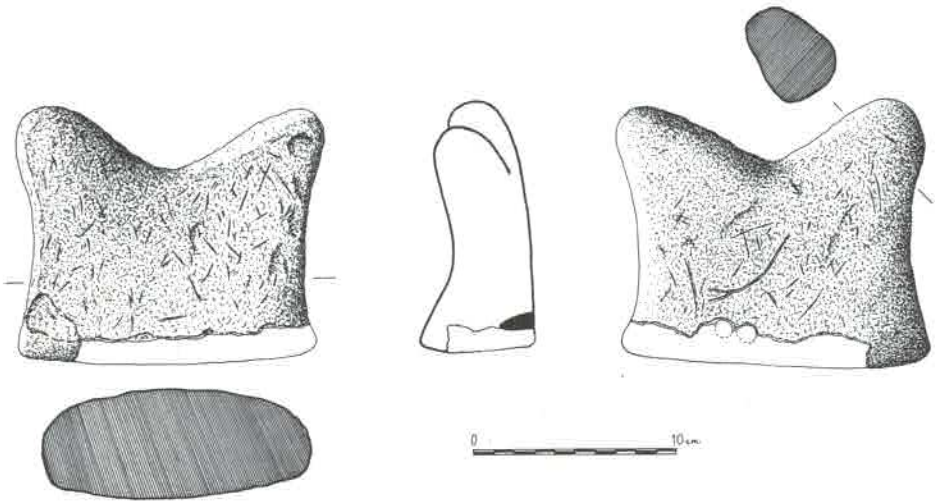


FIG. 26. *Fosa 3. Morillo*

INTERPRETACIÓN

Como suele suceder en la multitud de casos similares conocidos, interpretar estas estructuras parece realmente difícil. Indudablemente, tampoco en esta ocasión la funcionalidad de estas fosas va a quedar totalmente aclarada después de la excavación de El Tomillar, entre otras cosas porque pienso que su funcionalidad es variada y tendrá una explicación cuando, además de los análisis y de la observación detenida de cada una de ellas, se apliquen adecuadamente métodos estadísticos. Por otro lado, es perfectamente posible que en una misma fosa se hayan llevado a cabo actividades distintas, vaciados parciales, etc..., cuyas huellas hoy se nos aparecen mezcladas contribuyendo a nuestra confusión.

Prescindiendo de los datos que pudiera aportar la parte destruída por la máquina en el principio de la fosa, que estimo insignificante, hay que distinguir las tres partes que la componen: una capa de cenizas con materiales abundantes, seguida de otra prácticamente estéril donde no se ha realizado ningún fuego y otra finalmente, también de cenizas, similar a la primera. Hay que añadir, además, que la capa prácticamente estéril fue perforada parcialmente para realizar en ella un fuego y abandonar allí un cuenco al lado de un canto rodado de cuarzo. En este panorama debemos incluir los elementos de cultura material y de desecho que aparecen mezclados o *in situ* en los estratos.

En primer lugar, hay que admitir la existencia de dos hogueras independientes, situadas en el interior de la fosa y separadas por una capa de tierra que se tomó del entorno inmediato, entorno no contaminado por elementos de cul-

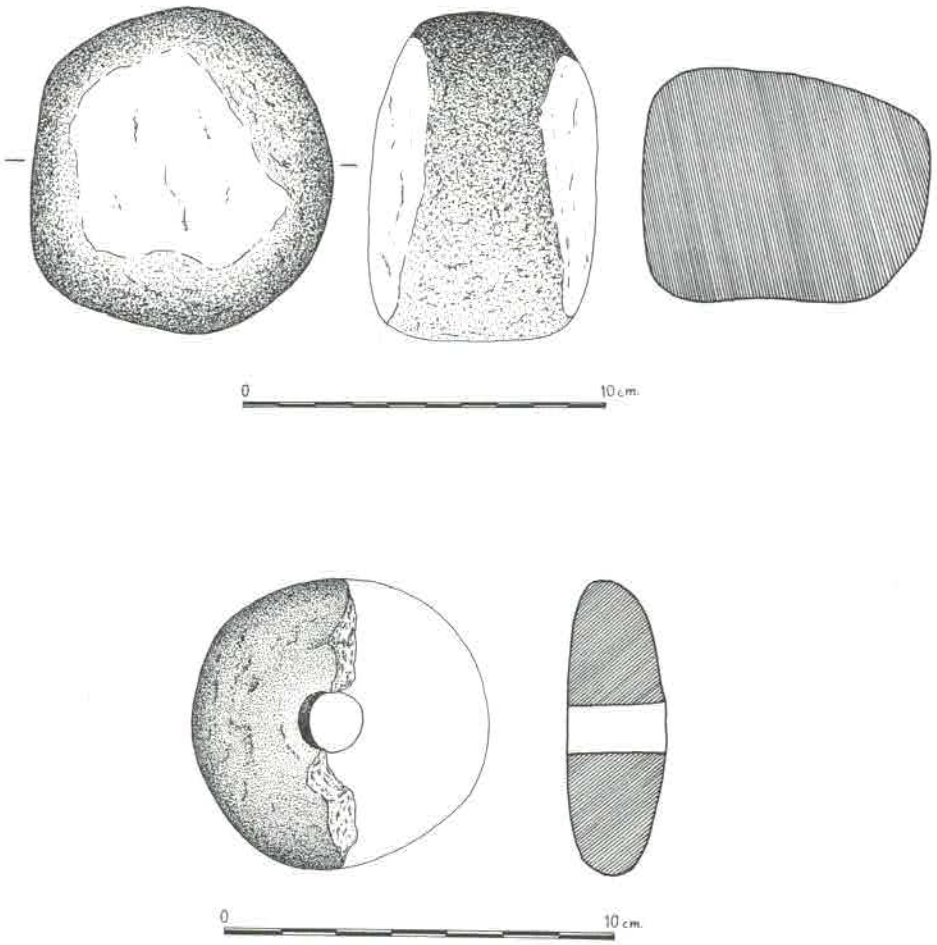


FIG. 27. *Fosa 3. Percutor y fragmento de fusayola*

tura material. Ambas hogueras, aunque sucesivas probablemente, deben tomarse como dos hechos independientes dentro de una misma estructura. La separación entre ambas por el Nivel II debe interpretarse como un deseo de colmatación de las cenizas, que con un espesor de 15-20 cm. copaban todo el fondo y eran producto de una hoguera de cierta entidad o de varias, donde se habían manipulado alimentos, si bien no en contacto directo con las llamas, ya que los huesos no llegaron a quemarse prácticamente en ningún momento. Tal vez la carne fue cocida allí y ello explica que aparezcan los huesos muy fragmentados, posiblemente por haber sido troceada de antemano. Ésta es una posibilidad nada más, de lo que hay certeza es de que no fueron expuestos directamente al fuego que se hizo: sólo serían arrojados a la fosa cuando la hoguera estaba ya práctica o totalmente extinguida. La presencia del morillo

debe interpretarse como un elemento dentro del contexto del fuego que se hizo. El fragmento de fusayola es difícil de explicar si no es como uno más de los elementos cerámicos fragmentados que se llevaron hasta la fosa y que tuvieron una función desconocida en la actividad llevada a cabo en ella. Sobre el motivo por el que se abandonaron las vasijas completas o semicompletas, es difícil pronunciarse. De algunas puede pensarse que se abandonaron por estar ya bastante deterioradas, pero de otras resulta inexplicable, ya que estaban en perfecto estado. Las dos piedras que aparecieron a su lado podrían servir, simplemente, de apoyo a las vasijas, de modo que permanecieran en una posición segura. Parecido sentido debió de tener la placa de granito colocada debajo de uno de estos vasos. El papel desempeñado por los fragmentos cerámicos es un enigma. No se trata de recipientes fragmentados *in situ* y abandonados allí descuidadamente.

En cuanto a los materiales hallados dentro de la fosa, pueden ser comentados en conjunto, se trate de la capa que se trate, ya que todos ellos corresponden a un mismo contexto cultural y se les puede considerar con todo rigor como contemporáneos.

Acerca de la cerámica hay que decir que es en todo asociable a las de las fosas 1 y 2, si bien aquí se cuenta con una serie mayor. Las formas presentan la misma monotonía que se observa en la Fosa 2, es decir, predominancia absoluta de los vasos semiesféricos y esféricos, algunos de éstos con bordes muy cerrados. Únicamente un fragmento, que podría encuadrarse dentro del grupo de paredes rectas, sale de la norma.

El morillo encontrado es de los que se han dado en llamar *Ídolos de cuernos*, denominación que cada día parece menos adecuada a lo que sería su verdadera función, la de morillo propiamente dicho, asociado a hogares. Precisamente este hecho ha quedado bien constatado en el mencionado yacimiento de Los Itueros, donde aparecieron cinco ejemplares bordeando un hogar (CABALLERO y otros, 1990). Al hallado en El Tomillar le falta únicamente la mayor parte de la base. Mide 142 mm. de ancho por 114 mm. de altura y 61 mm. de grosor máximo. Presenta dos *cuernos* ligeramente inclinados hacia una de las caras; en el lado contrario se observan indicios claros de una doble perforación que no llega de parte a parte. Esta doble perforación aparece ligeramente de arriba a abajo, como se ha constatado también en otros yacimientos. Es de color marrón claro-anaranjado y su superficie, sin espatular, presenta numerosas huellas por todas partes de hierbas, que quedarían adheridas al barro fresco hasta el momento de la cocción. No hay un cuidado especial, pues, en la superficie, como parece tónica general también en otros muchos hallados en la provincia de Ávila y aún inéditos.

Respecto a la fusayola hay que decir que se trata de la mitad de un ejemplar levemente bitroncocónico de color gris oscuro-negro.

El percutor encontrado en el nivel IV no presenta particularidades que lo distingan de los que frecuentemente aparecen en los yacimientos prehistóricos. Es un canto de cuarzo blanco con superficie original rojiza, procedente de un río, al que se ha usado con asiduidad suficiente como para haber regularizado todas sus aristas y salientes hasta darle una forma redondeada. Ese redondea-

miento de las aristas aparece, más que con los desconchados típicos de un golpeado desigual, con una especie de pulimento suave al tacto que tal vez pueda indicar un trabajo algo más delicado. Más adelante veremos cómo en la Fosa 5 apareció también un percutor similar.

En cuanto a la fauna, son numerosos los fragmentos encontrados. Aparecen fragmentados de antiguo denotando que, previamente a su manipulación en la fosa, habían sido troceadas las piezas, probablemente para facilitar su cocinado. Aparecen restos de cabra, un fragmento de mandíbula de bóvido y otro de un suido joven, entre otros muchos fragmentos correspondientes a esas tres mismas especies.

La interpretación de la Fosa 3 es difícil. Parece utilizada en dos momentos, que pueden ser perfectamente sucesivos en el tiempo, pero bien separados intencionalmente. Excavada la estructura en el suelo virgen, se hicieron allí una o varias hogueras, probablemente varias, a juzgar por la potencia del nivel de cenizas. Estando el fuego activo o posterior a él, varios recipientes cerámicos estaban colocados en el interior, todos en la misma zona, apoyados y calzados algunos con piedras, lo que da idea de que contenían algo que podía derramarse, bien durante la exposición al fuego o bien si la fosa permanecía abierta y los recipientes tenían allí una función. Con la fosa abierta y el fuego extinguido o prácticamente extinguido, se manipulaban allí carnes de bóvidos, ovicápridos y suidos, juntos o por separado. Aunque no parece fácil concretar cuantas veces se repitió la acción, lo más probable es que fueran varias, quemándose sucesivamente los huesos arrojados en la anterior ocasión con la nueva hoguera, por lo que los que se hallaron en la excavación deben de corresponder al último uso de ese nivel (menos del 3% de los 261 fragmentos de huesos hallados aparecen con huellas claras de fuego). Prácticamente todos son esquirlas o fragmentos de más o menos consideración; no hay huesos largos enteros, ni siquiera son reconstruíbles. Fueron fragmentados en otro lugar y arrojados allí después; o al contrario: fragmentadas allí diversas piezas de carne (en ello podría tener alguna implicación el percutor hallado) y transportadas, una vez cocinadas, a otro lugar. Que las esquirlas halladas sean desechos de la consumición *in situ* o precisamente desperdicios en el troceado, no parece fácil de clarificar. Por otra parte, son muy escasas las conocidas huellas de manipulación con objetos cortantes.

Después de aquello se arrojó una cierta cantidad de tierra al interior con la intención de dejar bien tapadas las cenizas y los recipientes que había entre ellas. Procedía esa tierra de las inmediaciones; muy probablemente se trataba de la tierra extraída en la excavación de la fosa, ya que presenta las mismas características que la que se observa en el corte vertical de las paredes y en el fondo. Las pequeñas motas de carbón que aparecían entre ella debían de proceder de la mezcla con el nivel subyacente en el momento de ser arrojada la tierra. Resultó un suelo compacto, equivalente prácticamente al natural. No parece fácil de explicar el hecho de que no se recuperaran los recipientes cerámicos en el nivel IV y fueran cubiertos de tierra cuando eran perfectamente útiles.

En esta capa estéril se practicó un agujero lateral, circular, de unos 45 cm. de diámetro, donde se hizo una hoguera y se abandonaron algunos fragmentos de huesos largos y una mandíbula de ovicáprido. Luego se taponó de nuevo hasta igualar la altura máxima del nivel II, con lo cual se repetía lo hecho en el nivel IV, incluso se abandonaba también un recipiente que, aunque no estaba completo, era útil.

Sobre el subsuelo restante se llevó a cabo de nuevo una hoguera o varias resultando un nivel ceniciento de cierta potencia, con abundantes esquirlas y fragmentos de huesos y cerámicas, abandonados desordenadamente. Esta vez no abandonaron recipientes enteros; esa parece ser la única diferencia entre este nivel y el III B.

INVENTARIO DE MATERIALES

— Cerámica:
  — 1 Recipiente esférico de paredes entrantes prácticamente completo, con fondo semiplano.
  — 1 Recipiente esférico completo con fondo curvo.
  — 2 Recipientes semiesféricos completos.
  — 2 Recipientes semiesféricos prácticamente completos.
  — 25 Fragmentos de bordes de distintos recipientes.
  — 8 Galbos con arranque de fondo curvo.
  — 1 Fragmento de fondo plano.
  — 284 Fragmentos de galbo de distintos vasos.
  — 5 Fragmentos inconexos de una misma vasija.

— Barro cocido informe:
  — 14 Fragmentos de forma irregular.

— Morillos:
  — 1 Morillo de barro con base incompleta.

— Fusayolas:
  — 1 Fragmento (mitad).

— Material lítico:
  — 1 Percutor de cuarzo sobre canto rodado.

— Fauna:
  — 284 Fragmentos de huesos varios.
  — 3 Astas.
  — 6 Fragmentos de mandíbulas.
  — 4 Dientes y molares sueltos.

FOSA 4

Se manifestaba en principio como una mancha oscura de forma rectangular con los extremos redondeados, de 1,85 por 0,93 m. El color de la tierra era gris excepto en uno de los extremos, donde aparecía una mancha ovalada de 0,75 por 0,41 m., de color verdoso, muy compacta, a diferencia de su vecina que,

por componerse de cenizas, era muy fina y suelta. En contacto con ella, pero dentro de las cenizas, apareció en el inicio de la fosa un cuenco semiesférico completo, abandonado en su posición funcional. Es un recipiente de 181 mm. de diámetro y 88 mm. de altura, con fondo curvo, superficie bruñida y cocción reductora, alternando zonas grises más o menos negras con otras marrones. La pasta está bien decantada, y el desgrasante, de tamaño muy pequeño generalmente, es a base de mica, feldespato y cuarzo. Se trata de una pieza de gran calidad, poco desgastada por el uso.

Entre la parte cenicienta de este primer tramo de la fosa aparecían frecuentes fragmentos cerámicos y óseos en disposición desordenada. Las cenizas contenían multitud de pequeños carbones.

A los 20 cm. de profundidad, la situación cambió sustancialmente: la tierra cenicienta fue reduciendo progresivamente su espacio hasta concentrarse en un círculo de 0,92 m. de diámetro, situado en el extremo oeste de la mancha originaria, precisamente donde en el primer tramo excavado no aparecían cenizas, aunque el círculo a 20 cm. de profundidad supera las dimensiones de la mancha verdosa. En el resto apareció ya la roca madre. Constituía, pues, el círculo en el extremo Oeste, la parte más profunda de la estructura, llegando a ser de 25 cm. a partir de su aparición. Era, por tanto, a -0,45 m. cuando la estructura finalizaba.

El relleno en esta subestructura circular estaba compuesto por tierra con un altísimo porcentaje de cenizas que le daban un color grisáceo en seco y negro estando humedecida. Aparecía material arqueológico frecuente compuesto por fragmentos cerámicos generalmente lisos, a excepción de un galbo con mamelón y un fragmento de colador, junto con restos de fauna en circunstancias similares a lo visto y por ver para las Fosas 2, 3 y 5. Apareció, también, un fragmento del mango de una cuchara de barro con perforación.

El fondo, tanto de la zona menos profunda como de la fosa circular, era plano. Las paredes de toda la estructura eran verticales y en torno a su recorrido aparecía una fina capa verdosa de unos 4 cm., ya conocida en otros casos similares de este yacimiento y cuyo proceso de formación no debe de ser producto de la acción humana.

La forma final de la estructura es la de un hoyo rectangular escalonado progresivamente hasta constituir una fosa circular.

Su interpretación resulta, nuevamente, difícil. Si bien es cierto que mantiene como constante principal la aparición generalizada de fragmentos de hueso y de cerámica, la forma, sin embargo, y algunos detalles hacen que sea diferente. Probablemente este último detalle no sea una particularidad muy importante, dado que las circunstancias, las habilidades o las necesidades no serían siempre exactamente las mismas y podían variar algunos elementos más o menos sensiblemente. Lo que sí parece evidente es que el sentido básico de estas estructuras es, en un alto número de casos, el mismo, y ese sentido debe interpretarse a partir de una constante asociación: ceniza procedente de fuego/fragmentos de hueso/fragmentos cerámicos, que de ninguna manera es casual y debe responder a una actividad concreta, sencilla por lo extendida que fue, y rentable, a juzgar por su perduración.

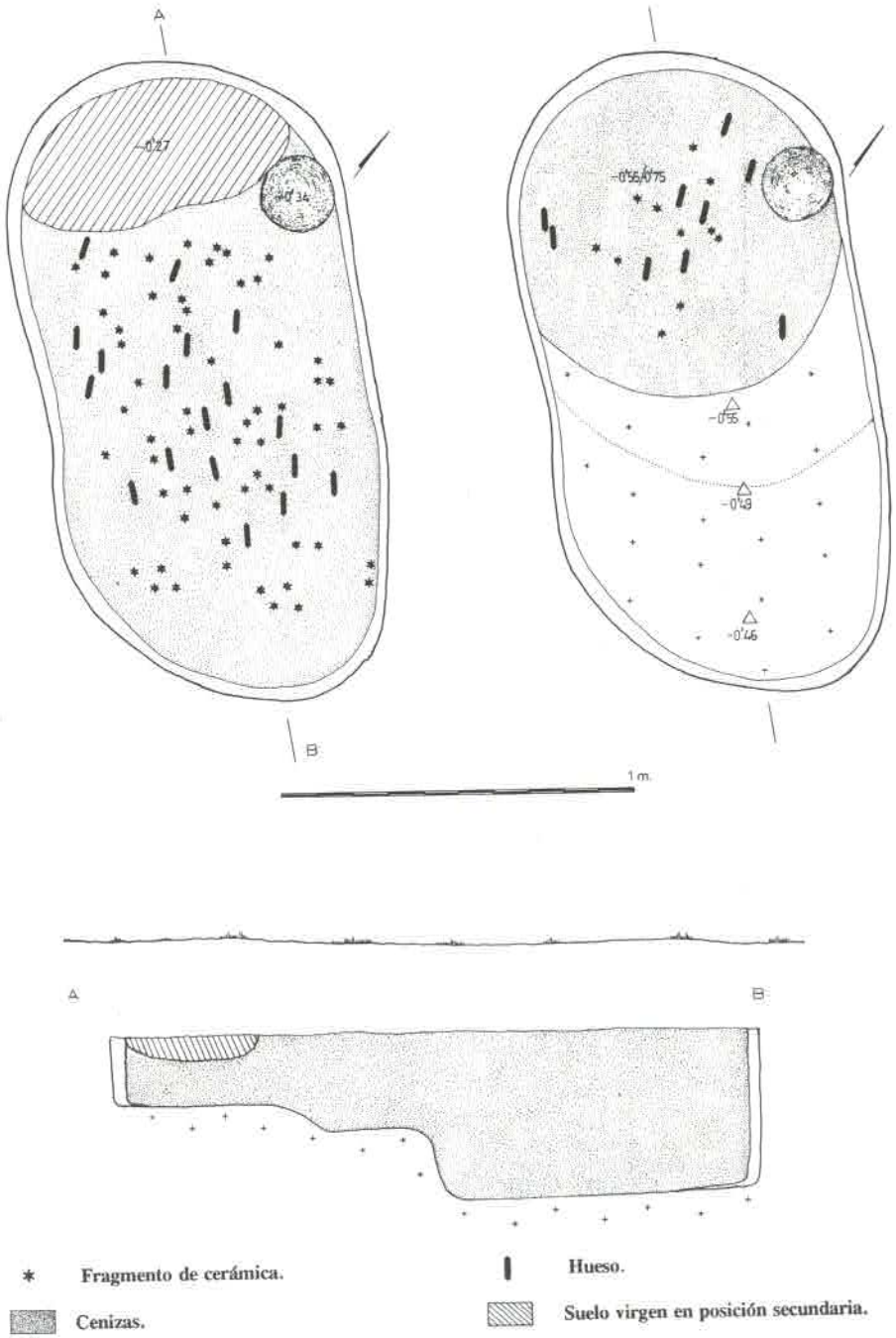


FIG. 28. *Fosa 4. Plantas y sección de la fosa*

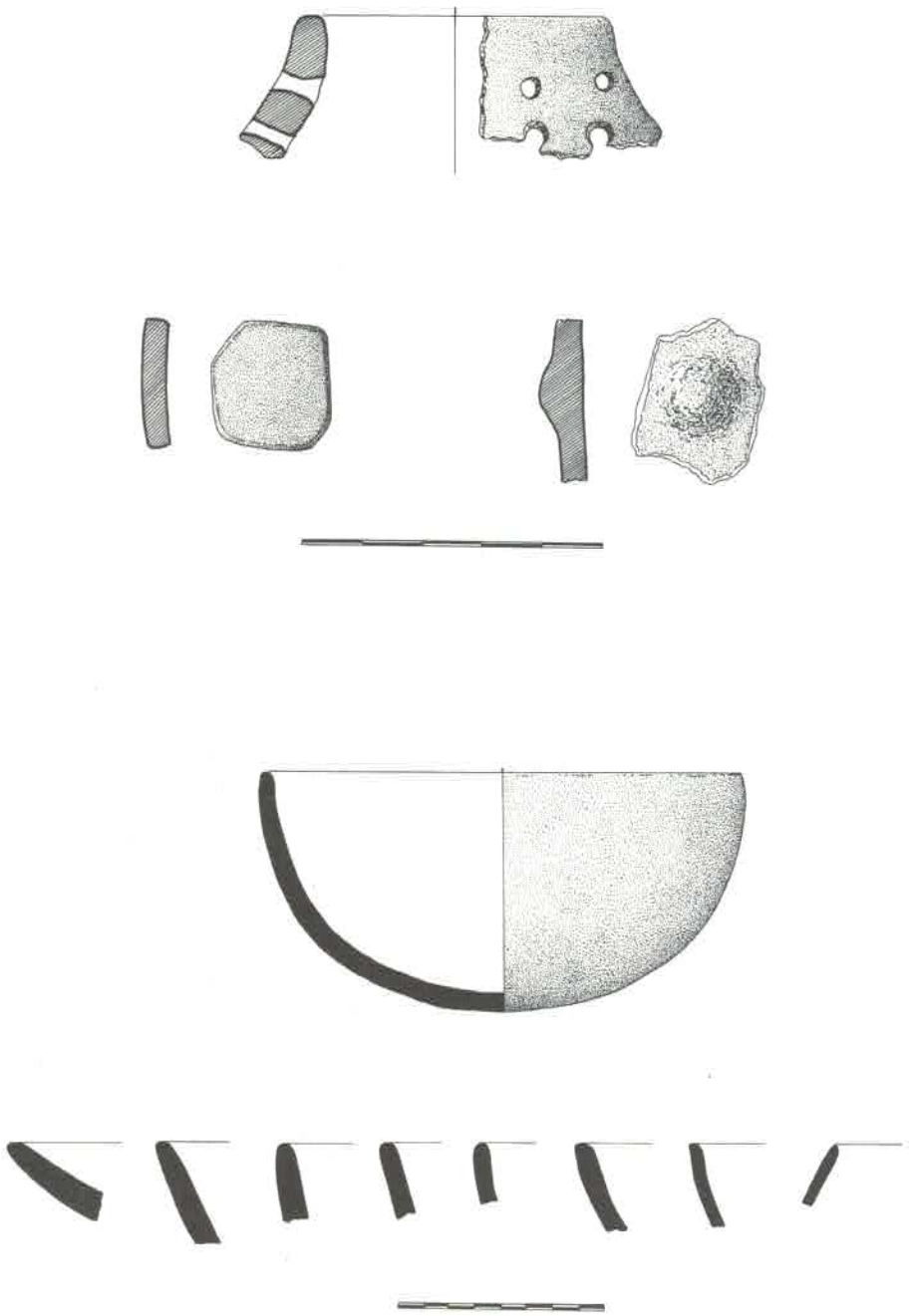


FIG. 29. *Fosa 4. Fragmento de colador, "ficha", galbo con mamelón, cuenco y perfiles de bordes cerámicos*

El abandono de un recipiente completo en el inicio (final de su uso) de la estructura, hace coincidir de alguna manera esta fosa con la Fosa 2. Tal vez el hecho no vaya más allá del mero abandono allí del último recipiente usado. Aunque pudo reconstruirse enteramente, apareció fragmentado y junto, hecho que puede ser interpretado como producto del peso de la tierra y los años, como una inutilización intencionada o, simplemente, como una rotura en el momento de su uso lo que provocaría el abandono *in situ*.

La estructura debió de excavarse en el suelo virgen toda de una vez. Quizá fue utilizada primero la subfosa circular y, colmatada ésta, el resto del espacio después. Salvo que hubiera habido vaciados, su uso parece condicionado al fuego hasta su colmatación total, es decir, que el fuego sirvió en todo momento de base a la actividad desarrollada allí. La presencia de fauna y de fragmentos cerámicos, que como bien se sabe es la norma en estas estructuras, no fue casual tampoco en la Fosa 4. Finalmente hay que decir que la mancha de tierra verdosa aparecida parcialmente sobre la subfosa circular no parece que tenga una importancia capital. Probablemente, su significado es tan sencillo como que pudo ser tierra del entorno, caída o arrojada para apagar las brasas.

Con respecto a los materiales arqueológicos, no presentan diferencias con la tónica general del yacimiento. El fragmento de colador aporta un elemento más a la cultura material de El Tomillar, pero siempre dentro de las previsiones.

INVENTARIO DE MATERIALES

— Cerámica:
  — 1 cuenco semiesférico completo.
  — 12 bordes lisos.
  — 64 fragmentos de galbos lisos.
  — 1 fragmento de galbo con mamelón.
  — 1 *ficha* recortada en fragmento de cerámica.
  — 1 fragmento de borde perteneciente a un colador de barro.

— Material lítico:
  — 1 lasca de material calizo similar al sílex.

— Fauna:
  — 23 fragmentos de huesos varios.
  — 1 fragmento de asta de ciervo.
  — 3 dientes y molares sueltos.

FOSA 5

Excavada en noviembre de 1992. Apareció como consecuencia de las remociones anuales de tierra que se llevan a cabo en El Tomillar con fines agrícolas. La vertedera rozó levemente la parte superior de la fosa manifestando entre la tierra marrón-ocre removida que existía una estructura de las conocidas para el yacimiento. Fue excavada, por tanto, completa. Su situación, en el inicio de la

ladera Sur de la loma de El Tomillar, coincidía con las inmediaciones de la Fosa 1, en la que aparecieron los enterramientos.

La excavación se llevó a cabo delimitando con claridad la fosa y su entorno inmediato y rebajando, después, su relleno a base de capas artificiales de 5 cm. cada una, siguiendo el leve buzamiento Norte-Sur del terreno. Así, a cada 5 cm. fueron anotados los cambios de color y los materiales en un plano de dispersión. Los planos mostrados en las Figuras 30 y 31 son una síntesis de aquellos. Estas anotaciones permitieron posteriormente reconstruir con claridad la estratigrafía de la fosa y su proceso de colmatación.

Debajo de la capa superficial de color marrón-ocre de 29 cm. de espesor, la fosa se manifestaba como un círculo cuyo color gris oscuro de las cenizas contrastaba claramente con el entorno más próximo.

En el contenido de la Fosa 5 se comprobaba la presencia constante de tres elementos: 1.-tierra virgen del sustrato caída al interior mientras estuvo abierta, 2.- cenizas en un 80% y 3.- materiales de desecho o de colaboración, es decir, ya fueran restos de comida (fauna) o del mobiliario (fragmentos de cerámica, etc.). Los dos primeros componen la estratigrafía geológica de la estructura y el tercero aparece asociado casi exclusivamente al segundo de ellos. Es el fuego, pues, la actividad realizada en el interior de la fosa, resultando lo demás hallado en ella, bien asociaciones accidentales o bien el sujeto y los probables complementos de la actividad realizada. El fuego debió de ser el medio.

Prácticamente la totalidad de los materiales arqueológicos aparecidos, al márgen de los faunísticos, fueron fragmentos de cerámica o de barro cocido amorfo. El material es idéntico a diferentes profundidades. Deben considerarse excepcionales el hallazgo de un punzón de hueso, la mitad de una cuenta de collar de variscita (?) y dos fragmentos líticos. No aparecieron recipientes cerámicos enteros, ni pudieron reconstruirse a partir de los fragmentos, aunque algunos trozos, como es lógico coinciden, producto sin duda de su manipulación y fragmentación cuando ya estaban en el interior de la estructura. Se trata de trozos de varios tamaños, nunca muy grandes. Son más frecuentes los de tamaño mediano (en torno a 7 cm.). Correspondieron a numerosos recipientes distintos y de diferentes formas, grosores, texturas y superficies. Aparecían, generalmente, dispuestos de forma horizontal entre las cenizas; excepcionalmente apareció alguno hincado, prácticamente siempre pegados a las paredes de la fosa, como si hubieran querido reforzarla en un determinado momento y ellos fueran los supervivientes de un reforzamiento generalizado. Menos del 5% de los fragmentos aparecieron con huellas de exposición prolongada al fuego independientemente de la cocción (requemado). Unos y otros fragmentos aparecían casi exclusivamente entre las cenizas, desordenadamente, muy pocos estaban envueltos entre la tierra virgen que aparecía concentrada en torno a las paredes de la fosa, como más adelante veremos. Todos fueron llevados al interior de forma intencionada para cumplir algún cometido relacionado con los fuegos que se practicaron durante cierto tiempo, aunque probablemente no de forma continuada. Huesos, fragmentos de cerámica y fuego fueron, sin duda, los protagonistas exclusivos de la actividad para la que fue abierta la Fosa 5. En cuanto a los huesos aparecidos, un primer análisis, aun-

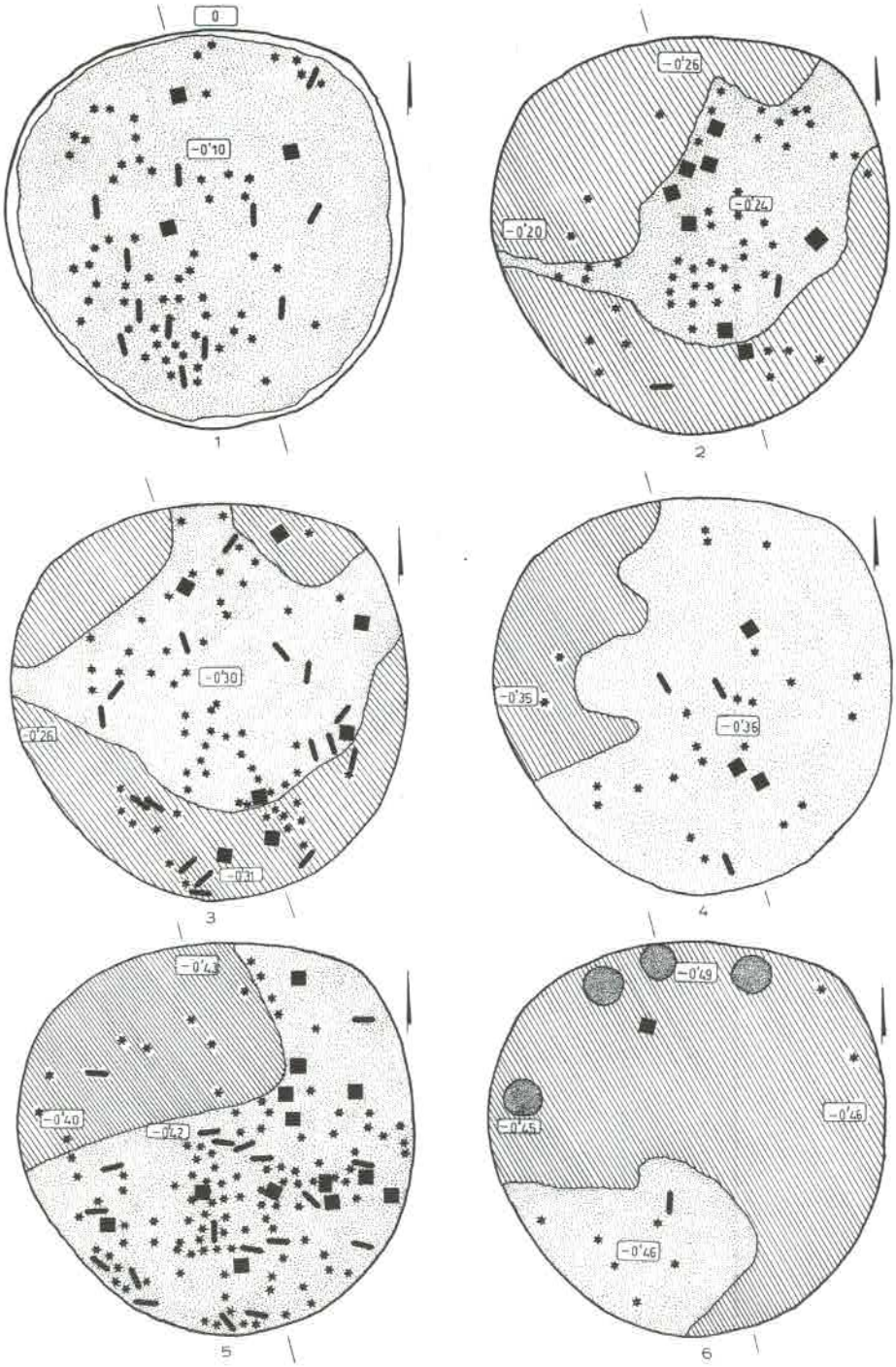


FIG. 30. *Fosa 5. Plantas sucesivas de la 1.ª a la 6.ª*

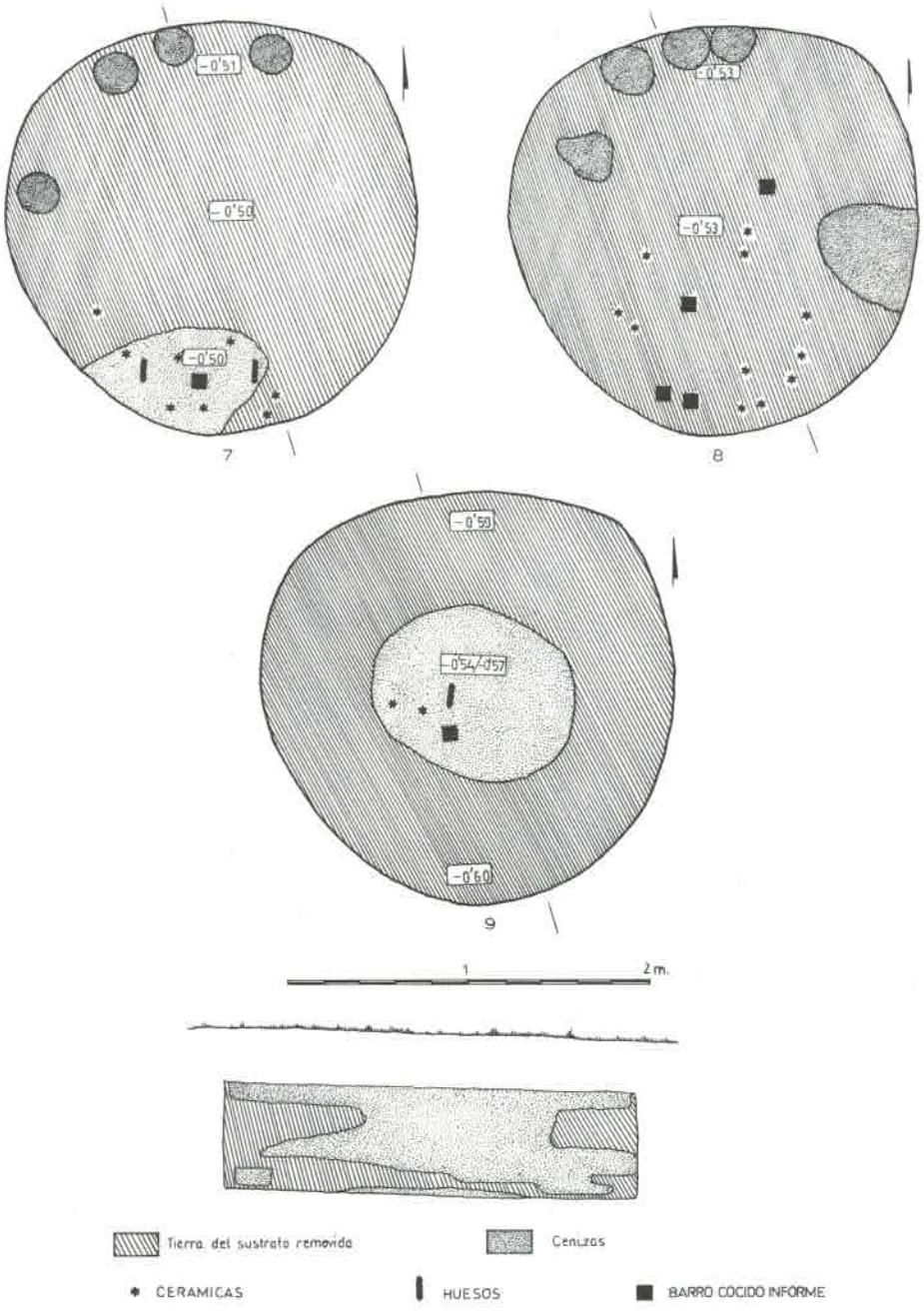


FIG. 31. *Fosa 5. Plantas 7.ª a 9.ª y sección general de la fosa*

que sea superficial, evidencia la presencia de distintas especies, la ausencia de individuos completos y el bajo porcentaje de huesos con huellas de exposición directa al fuego. Los fragmentos correspondientes a huesos medianos y grandes muestran huellas de fracturación intencionada para la extracción del tuétano. En algunos se aprecian las incisiones propias de la manipulación con un objeto cortante.

De entre todo el material arqueológico manufacturado hay que destacar la presencia de un fragmento de cerámica con huellas de pintura negra formando líneas paralelas verticales en la cara externa y un motivo inconcreto, quizá una mancha, en la interna; la pintura parece aplicada después de la cocción, por lo que resulta frágil en cuanto a la conservación integral de todo el motivo. Las formas observadas tienen siempre relación de una forma o de otra con la esfera. La cerámica es lisa a excepción, si lo consideramos como un motivo decorativo propiamente, de algunos fragmentos presentando mamelones. Los fondos son curvos o aplanados; en uno de forma curvada aparecen dos umbos de aspecto muy tosco. Hay un fragmento con un leve apéndice vertical en el labio. La calidad de la cerámica es generalmente buena y está en consonancia directa con todo lo conocido en esta parcela para el yacimiento. El punzón está fabricado sobre un hueso largo de bóvido o équido, tiene una sola punta, que aparece rota, causa por la que probablemente fue abandonado. El fragmento de cuenta de variscita (?) corresponde a una cuenta de pequeñas dimensiones, con forma tubular y perforación doble opuesta. Los fragmentos líticos son lascas, una de ellas de cuarzo, y la otra, de material calizo cristalino con fractura conchoide, cercano al sílex, muy propio de la zona. Finalmente hay que decir que los fragmentos informes de barro cocido presentan algunos huellas de troncos o ramajes, mientras que otros son simples trozos amorfos sin otra particularidad.

Es importante señalar, además, la aparición de un fragmento de cáscara de avellana mineralizado (*Corylus Avellana*) entre el relleno de la fosa. Fue identificado por el Dr. Bartolomé Casaseca Mena, Catedrático de Botánica de la Universidad de Salamanca. Actualmente, el avellano no existe de modo natural en un amplio territorio en torno a El Tomillar. Aunque a juicio de los botánicos no sería demasiado raro encontrarlo en esta zona sin necesidad de recurrir a variaciones climáticas con respecto al clima actual, sí debemos valorar este dato al menos en cuanto a la reconstrucción del paisaje antiguo de las inmediaciones del yacimiento, probablemente inundado con frecuencia en las zonas Norte y Oeste por desbordamientos del río Zapardiel, lo que provocaría la proliferación de especies arbustivas, en la zona del cauce, entre las que se encontrarían los avellanos. Las inundaciones de la zona del cauce del río Zapardiel han sido habituales hasta hace unos veinte años, habiendo disminuido después como consecuencia de los sucesivos años de sequia y de las modificaciones artificiales en el río.

Interpretación

A través de las observaciones de campo y, luego, del estudio de los datos obtenidos, el proceso de la Fosa 5 parece que fue el siguiente: muy próximo al lugar donde ya se realizaban o se llevarían a cabo poco después, varios ente-

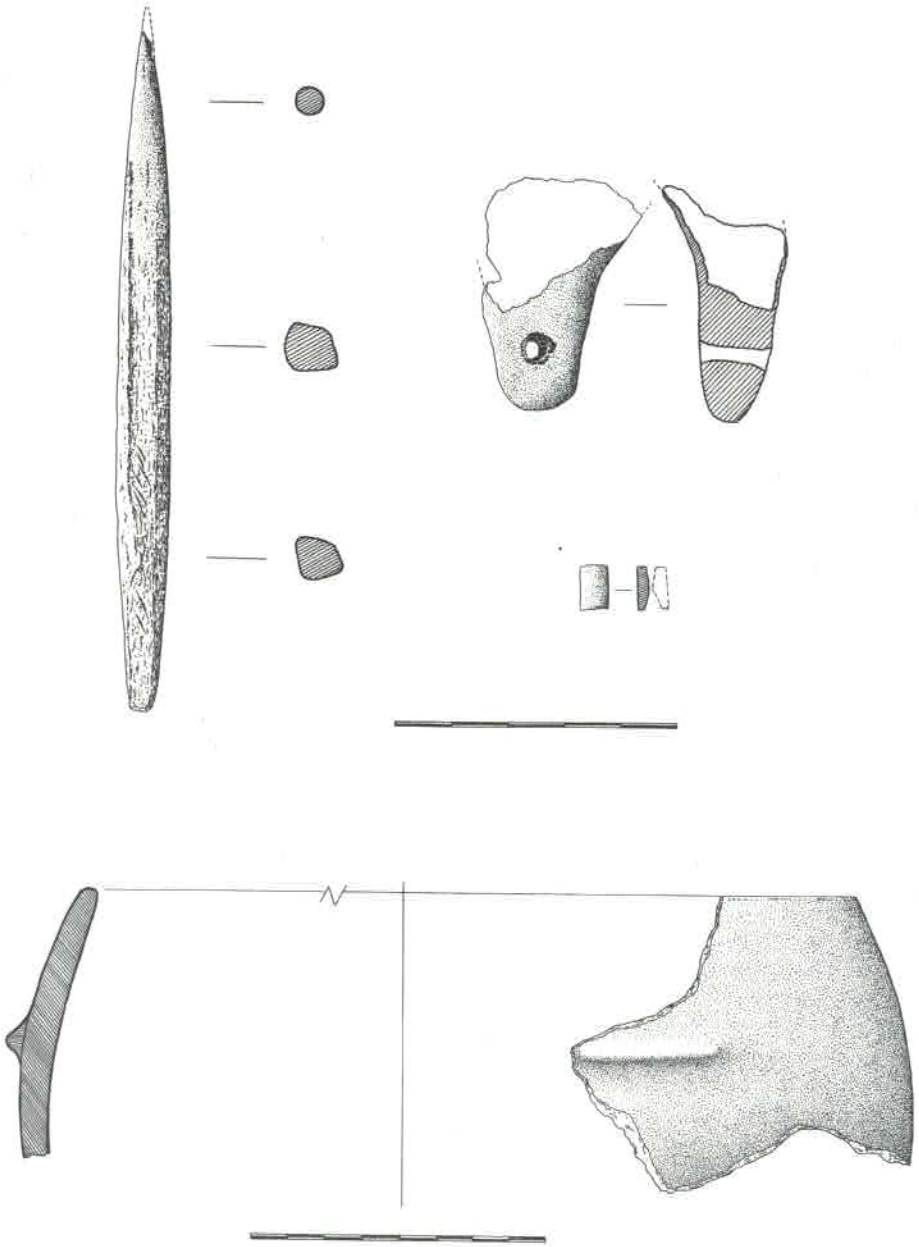


FIG. 32. *Fosa 5. Punzón de hueso; fragmento de cuchara; cuenta de color verde y fragmento cerámico con moldura horizontal*

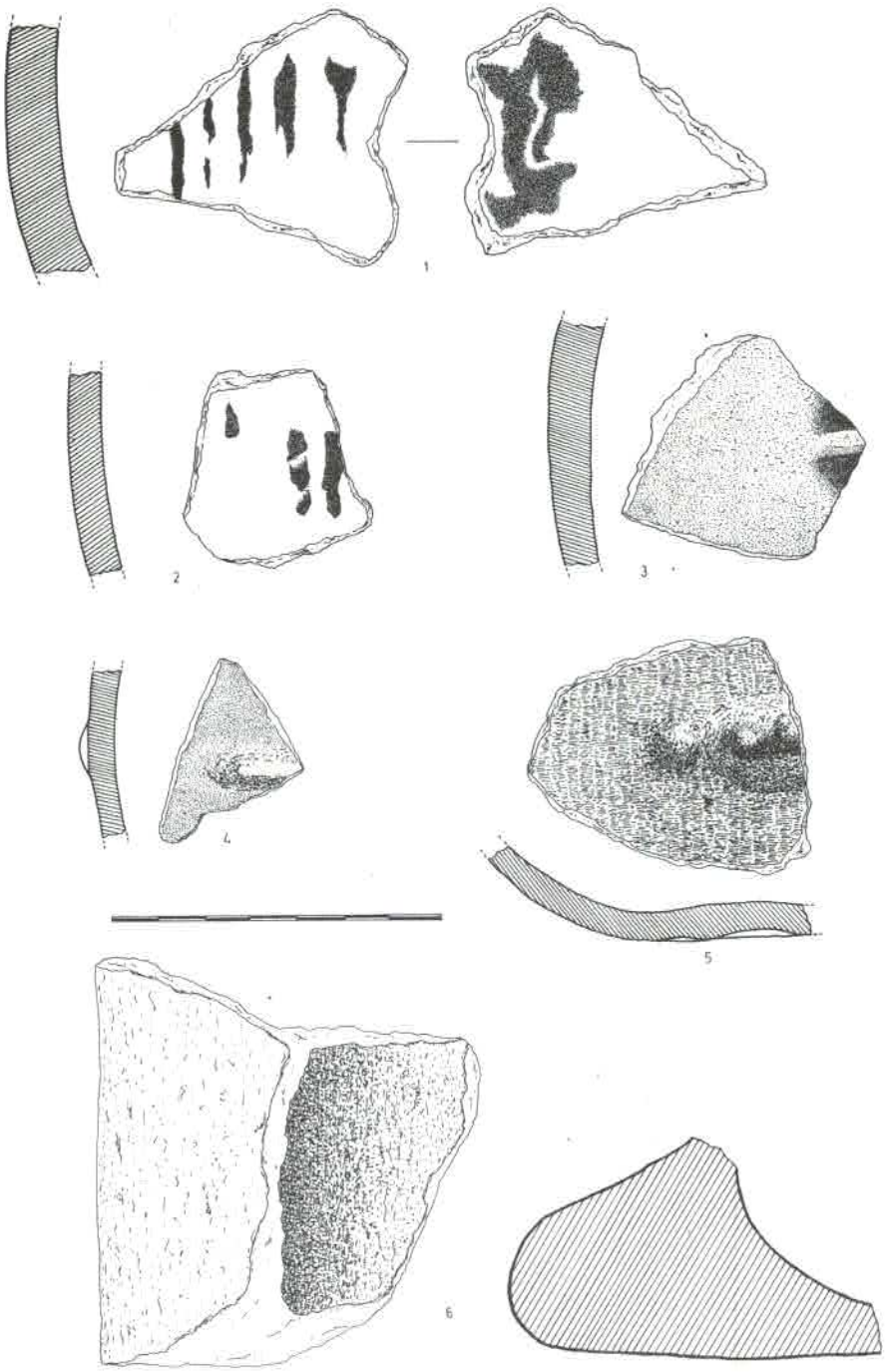


FIG. 33. *Fosa 5. 1-2: galbos con restos de pintura negra. 3-4: galbos con aplicaciones plásticas. 5: fondo con umbos. 6: fragmento de objeto de barro*

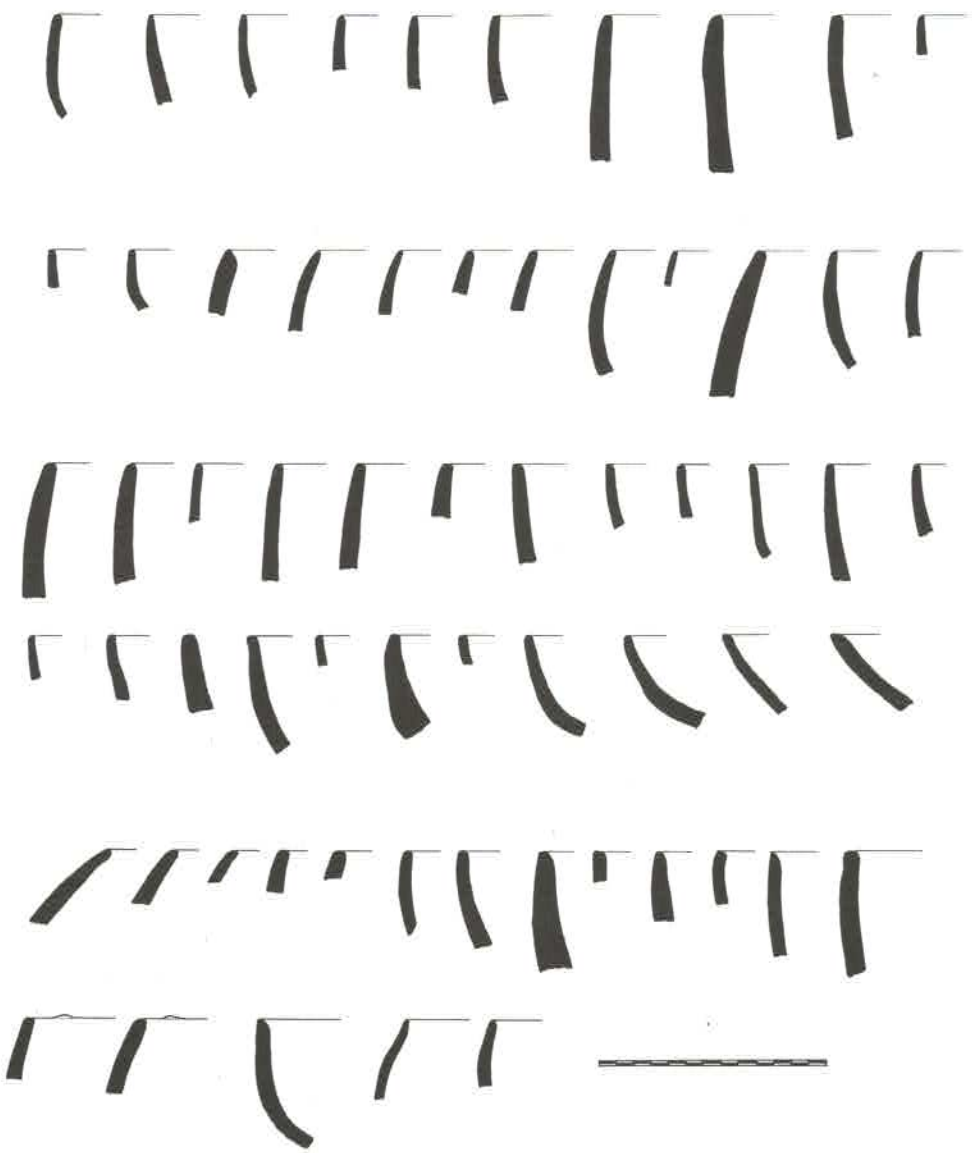


FIG. 34. *Fosa 5. Perfiles cerámicos*

rramientos, se abrió en el suelo virgen una fosa aproximadamente circular con paredes siempre verticales. Las dimensiones eran de 2,46 x 2,20 m., la profundidad oscilaba entre 40 y 50 cm., siendo más honda en la parte Sur que en la Norte. Aun siendo en época invernal, en que las tierras contienen el agua de

lluvia, la excavación no debió de ser fácil. Si lo fue en época estival, resultó muy costosa debido a la compacidad que tienen por sí mismas las tierras del yacimiento, incrementada cuando el terreno pierde todo el agua por evaporación. La tierra de la excavación se depositó en torno a ella, de tal manera que fácilmente podía resbalar al interior, como así sucedió. Recién excavada la fosa se hizo una hoguera en el interior, pero solamente localizada en el centro; en todo el contorno habían resbalado ya tierras de la excavación y no permitieron que la hoguera copara todo el fondo. Con el fuego debió de producirse un consumo de carne que dejó pocas huellas pero significativas; también cayeron allí o allí se utilizaron algunos fragmentos de cerámica y de barro. El fuego llegó a reducirse a cenizas. Toda la superficie horizontal fue cubierta después por tierras procedentes de la excavación que estarían aún en torno a ella. En esa tierra se excavaron cuatro pequeños agujeros y en ellos, probablemente, fueron colocados sendos troncos de tamaño mediano. La huella circular de color marrón y marrón-grisáceo así parece indicarlo. Estos supuestos troncos se colocaron pegados al borde de la fosa, en un espacio que abarcaba casi medio círculo. La presencia de su huella inequívoca durante 20 cm. implica que estuvieron clavados durante una buena parte del desarrollo de la fosa. Tal vez el hecho de crear un suelo vírgen sobre los restos de la primera hoguera respondió, simplemente, al deseo de buscar una base sustentante fácil para estos postes. Apoya la idea de que lo fueran el hecho de que desde su aparición la huella de fuego encendido dentro de la fosa se localizaba fuera de las marcas de los postes y, por otro lado, se observó como cuando la tierra amontonada en torno a la fosa cayó a ésta, no ocupó las marcas circulares, prueba de que allí había algo que lo impedía. Quizá se trató del soporte de una pequeña techumbre, de un paraviento o de un asiento de madera, lo cierto es que allí hubo algo hincado con sección circular, dispuesto verticalmente. Luego, hacia la mitad de la colmatación de la fosa, estos postes desaparecieron, aunque hay que pensar que una parte de ellos quedó introducida dentro de la tierra determinando la huella que apareció.

Desde la reanudación de las hogueras en el interior de la fosa hasta su colmatación total, cenizas, fragmentos cerámicos, huesos, trozos informes de barro, algunos cantos rodados del substrato y la tierra procedente de la excavación acumulada en las inmediaciones, fueron colmatando la fosa poco a poco. Las hogueras se extinguieron hasta reducirse a cenizas y, directamente relacionados con su ámbito superficial, iban quedando depositados fragmentos de cerámica y huesos. Estos eran arrojados, la mayor parte de las veces, a las cenizas, ya que si lo hubieran sido al fuego aparecerían con sus huellas. Finalmente, cuando la fosa quedó colmatada, se abandonó.

Todo ello debió de suceder durante un cierto tiempo, difícil de calcular pero más bien relativo a días, semanas o algunos meses que a períodos mayores en los que pudiéramos estudiar alguna evolución, sobre todo tipológica, en determinados elementos.

Probablemente se trata, una vez más, de una estructura creada para cocinar alimentos cárnicos, en la que el fuego tiene una cierta protección y los fragmentos cerámicos un papel sin duda relacionado con ello aunque difícil por ahora de precisar con exactitud en todos sus detalles.

Los materiales arqueológicos hallados en el interior de la fosa son abundantes. Ya se ha dicho que son casi solamente fragmentos de cerámica y restos de fauna. La cerámica presenta las mismas características que la que apareció en otras fosas y la que se encuentra abundantemente en superficie. El mismo tratamiento esmerado de las superficies, la misma cocción reductora general y la misma sobriedad decorativa, reducida aquí, excepcionalmente, a dos fragmentos con mamelón alargado horizontal, y otro con restos de pintura negra formando bandas verticales paralelas exteriormente y quizá pintado todo de negro en el interior *(Figuras 32 y 33)*.

El punzón está fabricado sobre un hueso largo de bóvido. Tiene sección cuadrangular y pulimento muy elemental en casi toda su superficie, intensificándose en la zona de la punta, donde la sección es aproximadamente circular. Un extremo estaba apuntado por pulimento, el otro, aunque con un progresivo apuntamiento desde la mitad de la pieza, es achatado, con la punta roma y no por el uso. En este extremo tiene huellas de exposición al fuego. Sus dimensiones: 120 mm. de envergadura por 12 mm. de anchura máxima.

El resto de los materiales son: dos lascas y una cuenta de collar. Una de las lascas es de una roca local de apariencia caliza, blanda, que en algunos yacimientos de la zona ocupa el lugar del sílex; tiene muy marcado el bulbo de percusión y carece de retoques. La otra es una lasca de cuarzo blanco, sin retoque pero con huellas de levantamientos anteriores. El fragmento de cuenta de collar supone casi la mitad de una pieza tubular de 8 mm. de larga, de color verde intenso, probablemente variscita. Junto con todo lo dicho, aparecieron numerosos cantos rodados de cuarcita de tamaño inferior a 5 cm. repartidos por toda la fosa y a todas las profundidades; son de procedencia local. La mayoría no presentaban huellas de exposición al fuego. Respecto a los fragmentos informes de barro ya se han descrito anteriormente.

INVENTARIO DE MATERIALES

— Cerámica:
  — 74 bordes lisos.
  — 409 galbos lisos.
  — 2 fragmentos de galbos con restos de pintura negra.
  — 1 fragmento de galbo con posibles restos de pintura roja.
  — 1 fragmento de galbo con restos de ocre en una de las fracturas.
  — 1 fragmento de fondo con doble umbo.
  — 1 fragmento de borde y galbo con mamelón alargado horizontal.
  — 1 fragmento de galbo con arranque de moldura plástica inconcreta.
  — 1 fragmento de borde con protuberancia en el labio.
  — 1 fragmento de cuchara de barro.

— Industria ósea:
  — 1 punzón sobre fragmento mesial de hueso largo.

— Material lítico:
  — 1 percutor de cuarcita sobre canto rodado.
  — 1 fragmento de percutor sobre canto rodado de cuarcita.

— 1 lasca de cuarcita sin retoques.
— 1 lasca de material calizo cristalino similar al sílex sin retoques.
— 1 fragmento de cuenta de collar de color verde intenso.

— Barro informe:

— 1 bola de barro cocido sin regularizar.

— Otros:

— 1 fragmento de morillo de barro.
— 1 fragmento de objeto inconcreto de barro cocido con impronta de objeto de sección circular.

— Semillas:

— 1 fragmento de semilla mineralizada de avellano.

ENSAYO INTERPRETATIVO DE LAS FOSAS *(CENICEROS, HOYOS, FONDOS...)*

Si se revisa la bibliografía referente a estos *campos de fosas*, *ceniceros* o como se les quiera llamar, veremos que en un porcentaje muy elevado, cercano a la totalidad, aparece esta constante: una fosa aproximadamente circular, excavada por lo general en terrenos blandos, acompañada de otras muchas estructuras similares, con una más o menos complicada estratigrafía particular, con presencia frecuente de niveles cenicientos, apareciendo de forma desordenada multitud de fragmentos cerámicos, algunos de buen tamaño, quemados postcocción o no y acompañados de huesos fragmentados en el mismo desorden. Sólo en algunas ocasiones aparecen vasos enteros y, en casos muy contados (probablemente en todos, porque nunca hemos excavado completamente uno de estos yacimientos) contienen inhumaciones humanas. Naturalmente, la presencia de huesos de animales, tan reiterada y siempre en los mismos términos, no puede indicar otra cosa que no sea alguna actividad relacionada con la alimentación. Los recipientes completos podrían verse dentro de la lógica, por ejemplo, del preparado o almacenaje de alimentos, aunque existan dudas sobre las circunstancias de su abandono. Pero la función desempeñada por los fragmentos cerámicos parece más enigmática, sobre todo cuando se comprueba que no están en la fosa accidentalmente, es decir, procedentes de un entorno donde se esparcían como desechos y quedaban a expensas del trasiego por la zona con la fosa abierta o de la colmatación de ésta con las tierras inmediatas. Tanto en El Tomillar como en el yacimiento de la Gravera de Puente Viejo (Mingorría, Ávila), yacimiento éste del Bronce Pleno en el que se han excavado cerca de un centenar de estas estructuras, no aparece un nivel de habitación inmediato relacionado con las fosas. En ningún momento se ha constatado, además, suficientemente que éste haya podido desaparecer por efecto de la erosión o por otras causas: sencillamente no ha existido. En la Gravera de Puente Viejo se observaba cómo encima de las fosas existía un nivel marrón, con 10-20 cm. de espesor, que sucedía al superficial de aproximadamente el doble. En ese

nivel marrón no se apreciaban, más que en raras ocasiones, fragmentos de cerámicas, la mayor parte de las veces bastante rodados, al contrario de los que aparecen en el interior de las fosas. Quiero decir con esto que los fragmentos cerámicos proceden de algún lugar probablemente cercano pero no integrado dentro de estos campos de fosas. Su función exacta en las actividades llevadas a cabo en cada una de ellas parece difícil de averiguar, pero podría tener alguna relación con las propiedades de los fragmentos cerámicos, ya sea en cuanto a sus características formales, por sus propiedades térmicas, etc. Lo que no parece coherente es interpretar estas estructuras siempre como meros basureros; parecen basureros cuando los excavamos, pero con toda seguridad no fue ese su cometido. De sobra es conocido que no se caracterizaban los asentamientos por su pulcritud y limpieza. Cualquiera que haya excavado cabañas o entornos de cabañas sabe del enorme caos de restos de todas clases que constituía el suelo general, como para pensar que las basuras eran guardadas en terrenos especialmente pensados para ello. Sin duda muchas de estas estructuras obedecen a una determinada costumbre de manipular o guardar alimentos. Algunos paralelos etnológicos pueden dar una idea aproximada al respecto, como los reseñados por L.R. BINFORD (1988: 178 y ss.) entre los alyawara australianos que excavan hoyos para diferentes actividades, entre ellas para asar carne. La repetición y la constancia de los elementos en estas estructuras pone de manifiesto, no solamente una práctica habitual utilizada durante mucho tiempo (por tanto algo muy simple, muy elemental, algo que no es necesario imitar ni contagiar, que surge como una respuesta espontánea) sino también una actividad que quizá deba ser relacionada con el consumo de carne, de lo contrario no tendrían explicación la presencia de huesos fragmentados, claramente machacados los de cierto grosor para aprovechar al máximo todas las partes comestibles o huellas de pequeños cortes, producto no del troceado sino del trabajo de desprendimiento de la carne, es decir del consumo. Curiosamente la mayor parte de los huesos no aparecen quemados, incluso ni cuando aparecen entre niveles cenicientos, como si su relación con el fuego hubiera sido indirecta (¿cocción?). En el ya aludido yacimiento de la Gravera de Puente Viejo pude comprobar en un alto número de casos como aparecían las cerámicas diseminadas sin ningún orden en la fosa, como si el resultado final de la actividad llevada a cabo allí supusiera finalmente la alteración de algo que había tenido un orden y que ineludiblemente tenía que quedar alterado en el momento de recoger lo que se estaba exponiendo al fuego. En una de las fosas, aparecieron las paredes más bajas enteramente forradas de grandes fragmentos de vasijas y, en el interior, el mismo desorden habitual. Tal vez esta reutilización de la cerámica, una vez rota en el poblado, sea la causa de que en algunos casos o en muchos, estos yacimientos constituyan asentamientos enigmáticos donde no aparecen, o lo hacen raramente, cabañas u otras estructuras que indiquen un lugar de habitación correspondiente al número de fosas que suelen aparecer. Es decir, que puede existir la posibilidad de que el poblado en sí sea difícilmente detectable hoy a causa de la escasez o, por lo menos, de la menor abundancia de sus indicios más habituales: las cerámicas, que eran reutilizadas en estas presuntas áreas de manipulación de alimentos.

Indudablemente, al excavar estos yacimientos se comprueba también que no todas las estructuras manifiestan la misma actividad. Hay algunas fosas donde no se hizo fuego y sin embargo aparece un nivel marrón oscuro y muy escasos y diminutos fragmentos cerámicos. En otros casos, dentro de una fosa hay varios recipientes completos. Y hay otros que son grandes contenedores exclusivamente de cenizas, como si se tratara de hornos.

Por otra parte, dentro de un mismo tipo de fosas se dan variaciones que deben ser interpretadas como producto de las circunstancias. Parece lógico pensar que no serían utilizadas de la misma manera siempre, aunque su fin principal fuera el mismo, es decir, que dependiendo de muchos factores y circunstancias particulares sucederían en ellas unos hechos u otros que han dejado su reflejo en la estratigrafía. El arqueólogo debe partir de esta base al excavarlas para no caer en interminables clasificaciones morfológicas a partir de tipos, subtipos, variedades, subvariedades... etc. que muchas veces complican un hecho de más fácil explicación y amplían las clasificaciones hasta casi el infinito.

La facilidad con que se excava un hoyo en el suelo y su rentabilidad en una sociedad primitiva hizo que fuera un gesto frecuente y de utilidad muy amplia. Muchas veces los suelos arenosos en las riberas de los ríos no hacían sino dar facilidades a estas costumbres, por otro lado simples y normales dentro de una conducta con aquellos medios. El que hoy queramos interpretarlas todas de una forma similar sería un grave error. Algunas serían verdaderos silos, otras simples depósitos de cualquier cosa, otras no serían utilizadas o fueron vaciadas, colmatándose después por sí mismas y presentando, después, ante nosotros, una forma misteriosa, y, otras, al parecer las más frecuentes, pudieron ser pequeñas cocinas que por sus características protegían el fuego y permitían la manipulación de los alimentos. Y éstas serían unas veces más utilizadas y otras menos; unas veces se limpiarían y otras sería más fácil crearles un suelo nuevo con la tierra inmediata. Lo que no parece probable es que sean producto de un "gesto higiénico". Y lo que también parece claro es que lo que representaban en la vida de un poblado debía de ser algo muy simple, algo fácil de inventar, una consecuencia lógica y sencilla de la forma de vivir que se llevaba a cabo, de lo contrario no hubieran sido un acto y su consecuencia tan utilizado y durante tanto tiempo y por tantas poblaciones.

Por otra parte, el intentar reconstruir en una fosa de estas características procesos culturales quizá sea un tanto aventurado. Su período de uso no pudo ser muy grande como para observar secuencias culturales donde pueda verse una evolución entre lo más profundo y lo más superficial. El clima y las circunstancias de uso y su calidad (muchas veces, como se sabe, sobre terrenos arenosos) harían que quedaran colmatadas en poco tiempo, por lo cual la estratigrafía que hallamos en ellas nos sirve para conocer los pormenores de su uso, pero nada más allá de eso, generalmente. En algunos casos puede observarse una reutilización al cabo de los años o de los siglos, llevándose a cabo para ello el vaciado parcial de una fosa y denotanto para nosotros una cierta complicación estratigráfica. Estos casos, aunque pueden darse con alguna frecuencia en yacimientos ocupados durante largo tiempo o reocupados, no son muy frecuentes;

la norma parece estar en el uso de una fosa más o menos intensamente durante un tiempo y una vez colmatada se abandona.

Otro punto interesante de tratar es su ubicación, constituyendo en muchos casos campos más o menos extensos donde aparecen casi solamente ellas. Las noticias, oficiosas, aportadas por la Gravera de Puente Viejo (Mingorría, Ávila) indican que inmediato al extenso campo de fosas había un poblado detectado al mismo tiempo que era destruido por la construcción de una planta de manipulación de los áridos de la gravera. Tal vez el caso de El Tomillar sea el mismo, existiendo dos zonas bien diferenciadas en el yacimiento: una donde sólo aparecerían fosas y otra donde las manchas son de mayor tamaño, pudiendo corresponder a cabañas. En los poblados excavados en el Sur de la Meseta Norte de esta época y anteriores, en los lugares donde aparecen cabañas estas fosas están presentes, pero nunca salpican el terreno del modo que lo hacen en los campos de fosas. Aparecen en el interior de las cabañas y a su lado, no siempre son depósitos de cerámicas y huesos y en algún caso, como en La Solana (Navalmoral de Béjar, Salamanca) contenían grandes recipientes cerámicos. Ello no quiere decir que en áreas no excavadas del poblado estén por descubrir campos más o menos extensos de fosas.

Enigmática es la aparición, frecuente por otro lado, de conchas de mejillón de río (Fosa 5; Aldeagordillo; Gravera de Puente Viejo...) cuyo consumo extrañaría, por tratarse de un molusco cuyo sabor no parece muy apetitoso. La también frecuente presencia de punzones de hueso e incluso metálicos, tal vez esté relacionada con la extracción del tuétano a los huesos; en cualquier caso debe ser asociado con la actividad que se realizaba cuando intervenían huesos y cerámicas en ella, así lo muestra la frecuencia en la aparición.

En todos los casos la interpretación particular de cada una es tarea muy interesante y su veracidad depende directamente de lo exhaustivos que hayan sido los trabajos de campo.

Caracterización cultural del yacimiento de El Tomillar

Con todo lo expuesto hasta aquí a partir de las excavaciones en El Tomillar y los datos de superficie, siempre en sincronía unos y otros, es posible trazar una caracterización del yacimiento que sirva no sólo como definición de su cultura, sino también para la comparación con otros yacimientos similares del entorno. Indudablemente quedan todavía muchos trabajos que hacer en este yacimiento, pero el estadio actual de las investigaciones presenta un número de datos suficientes para abordar este punto garantizando el valor de su aportación. Así pues, la definición del yacimiento de El Tomillar se basa en los siguientes puntos:

1. Se trata de un yacimiento de reducidas proporciones, ubicado en el extremo de una loma, que se alza sobre una vega de características pantanosas, a un lado configurada por el valle del río Zapardiel y a otro por una pequeña

cuenca endorreica de funcionamiento invernal en años de pluviosidad normal. Fue, pues, una zona con agua abundante y pastos, donde, además, la práctica de la agricultura tiene buenas posibilidades, sólo obstaculizada por la altitud, que generalmente merma los resultados en el buen terreno que estas zonas ofrecen. Agricultura y ganadería, en particular la segunda, han quedado bien patentes en las excavaciones, sobre todo la última. La presencia de la agricultura quedó atestiguada por el hallazgo de fragmentos de molinos y molederas de granito foráneo en alguna de las fosas excavadas. La abundante presencia de ovicápridos, sobre todo, al lado de suidos, bóvidos y équidos y, en menor medida, de especies salvajes, que en El Tomillar, como tantos otros yacimientos complementaron la dieta, atestiguarían el consumo cárnico en el yacimiento.

2. La ubicación del yacimiento en el extremo de una loma sin rocas obedece más a una búsqueda de protección ambiental que al interés defensivo que el lugar pudiera ofrecer. Lo conocido hasta hoy en El Tomillar hace pensar que el inicio de la ladera en el lado Sur estuvo destinado preferentemente a la ubicación de cabañas aprovechando el abrigo, mientras que la pequeña meseta de lo alto y el inicio de la ladera Norte fue una zona destinada a trabajo, almacenaje, manipulación de alimentos y cementerio y, también, aunque en menor medida, pudo ubicarse allí alguna cabaña. La influencia actual de los trabajos agrícolas ha permitido reconocer algunos lugares como probables fondos de cabaña en sentido literal, manifestados por grandes manchas grisáceas de forma circular en claro contraste con el entorno, en cuyo espacio aparecen gran cantidad de desechos, que escasean fuera de él. En ellos el material arqueológico es uniforme y está en total consonancia con lo estudiado en los conjuntos cerrados que constituyen las fosas excavadas. Por todo ello, el yacimiento de El Tomillar constituye un pequeño poblado y su cementerio, englobado dentro del mismo área de habitación, ocupados, al parecer, durante poco tiempo y con un solo nivel estratigráfico y cultural.

3. Dentro de los materiales arqueológicos, la cerámica merece un apartado especial dado que es el elemento más abundante que aparece tanto en las excavaciones como en superficie, a partir de las estructuras alteradas por las faenas agrícolas. Es siempre cerámica a mano, de buena calidad y, en general, de excelente aspecto externo. Las cocciones son prácticamente siempre a fuego reductor, predominando abrumadoramente los colores grises tendentes a negros y los marrones oscuros. En el tratamiento de las superficies es habitual el espatulado y frecuente el bruñido; el porcentaje de estas últimas oscila entre el 30 y el 40%; en muchos casos el bruñido se superpone a superficies que no fueron en principio bien regularizadas. Las pastas están compuestas de desgrasantes de varios tamaños, dándose algunos recipientes con pastas bien decantadas, asociadas a superficies bruñidas generalmente; el desgrasante es a base de mica, feldespato y cuarzo. Las decoraciones son muy escasas, el bagaje cerámico del yacimiento puede decirse que se caracteriza por una gran monotonía en las superficies que sólo se ve rota por esporádicos mamelones, acanaladuras poco profundas en el interior de los recipientes y algunas incisiones e impresiones de clarísima pervivencia a partir del Calcolítico local. A ello se unen, también, algunos labios con un pequeño apéndice vertical que les hace ondulados par-

cialmente. Las incisiones en el área del borde aparecen, como se sabe, en el Neolítico, perdurando durante el Calcolítico de esta zona prácticamente sin variación formal y llegando al Bronce Medio e incluso al Bronce Final, como se ha visto en La Corvera (Navalmoral de Béjar, Salamanca), El Cogote (La Torre, Ávila) e incluso en el bien conocido de Cancho Enamorado, en el Cerro del Berrueco. Las decoraciones representando oculados son muy frecuentes en los yacimientos calcolíticos del Valle de Amblés, como Aldeagordillo (EIROA, 1973) o Los Itueros (CABALLERO y otros, 1990) de los que El Tomillar debe considerarse sucesor. Son, así mismo, por citar solamente los casos más próximos, decoración frecuente en los yacimientos zamoranos de la llamada *Facies Las Pozas* (por ejemplo: VAL RECIO, 1983; DOMÍNGUEZ BOLAÑOS, 1991). En cuanto a las protuberancias en el labio de los recipientes son un elemento igualmente utilizado en las culturas calcolíticas del valle de Amblés y en otros puntos de la Península como El Cerro de la Cabeza en Valencina de la Concepción (FERNÁNDEZ y OLIVA, 1985: 75) y El Cerro de la Vírgen de Orce a lo largo de casi toda la secuencia de este yacimiento (SCHULE y PELLICER, 1966). Este elemento, que parece exclusivamente de uso decorativo, tiene algún antecedente en el Neolítico andaluz (NAVARRETE y otros, 1985) y perdura hasta la Edad del Bronce inclusive, como bien muestra por ejemplo el yacimiento conquense de El Cerro del Castillejos en el nivel IIB, fechado por C-14 en el 1640 ± 110 a. Cr. (MARTÍNEZ NAVARRETE y VALIENTE CÁNOVAS, 1983). En cuanto a las decoraciones acanaladas de tipo neolítico en el exterior de los vasos hay que decir lo mismo que para las representaciones de ojos: aparecen en el mismo tipo de yacimiento y con la misma cronología. Similar situación presentan las acanaladuras de poca profundidad en el interior de los recipientes, dibujando motivos diversos, igualmente con una amplia dispersión durante el Calcolítico peninsular (por ejemplo: SCHUBART y otros, 1986, citando a los casos aparecidos en Zambujal; FERNÁNDEZ y OLIVA, 1985.. etc.). En cuanto a las formas de los recipientes, una vez más se mantienen las tendencias calcolíticas en tipos y porcentajes. Sobre una población de 116 fragmentos de borde y algunos vasos completos, el 88% son formas relacionadas con la esfera simple (2'5% son escudillas o casquetes de esfera con poca capacidad; 23% cuencos semiesféricos, 34% cuencos semiesféricos que sobrepasan ligeramente la mitad de la esfera, 22% son vasos esféricos y el 6% vasos esféricos muy cerrados) El 5% corresponde a ollas con cuello indicado levemente o bien marcado(2'5% respectivamente) y el 7% restante a vasos con formas no relacionadas directamente con la esfera como los de cuerpo trococónico y fondo curvo (paredes rectas entrantes para algunos autores) que representan el 2'5%, los cilíndricos de fondo curvo , los bitroncocónicos: 0'8% y los de paredes entrantes curvas y fondo curvo formando una especie de carena baja (1'7%). Solamente hay constancia de una carena, es un fragmento pequeño de galbo que no permite reconstruir la forma completa del recipiente. Los fondos de todas estas cerámicas eran generalmente curvos, con buena representación de los de un tipo intermedio —"aplanado"— entre el curvo y el plano que permite a la pieza mantenerse estable, aunque sin garantizar la firmeza que presentan los fondos planos propiamente dichos. Todo lo dicho para este punto es similar a la caracterización que podríamos hacer de los yacimientos calcolíticos abulenses fechables y fe-

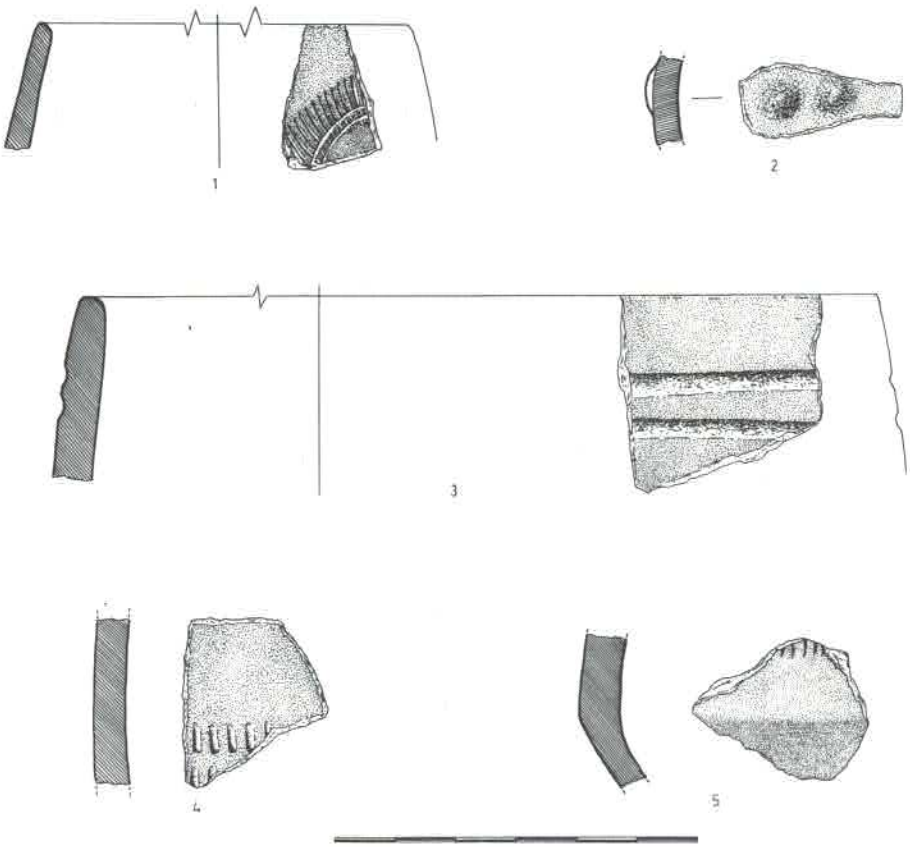


FIG. 35. *El Tomillar. Cerámicas decoradas halladas superficialmente*

chados a partir del 2300-2200 a. Cr.. Así mismo empieza a constatarse una similitud entre El Tomillar y otros yacimientos de su zona, que por su aspecto global deben considerarse como postcalcolíticos, queriendo significar con ello que han rebasado cronológicamente los límites del calcolítico,conocen una evolución en determinados aspectos de su cultura, pero se mantienen prácticamente inalterables en la mayoría de los elementos y, dentro de esto, particularmente en el aspecto cerámico.

4. Otros elementos relacionados con la cocción del barro, al margen de los recipientes cerámicos, son Morillos del tipo llamado "de cuernos", Fusayolas y Cucharas, que al igual que la cerámica, se mantienen en los tipos conocidos para el Calcolítico local.

5. La industria lítica es muy escasa. Se limita al uso de lascas —siempre muy escasas— procedentes de rocas locales (cuarcita sobre todo) y, más esca-

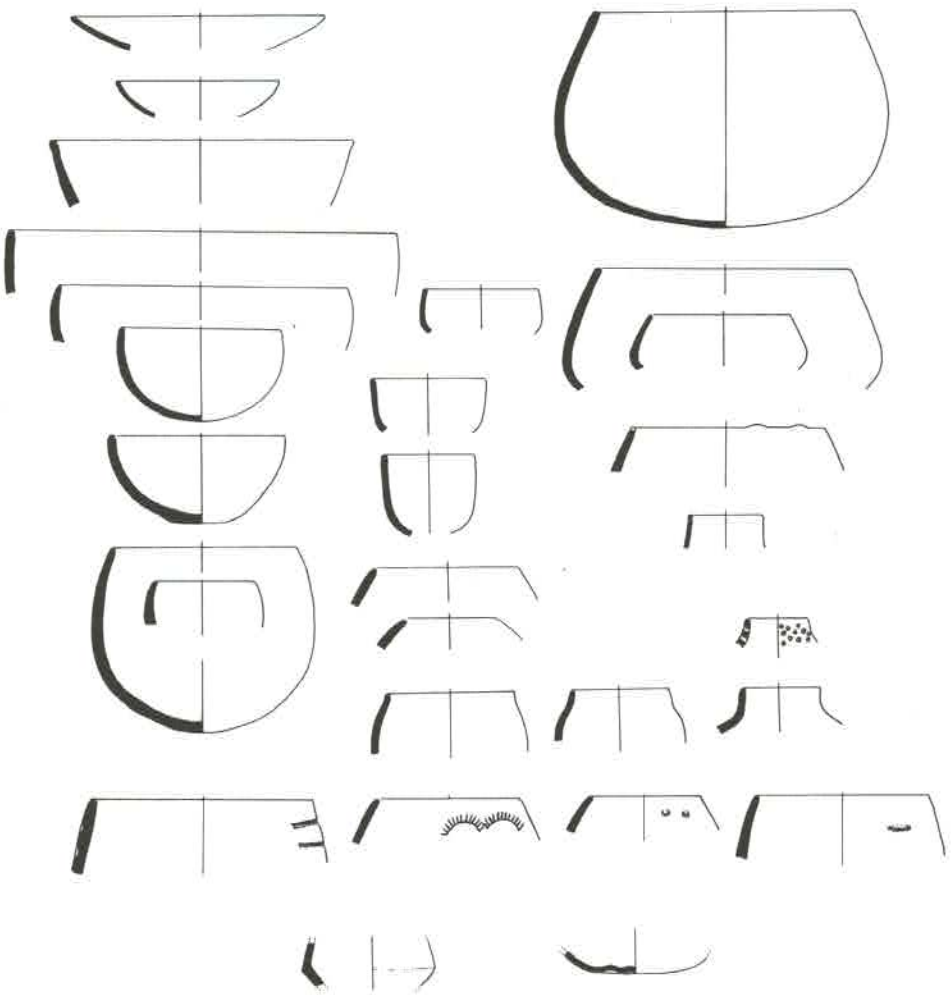


FIG. 36. *El Tomilar. Cuadro general de formas cerámicas*

so aún, el sílex con algún retoque, probablemente ideado más para una necesidad concreta que para un útil estandarizado. Esta escasez hace pensar que ya en estos tiempos el metal habría sustituído a buena parte de los útiles calcolíticos en piedra. Del avance que el metal había experimentado en esta época hablan elocuentemente los ajuares metálicos asociados al campaniforme en las tumbas de las tierras inmediatas a El Tomillar (DELIBES DE CASTRO,1977; MARTÍN VALLS y DELIBES DE CASTRO, 1989). Por otra parte, percutores de cuarzo, molederas y molinos complementan este apartado.

6. La economía del yacimiento podría haber tenido una importante base ganadera a juzgar por la cantidad de huesos encontrados y su variedad, com-

plementándose, también, con cultivos agrícolas de los que son buena muestra los fragmentos de molinos y molederas. La práctica de la caza como complemento de la dieta está igualmente atestiguada a partir de las excavaciones. La abundancia de agua en los entornos del yacimiento y la cierta rentabilidad de las tierras debieron de ser factores que facilitaron la economía en el yacimiento.

7. La cultura material que caracteriza al yacimiento indica con claridad un importante componente calcolítico mucho más acusado que cualquiera de los rasgos que caracterizan al Bronce Antiguo propiamente dicho de esta zona de la Meseta Norte. Pero ese componente calcolítico aparece ya con ciertas degradaciones que son el germen del momento posterior. Por ello, parece lo más adecuado considerar a El Tomillar como un yacimiento de transición al Bronce Antiguo, exactamente lo que algunos autores consideran en determinadas zonas de la Península como el Cobre Tardío/Final y que en El Tomillar estaría adecuadamente justificado no sólo por su cultura material, sino también por las fechas de C-14.

CAPÍTULO II

EL ENTERRAMIENTO DE "EL TOMILLAR" Y EL ASPECTO FUNERARIO DURANTE EL CALCOLÍTICO Y LA EDAD DEL BRONCE EN LA MESETA Y SU ENTORNO

Tras el análisis antropológico y la detenida observación de las circunstancias que concurren en el depósito, queda claro que se trata de una fosa de inhumación colectiva, en la que los enterramientos no se realizaron simultáneamente; es decir, que de alguna manera el hallazgo de El Tomillar estaría en la línea conceptual del megalitismo, en la línea del llamado ritual de enterramiento colectivo.

A medida que avanzan las investigaciones sobre el ritual funerario que tuvo lugar en la Península Ibérica desde el final del Neolítico hasta el fin de la Edad del Bronce, más complejo parece mostrarse el panorama, sobre todo en algunas zonas, como es el caso de la Meseta Norte. Dólmenes de formas diversas, túmulos no megalíticos, inhumaciones individuales o colectivas campaniformes y no campaniformes, fosas de inhumación colectiva, cistas, cuevas sepulcrales, restos sueltos en los poblados... etc., empiezan a diversificar un panorama que probablemente se creyó más sencillo en un primer momento y que hoy se complica precisamente por el avance de la investigación. El final del Neolítico, el Calcolítico y, en algunas zonas, la Edad del Bronce, comienzan a mostrarse en lo funerario como una etapa compleja, rodeada de apasionantes cuestiones que deberán investigarse a fondo en un futuro próximo. Numerosos interrogantes y muchos matices están aún por resolver.

La propia estructura interna del llamado "Ritual de enterramiento colectivo" no está lo suficientemente aclarada. No se sabe cómo operaba en realidad, por qué había distinciones formales, cual era la causa de que se produjeran esas distinciones o las propias relaciones entre ellas... Los arqueólogos desenterramos todo un conjunto de restos humanos y de ajuares y nos limitamos, generalmente, a establecer que se trata de un "enterramiento colectivo", pero muchas veces no nos paramos a pensar que cuanto allí aparece está representando a un largo tiempo de uso y en ese tiempo, aunque efectivamente se corresponde con el tiempo de uso del dolmen, al ser tan dilatado éste y aparecer generalmente todo tan movido, no es posible saber de él qué enterramientos corresponden a cada época. (Cien cadáveres hallados en un dolmen utilizado durante un mínimo de mil años, significaría un muerto cada diez años: es un número demasiado bajo dada la esperanza de vida de aquel tiempo y la cantidad de gente que podría utilizarlo, sobre todo viendo que no son demasiado abundantes en algunas zonas, mientras que la población allí mismo fue alta). Para un arqueólogo sería un enterramiento colectivo, pero es dudoso que la intención real en la prehistoria fuera exactamente la misma que interpretará el arqueólogo. Es verdad que a la hora de excavar algunos dólmenes, al menos

en lo que se refiere a la Meseta Norte, la química del suelo y las circunstancias que a lo largo del tiempo han facilitado su expolio, no favorecen en nada cualquier intento en el sentido aludido. Hemos de contentarnos así con calcular una cronología de inicio y de final basada en los ajuares conservados y con suponer, sin más, que se trataba de un enterramiento colectivo, pero colectivo por el solo hecho de comprobar que allí aparecen restos de varios individuos, aunque pertenecientes a un espacio largo de tiempo, tan largo, muchas veces, que no podemos garantizar un comportamiento puramente colectivo en la intención de enterrar (es decir, depositar allí a todos los muertos de una comunidad en un tiempo). Y es necesario pensar, también, en la posibilidad de que pudo darse un "comportamiento individual" en la intención de enterrar en una construcción que era usada o lo había sido por otros con el mismo carácter esporádico, es decir, que su uso no fuera general, que fuera elitista, tal vez y siempre engañoso si hacemos un juicio rápido para cuando los arqueólogos desenterremos restos de varios individuos sin más. Existen, pues, cuestiones que es necesario dilucidar para explicar convenientemente el aspecto funerario durante el Calcolítico e incluso en la etapa previa y posterior y así aclarar el verdadero significado de construcciones como las megalíticas que parecen poco claras en el momento presente.

El estado actual de las investigaciones sobre el mundo funerario Neolítico Final -Calcolítico - Edad del Bronce presenta en general las siguientes conclusiones:

1. La forma de enterramiento utilizado durante el Neolítico Final - Calcolítico fue la colectiva. En ella el dolmen parece ser un elemento característico, que en determinadas zonas es sustituido por cuevas sepulcrales, aunque al parecer con idéntica finalidad. Al margen de esto, que parece ser lo general o, al menos, lo más conocido, empiezan a prodigarse casos que muestran otras formas de enterramiento.

2. Al final del Calcolítico, cuando tiene lugar el inicio del fenómeno campaniforme, se iniciaría la descomposición del ritual colectivo en beneficio del individual, que será la característica dominante durante la Edad del Bronce y que está perfectamente clara en algunas zonas de la Península, como en el Sur, presentándose con más complejidad en otras zonas, como la Meseta Norte.

3. Durante la Edad del Bronce, la forma de enterramiento es peor conocida en algunas zonas con respecto a otras. En la Meseta Norte el número de casos conocidos es muy bajo, aunque en aumento. No está definido claramente este aspecto, ya que al lado de enterramientos en dólmenes, aparecen otros aislados o con varias inhumaciones e incluso mostrando una clara influencia de la norma en otras partes de la Península.

El cuestionamiento radical de estos puntos sería indudablemente prematuro, pero es cierto que a medida que nuevos hallazgos y nuevas investigaciones van sucediéndose, lo que parecía una teoría acertada y estable necesita de algunas matizaciones que en muchos casos supondrán cambios sustanciales. No es éste un trabajo que pretenda dar un giro total a nada, pero sí ser una incitación a reflexionar sobre algunas cuestiones basándose en nuevos testimonios, muchos de ellos inéditos, procedentes de excavaciones recientes o de hallaz-

gos casuales, a los que hay que unir todo lo visto en páginas anteriores para El Tomillar.

Antes de iniciar el debate que permita contrastar datos antiguos y modernos, teorías de amplia vigencia y excepciones, empezaré por exponer aquellos casos que constituyen la prueba de la alternativa, las excepciones a la teoría establecida del ritual colectivo como norma de enterramiento durante, al menos, el final del Neolítico y el Calcolítico. Haré hincapié en aquellos hallazgos que se produjeron en la Meseta Norte o sus inmediaciones para relacionarlo más directamente con el enterramiento de El Tomillar. De antemano soy consciente de que aún no son muy numerosos los casos que pueden aportarse, pero estoy convencido de su significación y de su valor como dato científico. Por sí mismos tal vez no sean prueba suficiente para cambiar radicalmente lo establecido, pero hoy por hoy deben ser un motivo de reflexión sobre la realidad del aspecto funerario entre el final del Neolítico y el inicio de la Edad del Bronce en unas zonas de la Península y, también, hasta el final de la Edad del Bronce en otras. Algunos de los casos que se presentan desbordan posiblemente o con claridad el período Calcolítico. Me parece necesario contar con ellos dado que el estudio del aspecto funerario en la Meseta Norte pienso que debe hacerse incluyendo siempre a la Edad del Bronce, ya que en numerosas ocasiones aparecen mezclados los de uno y otro momento en un mismo contenedor y en otras se parecen en las características generales.

No es necesario exponer ahora todo el conocimiento que tenemos sobre el aspecto funerario desde el Neolítico en adelante en la Península Ibérica. Algunos autores en trabajos recientes lo han expuesto ya de forma sufucientemente concisa e ilustrativa (ARRIBAS Y MOLINA, 1984) como para que podamos formarnos una idea general que sirva de punto de partida para tratar este tema en el espacio concreto de la Meseta y sus inmediaciones. Aquí, algunos estudios individuales y de conjunto permiten actualmente mantener una serie de conclusiones (en particular sobre el Megalitismo) que constituyen una base segura para iniciar estudios más profundos. Los avances en los últimos años, sobre todo en la localización de nuevos testimonios y en la ratificación de zonas donde el fenómeno megalítico no caló tan hondo, supone el planteamiento de hipótesis más seguras. Actualmente, la mayoría de los investigadores parecen coincidir en la idea de que hay un momento de implantación de lo megalítico en la Meseta Norte situable en los últimos siglos del IV milenio, momento al que corresponderían los ajuares en los que aparecen microlítos geométricos en lugar de puntas de flecha. Las fechas de C-14 y los paralelos con otros yacimientos hacen segura por ahora esta idea. Parece que en ese tiempo pudieron coincidir en el mismo espacio diversas formas de enterramiento; así, junto a la construcción de sepulcros de corredor fueron construídos túmulos no dolménicos como el de Villanueva de los Caballeros (DELIBES y otros, 1986) e incluso pequeñas cámaras circulares dentro de un túmulo con ajuares consistentes en cerámicas a la almagra, microlitos y cuentas de collar (JORDÁ, 1982). Que todas las manifestaciones megalíticas que conocemos en la Meseta Norte tengan su origen en el Neolítico Final no puede asegurarse a la luz de las evidencias —pocas, después de todo— que podemos manejar. Lo cierto es que durante el Calcolítico el enterramiento en dólmenes cobra un auge importante. La pro-

fusión de dólmenes en una zona de la Meseta Norte y la escasez o ausencia en otras, sin que esto se deba a una falta de investigación, es una cuestión a estudiar detenidamente. El número de casos conocidos no llega a los ciento cincuenta, de los que se han excavado un porcentaje muy bajo. De éstos, que hayan sido publicados, sólo el túmulo de Villanueva de los Caballeros parecía estar intacto y, como se sabe, su secuencia cultural solamente abarcaba el momento de su fundación, sin continuidad, al parecer, durante el Calcolítico. Todos los dólmenes excavados presentaban violaciones importantes, de tal forma que los datos que a partir de ellos han podido obtenerse son siempre ideas generales. A ello hay que añadir que una parte de las excavaciones fueron llevadas a cabo en un tiempo y con una metodología que no es la empleada actualmente, me refiero a las excavaciones del P. Morán en dólmenes salmantinos y zamoranos.

La gran mayoría de los dólmenes muestran una continuidad Neolítico-Calcolítico-Bronce Antiguo Campaniforme. Sólo la mitad contienen testimonios que llevan la historia del uso del dolmen hasta el Bronce Medio y/o Final. Si a ello unimos los datos de las excavaciones del citado P. Morán (1931; 1935) podremos mantener, cuando menos, la idea de que los dólmenes de la Meseta Norte se mantienen en uso de manera generalizada en la etapa campaniforme y, probablemente, en la misma medida que fue su utilización en época campaniforme, también durante el Bronce Medio y/o Final. Ello no quiere decir, como se tratará ampliamente más adelante, que la forma de enterramiento durante el Bronce Medio y Final fuera el dolmen de forma generalizada en la Meseta Norte. No podría mantenerse esa idea para la etapa campaniforme y creo que ni siquiera para el Calcolítico o por lo menos con muchas matizaciones, como se verá a continuación cuando se evalúen los datos que plantean formas alternativas y circunstancias espaciales de ausencia que, lógicamente, suponen una información nada desdeñable.

Por todo lo dicho y, sobre todo por lo que se expone a continuación, el aspecto funerario en su totalidad se muestra complejo y variado en su evolución, según las zonas, desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce inclusive. Paralelo, pues, a todo el panorama resumido anteriormente aparece un número cada vez más importante de casos alternativos y paralelos dignos de una reseña individual y luego de conjunto en el ambiente general.

La Serna - Cantazorras (Donhierro, Segovia)

Yacimiento situado en el límite de las provincias de Ávila y Segovia, a tan sólo 25 km. de El Tomillar, sobre el borde, muy escarpado, del río Adaja, en terrenos llanos. Se conocen abundantes materiales arqueológicos, todos ellos procedentes de hallazgos casuales producidos por la intensidad de las labores agrícolas. J. García Villalba proporcionó a G. Delibes valiosas informaciones sobre el yacimiento que hoy permiten no sólo hacerse una idea general de la cultura material del yacimiento, sino que aportan, además, inestimables datos para el estudio del aspecto funerario.

La cultura material está compuesta por cerámicas con buen aspecto, frecuentemente bruñidas, con cocciones reductoras en tonos marrón oscuro y/o

gris-negro, lisas generalmente o, a lo sumo, con impresiones de uñas en el cuerpo del vaso, mamelones aislados o formando hileras, incisiones cortas o punteadas en la zona del borde y un fragmento hallado recientemente con acanaladuras en el interior del recipiente hechas con un instrumento de punta roma, semejantes a los hallados en la Fosa 3 de El Tomillar *(Fig. 21)* y en el yacimiento calcolítico de Los Itueros (Santa María del Arroyo, Ávila).

Las formas cerámicas se basan fundamentalmente en dos tipos: cuencos semiesféricos más o menos crecientes y vasos esféricos con o sin cuello incipiente. Están presentes, también, los vasos con tendencia bitroncocónica, escudillas muy planas que parecen querer imitar formas de platos y algunos tipos cuyas características formales van a ser un auténtico fósil-guía de la facies que representan, sobre todo porque en zonas vecinas, donde el Calcolítico es bien conocido, no aparecen nunca; se trata de vasos pseudoesféricos, bastante aplastados, con el borde muy entrante y fondos curvos generalmente *(Fig.37)*. Otro tipo característico es el de pequeños vasos de paredes rectas, levemente inclinadas hacia el interior y fondo aplanado, con aspecto general troncocónico.

La industria lítica muestra una notable abundancia de elementos de hoz y sierras, muchas de ellas con retoque plano cubriente. Están presentes, también, las hojas, hachas y azuelas. Las puntas de flecha presentan tipos foliáceos, lanceolados y pedunculados, estando presentes, también, las de pedúnculo y aletas. En metal se conocen dos punzones biapuntados de sección cuadrada y un puñal afalcatado (DELIBES, G. 1988: 228-229).

Por lo que se conoce hasta el momento, el yacimiento de La Serna - Cantazorras es, al menos en parte, un campo de fosas - basurero dentro del cuál han aparecido al menos tres enterramientos, todos ellos hallados de forma casual, sin intervención alguna de arqueólogos. Solamente uno ha sido objeto de publicación, el aparecido en el paraje denominado El Ollar, dentro del topónimo general del yacimiento (DELIBES, G. 1988). Al parecer se trataba de una inhumación doble en decúbito supino, cuyo ajuar estaba compuesto por un puñal afalcatado de cobre, dos láminas biapuntadas, un fragmento de sílex tabular retocado, utilizado probablemente como elemento de hoz y 103 cuentas de collar, muchas de ellas de variscita. Apareció, además, aunque no fue recogido, un vaso decorado con puntos y rayas en la zona del borde. La fosa se hallaba en su interior delimitada por una serie de piedras de caliza unidas con barro.

J. García Villalba recogió también la noticia, verificada por la existencia de un cráneo, de una nueva tumba cuya localización nada tenía que ver con la anterior. Sin embargo, ninguna otra información pudo recabar.

Finalmente, D. Ricardo Guerra, vecino de Arévalo y aficionado a la arqueología, halló casualmente una nueva fosa con una inhumación en el borde mismo de la pendiente que cae al río Adaja. Los materiales hallados junto al cadáver, del que conserva únicamente el cráneo, eran un pequeño vaso esférico de 8 cm. de diámetro y fondo curvo, un vasito de 7 cm. de diámetro, con paredes rectas, levemente inclinadas hacia el interior y fondo aplanado y, por último, un cuenco aplastado, de borde muy entrante, fondo curvo y 17 cm. de diámetro *(Fig. 37)*. Ningún otro elemento de ajuar fue recogido en esta tumba.

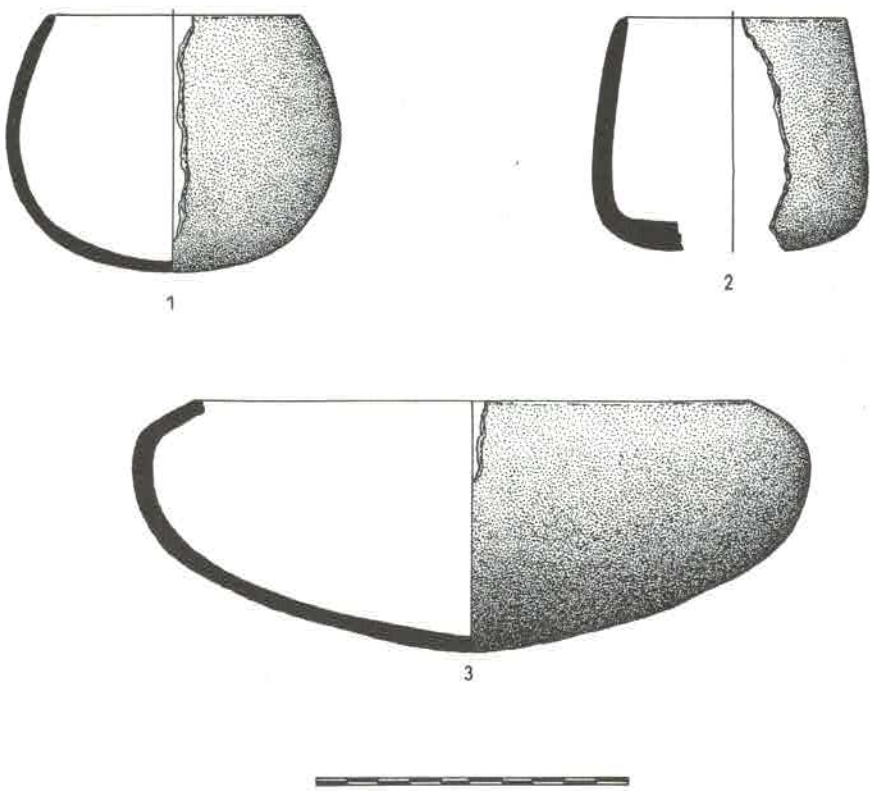


FIG. 37. *La Serna-Cantazorras (Don Hierro, Segovia). Ajuar de un enterramiento calcolítico individual en fosa hallado por D. Ricardo Guerra*

Algunas referencias, menos concretas y sin verificar, parecen indicar otros hallazgos en el mismo sentido, que por ahora es preciso dejar a un lado. Sirvan, pues, de momento los tres enterramientos descritos como prueba de las costumbres funerarias del yacimiento.

Las características culturales de este yacimiento en su conjunto apuntan hacia los momentos finales del tercer milenio, probablemente en la transición misma al segundo. La similitud de este yacimiento con el de Los Itueros, a menos de 50 km. de distancia, le sitúan por cronología absoluta en las fechas propuestas (siglos XXI-XX a. Cr.).

Las Cañamonas (San Cristóbal de Entreviñas, Zamora)

En 1985 se excavaron en este yacimiento unas cuarenta fosas - basureros que depararon un volúmen suficiente de materiales como para caracterizar al yacimiento. Morillos, ídolos cilíndricos, hoces, cuchillos y puntas de flecha de sílex, pesas de telar, crisoles, hachas pulidas, espátulas y punzones de hueso,

hogares de barro con reborde peraltado y decoraciones cerámicas que recuerdan las facies calcolíticas del Norte de Portugal, hacen pensar a H. Larrén y a J. del Val (1990: 339-340) que se trata de un asentamiento calcolítico situable en la 2ª mitad del III Milenio.

En una de las fosas apareció un enterramiento individual en decúbito supino al parecer sin ajuar.

Herramelluri (La Rioja)

A. Marcos Pous señala, a propósito de su publicación sobre la cista del Rincón de Soto, un hallazgo casual sucedido en 1966. Debió de tratarse de una tumba, ya que quienes lo descubrieron le entregaron un cráneo, una hoja de sílex completa y otras fragmentadas que compondrían el ajuar de la tumba, probablemente en fosa (MARCOS POUS 1969-70: 397). En principio podría situarse este enterramiento, ante tan parca información, en el Neolítico o en el Calcolítico.

El Picón del Rey (Cerralbo, Salamanca)

Yacimiento situado en la parte Oeste de la provincia de Salamanca, cerca de la frontera portuguesa, en plena zona dolménica, donde además de dólmenes es conocido un importante foco de poblados calcolíticos.

El asentamiento está situado en torno a un promontorio granítico. De él se tiene un conocimiento general basado en colecciones privadas producto de rebuscas superficiales. Los materiales conocidos apuntan, al menos a dos momentos bien definidos: uno Calcolítico y otro correspondiente al Bronce Final con cerámicas de Cogotas I. No se conoce si existe una secuencia continuada entre esas dos etapas. Del momento Calcolítico se conoce un alto número de puntas de flecha, fabricadas a partir de materias primas locales, con las formas habituales en el Calcolítico precampaniforme salmantino, a excepción de, al menos, dos ejemplares de base cóncava, tipo prácticamente desconocido en los poblados del S.O. de la Meseta Norte. Las cerámicas, con formas predominántemente esféricas y semiesféricas, tienen decoraciones a base de incisiones cortas y triángulos punteados.

En 1985 fue donada al Museo de Salamanca por J. Prieto una colección de objetos procedentes del hallazgo casual de un enterramiento múltiple. El lugar del hallazgo era una oquedad natural de pequeñas dimensiones situada entre una gran bola de granito y su apoyo rocoso. Los estudios antropológicos llevados a cabo por el Dr. M. Santonja Alonso para el Museo de Salamanca y amablemente facilitados para este trabajo por M. Santonja Gómez, concluyen que se trata del enterramiento de cuatro individuos, tres de ellos cremados y uno inhumado; entre ellos se identificaron con claridad los restos de un niño menor de un año y, al menos, dos adultos jóvenes. Entre los huesos humanos aparecieron varias puntas de flecha con formas foliáceas, pedunculadas y de aletas incipientes. Con ellas más de un centenar de cuentas de collar, algunas de variscita, fragmentos correspondientes a láminas de sílex, una lezna de cobre

biapuntada de sección cuadrada, un pequeño cuenco liso, algunos fragmentos de cerámica, entre los que destaca un fondo plano y varios instrumentos de hueso fabricados sobre costillas, probablemente utilizadas como espátulas.

Las circunstancias del hallazgo sólo permiten la valoración general del conjunto sin posibilidad de entrar en los detalles que, sin duda, hubiera aportado una excavación metódica.

Fábrica de Euskalduna (Villaverde. Madrid)

En 1955 M. Almagro Basch realizó excavaciones de urgencia en un yacimiento parcialmente destruido que, al parecer, consistia en principio en un campo de fosas. En una de las fosas o "basureros" halló cerámicas campaniformes de tipo Ciempozuelos, una lezna supuestamente de cobre y una punta de palmela. En otra fosa apareció un enterramiento con, al menos, dos cadáveres, que estaba ya parcialmente destruido por las obras que en el yacimiento se llevaban a cabo. El hecho de que aparecieran huesos humanos pegados a la parte interna de una vasija hizo pensar a Almagro que se trataría de un enterramiento en el interior de una vasija, lo que unido a la presencia de grandes vasijas de perfil cerrado, le hicieron suponer alguna relación con el Bronce II argárico (ALMAGRO BASCH, 1960).

Aunque la muestra es exigua, el campaniforme sirve en el yacimiento para aportar alguna luz cronológica. A menos que en un terreno reducido se hubieran entremezclado en distintas épocas similares estructuras, lo visto por Almagro y en consecuencia el enterramiento, deben corresponder al final del Calcolítico y/o, muy posiblemente, al Bronce Antiguo. La forma de enterramiento en un supuesto *pithos*, sin embargo, debe ser considerada con cautela puesto que no existió una evidencia rotunda de ello. En cualquier caso, de ser así no sería el único caso conocido de Despeñaperros hacia arriba, ya que mucho más septentrional es el hallazgo de Villalmanzo, en la provincia de Burgos, aunque rodeado de las mismas desgraciadas circunstancias que el de Villaverde (DELIBES, 1971). De ser ciertamente enterrados en vasijas, uno y otro tendrían que ser interpretados como casos excepcionales con una clara influencia argárica, pero dentro de un contexto —el meseteño— donde se dan diferentes formas de enterramiento durante el Calcolítico y después.

La Solana (Navalmoral de Béjar. Salamanca)

Las cuatro campañas llevadas a cabo en este yacimiento, situado en el Sur de la provincia de Salamanca y actualmente en curso de publicación, han permitido conocer una interesante facies dentro del Calcolítico de la Meseta Norte a la que se hará referencia con más amplitud en el último capítulo de este trabajo.

El asentamiento se localiza en la baja ladera de un cerro, al pie de un importante valle de paso, el del Río Sangusín, por donde siglos después discurriría la Vía de la Plata. A la presencia de cabañas pseudocirculares de estructura muy pobre, con hogares de barro de forma circular y anillo peraltado, se suma una cultura material tosca e igualmente pobre cuyo elemento más representativo

numéricamente es la cerámica, de mala calidad y formas muy repetitivas a base de cuencos semiesféricos y escudillas, no faltando, aunque sin tanto peso porcentual, vasos esféricos de distinto tamaño con cuellos poco o medianamente marcados. Es, siempre, cerámica mal cocida, con las superficies muy descuidadas, en claro contraste con lo que sucede en yacimientos próximos y contemporáneos. Las decoraciones se basan principalmente en el empleo de incisiones cortas en una o dos bandas horizontales que discurren paralelas al borde; no faltan los triángulos rellenos de puntos, las ondulaciones a peine y aparecen algunas acanaladuras que recuerdan directamente los motivos neolíticos. No se conoce industria ósea, debido, probablemente, a la acidez de los suelos que ha borrado, también, toda huella paleontológica que no haya estado en contacto con el fuego. Algunos punzones de cobre arsenical de pequeño tamaño con doble punta, suponen todo el utillaje metálico. La industria lítica, fabricada en sílex y cuarzo ahumado local de baja calidad, está compuesta por puntas de flecha de retoque marginal y/o cubriente con formas lanceoladas y foliáceas, hojas retocadas, algún microlito geométrico y piezas astilladas con uno o dos astillamientos opuestos. A todo ello hay que sumar algunas hachas pulimentadas de distinta calidad.

En la campaña de 1986 fue excavada una curiosa cista en el área de habitación de 1,50 m. por 0,90 m., construida a base de lajas hincadas, sin cubierta. Su espacio interior había sido rellenado por piedras de tamaño medio bien colocadas. Tras varias capas sucesivas de estas piedras no apareció resto óseo alguno, solamente un fragmento de anfibolita. A los pies de la cista, donde parecía faltar una de las lajas, se había construido un pequeño espacio pseudocircular de 0,78 x 0,63 m. con piedras más pequeñas, en cuyo interior apareció un fragmento de hoja retocada, una punta con retoque marginal y un fragmento de escoplo de piedra. La cabecera de la cista se había construido sobre una fosa de boca circular y forma ovoide excavada en el granito compacto de la zona. Esta fosa de 0,92 m. de profundidad, contenía en su interior algunas molederas agrupadas en el fondo, placas de barro quemadas y algunos fragmentos cerámicos de diversos tamaños. Su función como silo parece más que probable. Sin duda la construcción de la cista tuvo lugar cuando la fosa estuvo totalmente colmatada. La intención de hacer coincidir fosa y cabecera de la cista parece intencionada *(Fig.38)*.

Fuera o no utilizada, no cabe duda de que se trata de una cista construida con intencionalidad en el área del poblado. Probablemente el sector en el que apareció no era ya utilizado como lugar de habitación cuando se construyó; de todos modos no debe extrañar el hecho de hallar enterramientos en zonas de uso del poblado: son cada día más numerosos los casos hallados cuando se excavan importantes extensiones en los llamados *campos de fosas* y esto sucede desde el Neolítico hasta el Bronce Final. La ausencia de restos humanos puede deberse a causas distintas: puede que no fuera utilizada, con lo cual no tendría demasiado sentido la presencia del ajuar; podría haberse borrado toda huella ósea debido a la acidez de los suelos, que afecta a todos los poblados de los que se conoce la estratigrafía en el área de Béjar; esta ausencia de restos óseos afecta igualmente a la fauna; por ejemplo, en el poblado de La Teta (Gilbuena, Ávila) a 20 Km. de La Solana, en tres campañas de

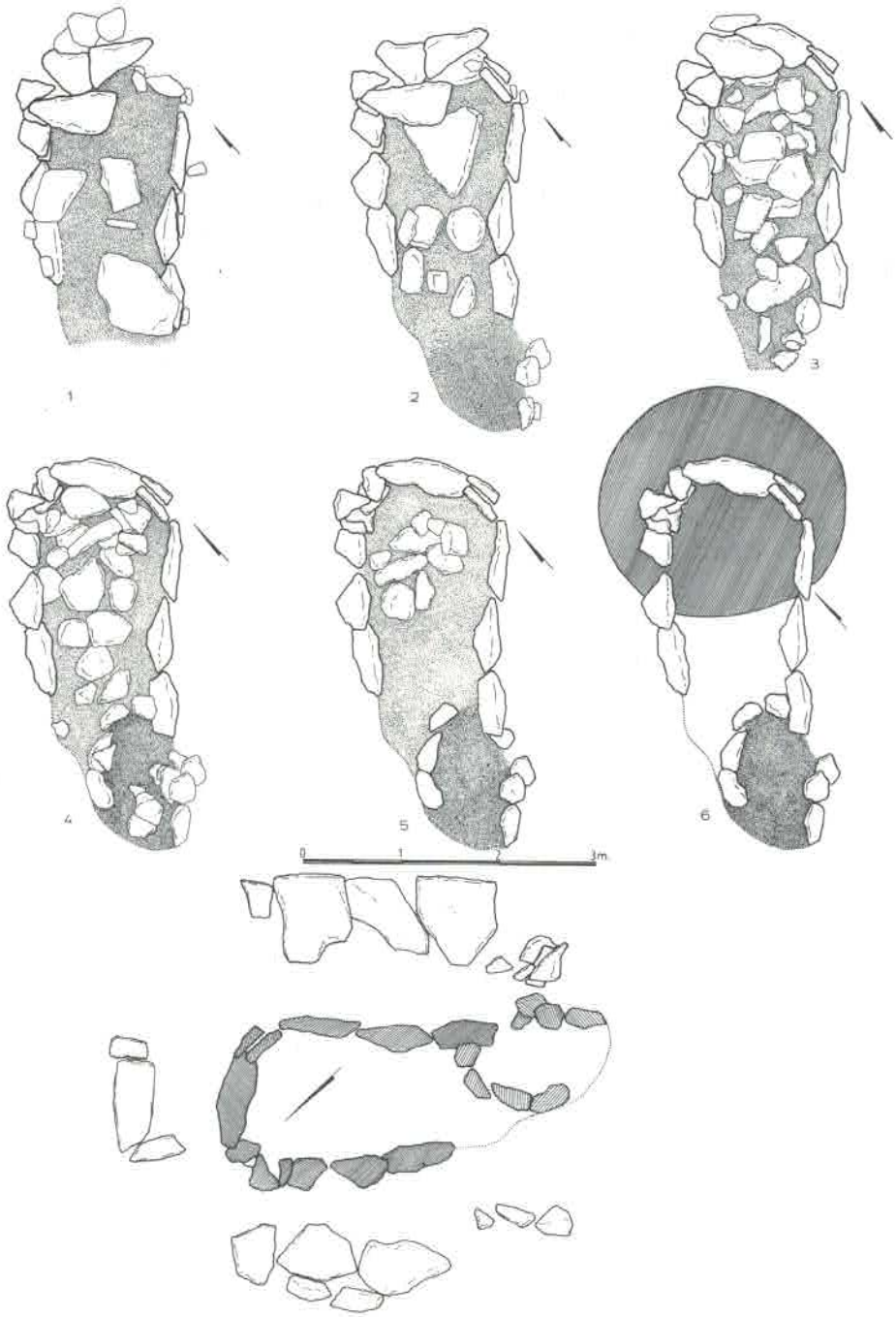


FIG. 38. *La Solana (Navalmoral de Béjar, Salamanca). Plantas sucesivas de la cista*

excavación, solamente se recuperaron, como tales restos óseos, cuatro molares de ovicápridos y bóvidos. Ya he dicho anteriormente que en La Solana no han aparecido restos óseos que no fueran previamente quemados y estos siempre en tamaños reducidísimos. La disposición de las piedras en el interior de la cista parecen indicar que hubieran sido colocadas sobre un cadáver, pero no puede descartarse que en un momento dado los restos enterrados fueran transportados a otro lugar para acompañar a un fallecido reciente, como indica claramente el enterramiento en el yacimiento abulense de Aldeagordillo, al que me referiré más adelante. Por otro lado, el hecho de encontrar en ocasiones restos humanos sueltos en fosas o en cabañas implica que no siempre se dejaba reposar definitivamente a los muertos en un lugar, sino que se podían dar otras posibilidades.

El yacimiento de La Solana ha sido datado por C-14 en el 2110 ± 40 a. Cr. La datación corresponde al mismo sector donde apareció la cista y, supuestamente, sería inmediata, pero anterior, a la construcción de ésta.

Ciguñuela (Valladolid)

En el término de Ciguñuela, a 5 Km. al Norte de Valladolid, al ensanchar un camino apareció una tumba en fosa que, aunque deteriorada en buena parte, sirve, una vez más, de testimonio. Se trataba de *un hoyo con la boca ligeramente cerrada y casi dos metros de profundidad, en cuyo fondo se detectaron abundantísimos indicios de combustión —un espeso sedimento negro de aspecto cenizoso— asociados a una estructura circular de barro prácticamente cocido.... que identificamos sin grandes dudas como un hogar* (DELIBES DE CASTRO, 1987: 48). Directamente sobre este hogar descansaba el esqueleto de una mujer adulta que yacía sobre una auténtica capa de bloques calizos y cantos rodados. No se cita la existencia de ajuar. G. Delibes, valorando los fragmentos cerámicos hallados en el interior de la fosa y la tipología del hogar, situa el yacimiento en un momento precampaniforme muy próximo al 2000 a. Cr., asociado a lo conocido para los yacimientos madrileños de La Esgaravita y El Ventorro en su nivel inferior.

Vivar de Fuentidueña (Segovia)

Recientemente, en un arenero del término de Vivar de Fuentidueña, en el Norte de la provincia de Segovia, fue excavada de forma parcial una tumba aparecida durante los trabajos de extracción de áridos. La excavación de urgencia fue llevada a cabo por Luciano Municio, Arqueólogo Territorial de Segovia, a quien debo agradecer ésta información inédita.

Se trataba de una fosa, probablemente excavada en el interior de una cabaña, donde yacía un individuo de corta edad en posición fetal, colocado sobre un costado, sin que al parecer hubiera sido depositado ajuar alguno con él.

La cultura material del yacimiento, conocida sobre todo por los hallazgos superficiales, presenta cerámicas con acordonamientos en relieve digitados o incisos, bordes ligeramente exvasados, industria lítica de desecho muy abundante y ausencia de hallazgos metálicos. Todos estos elementos podrían encua-

drarse *grosso modo* dentro de un momento transicional entre el Calcolítico y el Bronce Medio.

Los Itueros (Sta. Mª de Arroyo, Ávila)

Yacimiento situado en las cercanías de la capital abulense, en torno a un promontorio granítico, en el reborde Norte del Valle de Amblés. Se han llevado a cabo en él dos campañas de excavación, en los años 1990 y 1991, con aceptables resultados y abundante material, que ha permitido definir lo que el yacimiento representa. Se trata, en general, de unas pocas cabañas ubicadas al amparo de los bloques graníticos, con forma aproximádamente circular, materiales de construcción pobres y hogares centrales. En cuanto a la cultura material, la cerámica adquiere una relevancia especial caracterizándose, en primer lugar, por su abundancia y, después, por el tratamiento general que recibe: se trata de pastas oscuras en la mayoría de los casos, en tonos marrones oscuros o grises, con superficies muy cuidadas utilizando con mucha frecuencia el bruñido. Predominan las formas semiesféricas y esféricas simples sobre todas las demás. Es destacable, aunque siempre en un porcentaje reducido, la presencia de algunos vasos muy característicos de perfil aplastado, con borde muy entrante o los vasitos de paredes rectas entrantes y fondo aplanado, ambos bien representados en el ya aludido yacimiento de La Serna-Cantazorras y en el de Aldeagordillo, al que me referiré en el siguiente apartado *(Fig.37, nº2 y 3)*. Finalmente, hay que citar en este yacimiento, en los momentos finales de su desarrollo, la presencia de cazuelas de carena baja y borde levemente exvasado. Las decoraciones son escasas pero bien definidas: en el grupo de las incisas aparecen las habituales franjas de trazos cortos en la zona del borde, a veces enmarcadas por paralelas horizontales, motivos simbólicos representando oculados *(Fig. 48, nº 2)* o soliformes y triángulos rellenos de puntos. Las decoraciones plásticas utilizan los mamelones de distinto tamaño, muchas veces agrupados de dos en dos, los cordones plásticos con incisiones en la zona del borde o las franjas horizontales o verticales de pastillas repujadas. Las impresas están representadas por líneas de punteados y por impresiones a peine formando bandas onduladas. Hay, además, presencia, aunque muy escasa de labios incisos. También aparecen algunos motivos pintados con franjas verticales en negro. No ha aparecido hasta el momento fragmento alguno campaniforme.

La industria lítica asocia prácticamente en todo, una vez más, a este yacimiento con el de La Serna-Cantazorras: da la impresión en Los Itueros de hallarse lo lítico en recesión, producto, tal vez, de la importancia que iba cobrando el uso del cobre, bien representado aquí por una mayor variedad de tipos que la conocida para otros yacimientos calcolíticos, donde no parece llegarse mucho más allá del uso de punzones hacia finales del tercer milenio. Destaca, finalmente, la industria ósea muy bien representada, sobre todo, por punzones y espátulas.

Las tres fechas de C-14 que este yacimiento ha aportado hasta ahora abarcan un período comprendido entre el 2460 $\pm$ 330 y el 1900 $\pm$ 100 a.Cr.

Durante la campaña de 1990 apareció un cráneo humano en el interior de una cabaña. Se trataba del cráneo de una mujer adulta al que le faltaba la cara No se trataba de un enterramiento, el cráneo parecía ser allí uno más de los elementos abandonados (CABALLERO y otros, 1990). Posteriormente, en la campaña de excavación realizada en 1991 aparecieron restos de otro cráneo humano (actualmente en estudio) en el relleno de la misma cabaña donde había aparecido el anterior; se trataba ahora de un fragmento más pequeño.

Puede decirse de Los Itueros que se trata de una facies similar, si no idéntica, a la estudiada por J. del Val Recio en el poblado zamorano de Las Pozas (1983 y 1992).

Aldeagordillo (Ávila)

Se trata de un yacimiento situado, como el anterior, en el reborde Norte del Valle de Amblés, en las inmediaciones de la capital abulense. J.J. Eiroa llevó a cabo en 1970 una breve campaña de excavación cuyos resultados dio a conocer poco después en el XII Congreso Nacional de Arqueología. Entre lo recogido en las excavaciones, menciona el hallazgo de un cráneo humano hallado, al parecer, fuera de un contexto funerario, probablemente en circunstancias similares al de Los Itueros, aunque para Aldeagordillo no se dice que apareciera asociado a una cabaña como aquél (EIROA, 1973: 239).

Los trabajos de Eiroa, unidos a los que se llevan a cabo actualmente en el mismo, permiten hoy tener una impresión general de las características del yacimiento. Su estratigrafía muestra un nivel de habitación de potencia similar a los que estamos acostumbrados a ver para yacimientos semejantes en la zona, con abundante cerámica, fauna, desechos de talla....etc. y una necrópolis construída sobre el techo del nivel de habitación, compuesta por, al menos, ocho pequeños túmulos, de los que dos han desaparecido recientemente a causa de excavaciones furtivas. En el único túmulo excavado hasta el momento se ve como, sin interrupción, al nivel de ocupación le sucede la construcción de un túmulo que contenía un ajuar campaniforme Ciempozuelos. La excavación del túmulo mostró como con cierta tosquedad fueron enterrados en una cista al menos tres individuos, de los que sólo uno de ellos aparecía completo, el que presumiblemente ostentaba el ajuar campaniforme. Los otros dos debieron de ser llevados a la cista desde algún otro lugar. La cista quedaba en el centro de un semicículo de piedras que parecía hacer la función de cámara; en la zona donde no se completaba el círculo, al pie de la cista, apareció un hogar al lado del cual había un mentón infantil con huellas de haber sido expuesto al fuego, como algunos de los fragmentos de cráneo sueltos aparecidos en el interior de la cista. Esta construcción a modo de cámara era completada por otro anillo exterior a ella de las mismas características, que coincidía con los límites del túmulo. El ajuar consistió, únicamente, en una cuenta de variscita (?) y, sobre todo, en un vaso campaniforme decorado al estilo Ciempozuelos y, con él, un cuenco semiesférico liso con umbo en la base (FABIÁN, 1992).

Las dos fechas de C-14 obtenidas hasta el momento han dado para el nivel de habitación, en un momento medio de su desarrollo, la fecha de 2165 $\pm$ 20

a.Cr. y, para el hogar inmediato al enterramiento, 1735 ± 25 a.Cr.. Teniendo en cuenta que la primera de las fechas no indica el fin de la habitación en el lugar, podemos suponer que el abandono del poblado está mucho más próximo a la construcción del túmulo y, quizá, relacionado con él de alguna forma. La futura excavación de los cinco túmulos restantes contribuirá, sin duda, a despejar importantes dudas sobre el aspecto funerario de esta zona durante el Calcolítico-Bronce Antiguo.

Aldeagordillo, Los Itueros, La Serna-Cantazorras y El Tomillar son yacimientos cuya cultura material es similar, aunque en Los Itueros se adviertan con más claridad las tendencias que van a dominar en la primera parte del Bronce Antiguo. El hecho de conocerse de todos ellos algún dato funerario supone un cierto avance en el esclarecimiento del aspecto funerario entre el final del tercer milenio y los comienzos del segundo.

El Espinillo (Villaverde, Madrid)

Se trata de un campo de fosas en el que se ha llevado a cabo recientemente una excavación de urgencia. Los materiales que aparecen en las estructuras circulares excavadas en la roca son los habituales de este tipo de yacimientos. La cerámica es de color oscuro con superficies en ocasiones bruñidas y generalmente lisa; cuando aparece decorada es a base de digitaciones, tanto en el borde como en el cuerpo, impresiones y un caso de cerámica pintada con motivos circulares en rojo; las formas son de cuencos con paredes rectas, invasadas y exvasadas y algunos perfiles en S; también aparecen algunas carenas altas y medias. No se ha hallado cerámica campaniforme. En cuanto a la industria lítica se han recogido lascas retocadas, láminas, raspadores, puntas de flecha de tipología variada, hachas pulidas... etc. Es significativa, también, la industria ósea a base de punzones de hueso.

En una de las fosas excavadas apareció un cráneo humano, al parecer sin acompañamiento de otros restos óseos (ALONSO y otros, 1991). Los autores clasifican al yacimiento dentro de *la secuencia Calcolítico-Bronce con posible perduración hasta el Bronce Final*.

La Cantera de los Esqueletos (Tortuero, Guadalajara)

A principios de los años sesenta E. Cuadrado publicó el hallazgo de varios *covachos* naturales sobre una ladera rocosa que habían sido aprovechados como panteón. Lamentablemente, se encontraron alterados o destruidos, por lo que una vez más hay que considerar el dato con cierta precaución. En uno de los covachos había doce cráneos sobre un suelo de cenizas con huesos abundantes. En otro, junto a tres cráneos y cinco mandíbulas, aparecieron un trozo de sílex, un cuchillo, una espátula de pizarra y dos vasos cerámicos, uno de ellos de aspecto bitroncocónico con labio ligeramente exvasado y, otro, troncocónico con umbo en la base. En un tercer covacho, que fue destruido, aparecieron, también, algunos restos humanos (CUADRADO y otros, 1964).

La atribución calcolítica o dentro ya del Bronce Antiguo de este yacimiento no parece demasiado problemática si consideramos la presencia de cuchillos de sílex en el ajuar e incluso de un cuenco con umbo.

La Presa del Rey (Rivas Vaciamadrid, Madrid)

El yacimiento está situado en la margen izquierda del río Jarama. No se han hecho excavaciones en él. Los materiales conocidos lo son tomando como base prospecciones superficiales. Han aparecido hachas y cerámicas bruñidas de cocciones reductoras, una de ellas con incisiones cortas en la zona del borde.

En 1984, a propósito del corte realizado para hacer un camino en la ladera que cae al río Jarama, apareció un enterramiento en fosa que fue saqueado por furtivos antes de ser excavado, por lo que es previsible que desapareciera el ajuar en el caso de que lo hubiera. Había enterrado un solo individuo, en posición fetal, descansando el lado derecho de la cara en la mano diestra. Hacia la altura del cráneo había dos piedras interpretadas como delimitadoras. El inhumado era un varón, adulto probablemente senil, con procesos patológicos de tipo degenerativo (GEANINI TORRES, 1991).

Juan Barbero (Tielmes, Madrid)

Se trata de un lugar de habitación en el que existe una cueva utilizada como panteón funerario. Solamente se han hecho excavaciones en la cueva. Los datos que se conocen del poblado son superficiales y muestran un panorama general que puede ser atribuible al Calcolítico, con puntas de flecha de variada tipología, hojas, elementos de hoz, cerámica con buen tratamiento de las superficies, formas de cuenco semiesférico, vasos entrantes globulares y ovoides, troncocónicos y con perfil en S, carenas medias y fondos planos y curvos. Las decoraciones a base de triángulos punteados y labios digitados. Se conocen, también, un punzón de cobre y algunos ídolos oculados sobre hueso.

En la cueva se identificaron restos de 11 individuos de diferente edad y sexo, uno de ellos con restos de ocre y otro con huellas de exposición al fuego (MARTÍNEZ NAVARRETE, 1984).

La Candamia (León)

En 1986 J. Vidal, Arqueólogo Territorial de León, excavó en el monte de La Candamia, al borde de un escarpe, parte de un enterramiento colectivo en fosa con, al menos, seis individuos y un ajuar consistente en dos hojas de sílex, dos hachas pulidas y una punta de flecha romboidal de retoque no totalmente cubriente. El resto del enterramiento y del ajuar podría haber desaparecido por la erosión (VIDAL ENCINAS, 1990).

Santioste (Otero de Sariegos, Zamora)

Las excavaciones de urgencia llevadas a cabo en 1990 en este yacimiento permitieron investigar un enterramiento individual en fosa probablemente reu-

tilizada. Se trataba de una fosa circular de 1'40 m. de diámetro, con una profundidad de 0'70 m. En ella yacía una mujer de entre 11 y 14 años en posición fetal, apoyada sobre el costado derecho, descansando el tórax directamente sobre el suelo; las piernas estaban flexionadas y el brazo derecho, bajo el cuerpo, paralelo a ellas. La mano derecha sostenía un cuenco. El brazo izquierdo quedaba flexionado, con la mano extendida junto a la cara. En la muñeca llevaba una pulsera y en el cuello un collar de cuentas iguales a las de la pulsera y tres colgantes de metal. Al parecer, al esqueleto, cuyo estado de conservación era bueno, le faltaba un pie.

El ajuar consistía en un pequeño cuenco semiesférico, con umbo en la base, bruñido y liso; una pulsera de cuentas de hueso circulares, un collar de cuentas semejantes a las anteriores y, entre ellas, tres pequeñas cápsulas de plata perforadas que podían haber servido para recubrir algún elemento perecedero. Finalmente, aparecieron, también, cuatro plaquitas triangulares de hueso con perforación en V. Debajo del cadáver se halló un fragmento de brazal de arquero con dos perforaciones.

El enterramiento se encontraba, al parecer, dentro del área de habitación, como lo demuestran el nivel arqueológico hallado, las estructuras estudiadas y el material recuperado. En líneas generales la cultura material del yacimiento se caracteriza por la escasez de materiales líticos y óseos. Es la cerámica, por tanto, el elemento que mejor caracteriza al yacimiento. Presenta formas troncocónicas, cuencos semiesféricos de fondo plano o curvado con umbo, cazuelas de carena media-baja, vasos esféricos con borde exvasado y recto con labio exvasado. Las decoraciones consisten, casi con exclusividad, en digitaciones e incisiones en el labio, mamelones, labios parcialmente engrosados y un caso de cordón digitado vertical interior. Hay, también, un fragmento decorado a base de bandas verticales paralelas pintadas en negro. Finalmente, hay que resaltar la presencia clara de fondos planos de inflexión quebrada al lado de los de inflexión curva (VIÑE y otros, 1990).

El nivel donde fue excavada la tumba ha sido datado por C-14 en 1830 $\pm$ 80 a. Cr. (VIÑE y otros, 1991).

Los Palomares (Villalmanzo, Burgos)

En este yacimiento aparecieron en 1970 de forma casual una serie de enterramientos de los que G. Delibes sólo pudo dar fe basándose en las noticias aportadas por los descubridores y al exiguo ajuar que alguna de ellas contenía. Al parecer se trataba de una necrópolis de inhumaciones individuales en la que se identificaron, al menos, 5 tumbas, de las que dos eran enterramientos dentro de vasijas y, las tres restantes, en cistas de lajas de piedra. Parece ser que sólo uno de ellos presentaba ajuar, que consistía en un puñal de lengüeta y un pequeño cuenco semiesférico con umbo en la base. El puñal de lengüeta lo situaba Delibes en *un momento más moderno que el final del Bronce I, al menos paralelo al Bronce Medio Mediterráneo* (DELIBES, 1971).

La Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara).

Este yacimiento ha sido excavado en los últimos años y objeto de una extensa memoria por parte de J. Valiente Malla dividida en dos monografías (1987 y 1992).

Corresponde al tipo de los llamados *campos de fosas*. De él se han obtenido varias fechas de C-14 que indicarían una secuencia cultural desde un Calcolítico Pleno hasta los albores del Bronce Final.

En la Zona B del yacimiento han aparecido una serie de enterramientos de distintos tipos, de los cuales uno fue datado por C-14 en el 1500 ± 160 a. Cr. (VALIENTE MALLA, 1987: 159). En otro de ellos se obtuvo una datación en los niveles subyacentes al enterramiento, situándolo por tanto posterior al 1390 ± 100 a. Cr. (VALIENTE MALLA, 1992: 195-196). En total son 23 los enterramientos estudiados, todos ellos dentro de una fosa, aunque con rituales de varios tipos. Así, hay deposiciones simples, restos protegidos con cazuelas, en nicho lateral tapado con piedras, en orza con cazuelas como tapadera y en tinaja. Algunos carecen de ajuar y en otros se depositó una concha marina, algún recipiente cerámico, punzones de hueso y bronce o colgantes sobre molar de bóvido, al lado de ofrendas que corresponden a animales y/o a partes de ellos. J. Valiente apunta la posibilidad de que algunos de estos enterramientos sean deposiciones secundarias.

La proximidad del yacimiento con las zonas de influencia argárica, ya sea ésta desde los focos originales o a través de las zonas de influencia secundaria, están claramente representadas en la cultura material del yacimiento en los momentos correspondientes al Bronce Pleno. Lo mismo se observa en la tipología de algunos enterramientos.

Pero la lista de casos expuestos no es exclusiva de la Meseta. En la bibliografía, tanto en la antigua como en la moderna, aparece un número bastante aceptable de casos que deben sumarse a los expuestos anteriormente. Tratándose de hallazgos suficientemente publicados solamente haré de ellos un repaso superficial. En el yacimiento malagueño de *Morro de la Mezquitila* con restos calcolíticos y de época fenicia, aparecieron en los niveles más antiguos, fosas de las habitualmente llamadas *basureros*. En un grupo de ellas, constituído por tres adyacentes, en la del medio apareció un enterramiento aparentemente en cuclillas. H. Schubart cree que fue colocado primero de espaldas e introducido en la cavidad a la fuerza. No tenía ajuar (SCHUBART, 1984).

En *Valencina de la Concepción (Sevilla)* han aparecido enterramientos en diversos lugares, por ejemplo en la Finca de la Cima, en el Corte G; en un contexto de habitación aparecieron, dentro de una estructura circular con una especie de pasillo, dos enterramientos a diferente nivel, uno de ellos más completo que el otro. Como ajuar, si lo fue, apareció un hueso trabajado al lado del cráneo del cadáver más completo. En la contigua Finca de la Gallega, en un contexto igualmente habitacional, apareció una mancha ovalada que contenía restos de un individuo senil colocado en posición lateral, sobre el costado izquierdo y mirando al Norte. En *los niveles próximos* apareció un fragmento de ídolo-placa, una punta de base cóncava y una cuenta de collar. A pocos metros de éste, en una estructura rectangular de pasillo orientado de Norte a Sur, apa-

reció parte del esqueleto de un niño (ALCÁZAR y otros, 1992). En el Cerro de la Cabeza, al lado mismo de Valencina, F. Fernández Gómez y D. Oliva excavaron varias inhumaciones dentro de las características zanjas que aparecen en los poblados de la zona. Al parecer, la mayoría eran restos sueltos que no constituían una inhumación intacta. También aparecieron algunos restos aislados dentro de fosas (FERNÁNDEZ GÓMEZ y OLIVA ALONSO, 1986 Y 1986 bis; ALCÁZAR y otros, 1992). Un caso más es conocido en las excavaciones realizadas en la zona del Polideportivo de Valencina (MURILLO y otros, 1987).

En el *Cerro del Berrueco de Medina Sidonia (Cádiz)*, con una secuencia cultural, según sus excavadores, correspondiente al Calcolítico Final y al Bronce Pleno, en el momento más antiguo se han excavado cinco enterramientos bastante maltrechos, próximos unos de otros, con individuos en posturas flexionadas y cuyo único ajuar posible serían cristales de cuarzo que aparecían inmediatos a los enterramientos. En el mismo nivel donde aparecieron las inhumaciones, los materiales arqueológicos mostraban una evidente tipología correspondiente al final del Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce (formas semiesféricas, fondos planos y curvos, un fragmento campaniforme, una punta de flecha) (ESCARACENA y FRUTOS, 1981-82).

Así mismo en *San Bartolomé de Almonte* en los niveles anteriores a la ocupación tartésica del yacimiento, se excavó una inhumación doble con cadáveres incompletos, de los que al menos uno estaba colocado en posición flexionada (FERNÁNDEZ JURADO, 1984; ALCAZAR y otros, 1992). Igualmente en el yacimiento de *El Amarguillo II (Los Molares, Sevilla)* fue excavada una inhumación correspondiente a una mujer en una zona de hábitat (CABRERO, 1987). En la misma zona, en el yacimiento de *Campo Real (Carmona, Sevilla)*, Bonsor excavó y publicó en 1989 una serie de fosas que se han interpretado como silos. En una parte de ellos aparecieron restos humanos mezclados con cerámicas (BONSOR, 1899). Posteriormente R. Cruz-Auñón y J.C. Jiménez han vuelto sobre el tema dándole al yacimiento un enfoque cronológico nuevo, atribuyendo el yacimiento al Calcolítico frente a otras opiniones anteriores que lo habían situado en el Neolítico Final o en el Calcolítico Inicial (1985). En Campo Real aparecieron restos humanos en cinco silos-fosas, de ellos, solamente en dos, aparece el enterramiento de una forma cuidada.

En el *País Valenciano,* J. Bernabeu, I. Guitart y J. Ll. Pascual han señalado recientemente (1987) que al amargen de la forma habitual de enterramiento en la zona —la cueva sepulcral colectiva— aparecen también inhumaciones individuales o dobles en silos o fosas en el interior de los poblados; por ejemplo en el yacimiento de l'Atarcó, en la base del silo D aparecieron dos hiladas de piedras formando un semicírculo en cuyo interior se encontraba un cráneo y varios huesos largos (JORNET,1929).

De gran importancia para abordar este tema son los hallazgos de V. Hurtado en el yacimiento extremeño de *La Pijotilla.* Allí han aparecido enterramientos en dos zonas distintas de las inmediaciones del poblado: en la zona Este, un *tholos;* restos de otro destruído; una tumba circular y una tumba en silo o fosa. En la zona Sur los hallazgos son tumbas en silos o fosas; aquí aparecieron dos enterramientos, uno muy destruído y otro infantil en posición fetal, sin

ajuar. En la zona Este excavó parcialmente una tumba en silo donde había un individuo en posición fetal, sin ajuar, aunque Hurtado cree que podría deberse esta ausencia al arrastre por el arado. Al margen del *tholos* donde habían sido enterrados un centenar de individuos, cerca de él apareció una tumba en fosa circular, con las paredes forradas de lajas de piedra, donde se encontraron restos de 34 individuos acompañados de ajuares consistentes en cuchillos, puntas de flecha, pequeños vasos, cuentas de variscita, un vaso de mármol y algún fragmento de cerámica campaniforme de estilo puntillado geométrico; hay, también, ídolos falange y, al menos, un ídolo-placa. V. Hurtado clasifica como calcolítico a todo el conjunto de tumbas (HURTADO, 1984).

Igualmente, V. Hurtado excavó en parte en *Guadajira*, a sólo 5 Km de La Pijotilla, una tumba colectiva en fosa con un abundante ajuar consistente, sobre todo, en recipientes cerámicos (HURTADO, 1985), atribuyéndole una cronología del Bronce Antiguo próximo al Bronce Pleno (HURTADO,1984: 74).

Hay que añadir, además, puesto que se trata de hallazgos coincidentes en el tiempo, los enterramientos campaniformes fuera de monumentos megalíticos. No es necesario describir las circunstancias y características de los hallazgos meseteños de Fuente Olmedo y Samboal (MARTÍN VALLS y DELIBES, 1989), de Villar del Campo y Portillo (DELIBES, 1977), de Villanueva del Puente y Zamora (MALUQUER DE MOTES, 1960), de la Cueva de la Vaquera (ZAMORA CANELLADA, 1975), de Pajares de Adaja (MARTÍN VALLS, 1971), de Villaverde de Iscar (DELIBES, 1979) y del mismo Ciempozuelos (RIAÑO y otros, 1894), de Rincón de Soto (MARCOS POUS, 1969-1970), de la fosa colectiva de La Atalayuela de Agoncillo (BARANDIARÁN, 1978), entre otros más dudosos. Sí, en cambio, es necesario citar con más detenimiento los novedosos hallazgos de Aldeagordillo (FABIÁN, 1992), al que he aludido en páginas anteriores y el de Valdeprados (Aldea del Rey Niño), ambos en las inmediaciones de la capital abulense y distantes entre sí, solamente, 7 Km. El de Valdeprados apareció casualmente en el curso de una excavación de urgencia y ha sido estudiado por J. Gómez y P. Sanz (1991). Consiste en una fosa excavada directamente en la roca, en lo alto de una pequeña elevación natural, que había sido semidestruída para explotar piedra. La forma de la fosa era aproximadamente circular, con un diámetro en torno a los 2 m. No conservaba indicio exterior alguno que la hiciera identificable. En el inicio de la excavación dentro de una mancha oscura apareció un paquete de huesos largos que al parecer no constituían un enterramiento propiamente dicho, sino fragmentos agrupados de un esqueleto. Ya no aparecerían más huesos en toda la excavación. Entre la tierra que rellenaba la fosa se hallaron más de una docena de fragmentos campaniformes tipo Ciempozuelos correspondientes, al menos, a cinco recipientes distintos junto con otros fragmentos lisos, un borde con digitaciones en el labio y un pequeño fragmento inciso no campaniforme. Sobre el fondo de la fosa apareció un ajuar constituído por un vaso liso de forma campaniforme y un cuenco semiesférico liso también. Con ellos había un puñal de lengüeta y tres puntas de palmela, dos de ellas juntas. Finalmente, apareció, también, una chapita de oro doblada con tres perforaciones. La chapita y el puñal de lengüeta se hallaron en dos pequeñas oquedades del fondo de la fosa, excavadas con toda seguridad expresamente para depositarlas. En el lugar del hallazgo no se han halla-

do hasta el momento restos de un poblado del que pudieran proceder de una forma casual los fragmentos campaniformes hallados en el relleno de la fosa. No cabe duda de que su presencia allí fue intencionada, aunque debamos valorarlos conjuntamente también con los fragmentos lisos que aparecieron. Sin duda, el enterramiento de Valdeprados fue un enterramiento secundario en el que llevaron a la fosa solamente una parte de los huesos del individuo; el motivo por el cual asociaron el vaso y el cuenco lisos, además de los elementos metálicos, junto con fragmentos de campaniformes distintos, es complicado de interpretar. Parece fuera de toda duda que los fragmentos de Ciempozuelos no estaban allí de forma casual pero ¿qué simbolizaban por sí mismos y al lado de otros no campaniformes? Tal vez debamos preguntarnos a la altura que estamos en la investigación del significado de la cerámica campaniforme, si esos fragmentos no estarán indicando toda la simbología que pudo tener ese tipo de cerámica, de tal manera que, por las circunstancias que fueran, algunos individuos no podían ser enterrados con ella, mientras que otros podían acercarse de alguna manera a ello imitando la forma solamente o incluyendo en el enterramiento un puñado de fragmentos. Es tan poco lo que sabemos sobre el significado de lo campaniforme que las hipótesis pueden ser muchas. Lo que sí es cierto es que los hallazgos de Aldeagordillo y Valdeprados, por una vez, han sido excavados desde el principio por arqueólogos, lo cual es una garantía más segura de contribución que cuando hemos llegado solamente a recibir el ajuar y a oir las explicaciones del descubridor casual.

Aldeagordillo y Valdeprados se suman así a toda la problemática global del aspecto funerario para la Meseta Norte y, también, para toda la Península Ibérica durante el Calcolítico y la Edad del Bronce. Sin duda alguna las espectativas que el yacimiento de Aldeagordillo hoy ofrece son de gran valor, sobre todo teniendo en cuenta que en él existen, todavía intactos, varios túmulos más que deben deparar datos muy interesantes, ya sea su contenido como el del Túmulo 1 con ajuar campaniforme (FABIÁN, 1992) o sea otro su ritual. De una forma o de otra su importancia está fuera de toda duda.

A todos los casos expuestos hasta aquí, habría que añadir, además, de modo en un principio documental, los hallazgos funerarios que para la Meseta Norte se conocen como correspondientes al Bronce Medio y Final. Su número es de momento escaso, pero suficiente como para hacer sospechar que hasta el Bronce Final inclusive, se observa en lo funerario un gran peso de la tradición. Verdaderamente, no se pueden asociar los ritos funerarios calcolíticos con los del Bronce Final en una comparación total; por ejemplo, el hecho de la monumentalidad que implicaba la construcción de un dolmen ya no se daba mil años después, pero existía un cierto apego al pasado que hacía que determinados individuos se hicieran enterrar en ellos, como antes otros lo habían hecho igual sin ser sus constructores y, antes a su vez, otros también. Y todo ello en distintas zonas, probablemente de forma general, lo que quiere decir que entre el Calcolítico y el Bronce Final se había producido una lógica evolución *tecnológica* pero con un enraizamiento en el pasado muy fuerte, en lo funerario y en general.

A. Esparza (1990) ha recopilado recientemente los hallazgos funerarios conocidos para el Bronce Medio y Final, a los que habría que añadir el del

yacimiento palentino de Correlasvegas en Santillana de Campos (MARTÍN y otros, 1993), con una tumba individual en fosa sin ajuar fechada en el 1280 ± 80 a. Cr., así como otro de conocimiento más inconcreto, pero digno de ser reseñado como dato, en la localidad salmantina de Pino de Tormes, hallado dentro de una fosa con ajuar de Cogotas I y respondiendo, al parecer, a una inhumación de, al menos, dos individuos según me contó personalmente su descubridor. También en el yacimiento portugués de Tapado do Caldeira se han excavado varias estructuras interpretadas como tumbas, una de las cuales contenía un vaso troncocónico decorado claramente al estilo de la cerámica de Cogotas I (JORGE, 1980).

Este panorama no hace sino complicar lo que parecía un hecho admitido por todos: *el ritual colectivo fue la forma de enterramiento en el Calcolítico, con sus raíces en el Neolítico y prolongándose en el tiempo, de forma más o menos decidida, según las zonas, durante parte de la Edad del Bronce*. Los casos expuestos no deben suponer necesariamente, al menos todavía, el derrumbamiento de la tesis del enterramiento colectivo como la norma general y habitual; sin embargo, es obvio que representan algo, que se trata cada vez menos de casos aislados y excepcionales y que, por tanto, están reclamando una interpretación que pasa necesariamente por tener que considerar la coexistencia de diversas formas de enterramiento, con lo que ello puede suponer traducido al ambiente de los vivos, a su organización social o a como hemos querido interpretarlo los investigadores. Su peso específico necesita, todavía, de muchos más documentos de todo tipo y de un análisis exhaustivo de ellos cuando se produzcan.

ENTERRAMIENTO INDIVIDUAL, MÚLTIPLE Y COLECTIVO EN LA PREHISTORIA RECIENTE

A. Armendáriz y F. Etxeberría han definido con claridad la terminología que debe emplearse a la hora de describir los tipos de enterramientos (1983). Así, distinguen lo que es un *enterramiento colectivo por acumulación* y lo que es el *enterramiento colectivo simultáneo*. El segundo no ofrece ninguna duda a la hora de excavarlo e interpretarlo, ya que todos los cadáveres fueron depositados al mismo tiempo; el arqueólogo solamente deberá buscar los elementos cronológicos apropiados para fecharlo; no le planteará ningún problema el hecho de definirlo como un enterramiento colectivo intencionado y obtener de ello las conclusiones oportunas en todos los sentidos. Pero cuando se trata de un enterramiento colectivo por acumulación, la interpretación, la cronología y todas las circunstancias que envuelven al depósito se convierten en cuestiones a resolver con sumo cuidado. Un dolmen es, al parecer, un claro exponente de un enterramiento colectivo; lo será por el solo hecho de hallar en él un cierto número de individuos allí depositados. Su cronología puede ir sin problemas desde el Neolítico final hasta el Bronce Antiguo como mínimo. Sin embargo la *"realidad arqueológica"* (si no encontramos una clara estratigrafía en él) es diferente de la *"realidad histórica"* acaecida en el monumento. Pudieron ser enterrados de uno en uno cada cincuenta años. Aparecerían ante nosotros ahora

como un hecho colectivo, pero el gesto habría sido individual claramente. Obtener conclusiones, por ejemplo de tipo social, sin tener en cuenta todo esto, sería muy arriesgado.

Es necesario preguntarse para empezar, sobre la estructura interna en aquellos tiempos del llamado "Enterramiento Colectivo". ¿Qué significa enterramiendo colectivo aplicado a los tiempos que aquí estudiamos?. ¿Significa que donde aparece un cierto número de individuos enterrados juntos se trataba del cementerio de un pueblo en el que eran enterrados todos los fallecidos?, ¿o es un término que hemos acuñado los arqueólogos para explicar la realidad con que nos encontramos al excavar y que no responde verdaderamente a una concepción colectiva de lo funerario en un tiempo determinado, sino, sencillamente, a una situación producto final de la suma de otras situaciones que se dieron durante largo tiempo y que hoy nos aparecen como colectivos sin serlo verdaderamente en todos los casos?. Depende de las situaciones. En la excavación de un dolmen e incluso de algunas cuevas sepulcrales puede darse con facilidad la posibilidad de confusión en ese sentido, pero en casos como el de El Tomillar la posibilidad de confusión es más difícil. Parece lógico suponer que un cementerio monumental, como es un dolmen, o natural, pero también monumental, como es una cueva sepulcral, sean capaces por sí mismos de atraer la posibilidad de ser usados por gentes diferentes y muy distantes de sus constructores en un dilatado espacio de tiempo. Su visibilidad, monumentalidad y prueba clara de que es un cementerio atraería fácilmente hacia él a quienes no tuvieran una norma fija de enterramiento. Seguramente así ha sido. Por tanto, su uso podía ser esporádico y restringido; ser un enterramiento individual, en una palabra, sin que nosotros lo advirtamos ahora fácilmente. Pero cuando se trata de cementerios no monumentales, como es el caso de El Tomillar, la caracterización de enterramiento colectivo intencionado y simultáneo parece más clara. Entiendo para El Tomillar por simultáneo, no como una inhumación de varios cadáveres al mismo tiempo, sino como el producto funerario de un tiempo de habitación en un yacimiento, que se localiza en un lugar determinado elegido para ello y donde se tiene por costumbre depositar a los muertos. Que sean todos los muertos los habidos durante el tiempo de habitación en el lugar o no, es cuestión aparte; si nos interesa, para empezar, la esencia de la forma de enterrar, veremos que era una intención encaminada a agrupar a los muertos; digamos que era una intención de enterramiento colectivo directa, que se opone a la que puede ser considerada como accidental. Si queremos extraer conclusiones respecto de las formas de organización social, sea ello oportuno o no, tendremos que valorar separando lo individual de lo colectivo.

Entre el ritual individual y el colectivo, deberíamos distinguir el que podemos llamar "múltiple", que estaría entre uno y otro y que abarcaría todos aquellos casos que no implican una acción individual ni tampoco pueden significar el cementerio de un pueblo asentado en un lugar durante un tiempo. A mi juicio, este tipo de enterramientos está más cerca de la acción individual que de la colectiva. No sé qué pueden significar, si la sencilla circunstancia de querer agrupar en un mismo depósito a dos seres cercanos o la improvisación después de un fallecimiento doble o triple tras un accidente, o algo similar. Lo cierto es que no debía haber un cementerio comunal cuando esos individuos son ente-

rrados juntos o individualmente. Por tanto, o no había un cementerio comunal o esos indivíduos tuvieron un trato aparte, o existían varias formas de enterrar a los muertos. Algunos autores han querido ver en estas excepciones casos marginales que indican de alguna manera la reprobación social a individuos cuyas circunstancias en la vida o en el momento de elegir la muerte o, simplemente, de morir, se salían de las normas habituales y comunes de convivencia (COUDART y otros, 1982; VILLES, 1984 o WAIT, 1985).

Cuestión importante es dilucidar el motivo que llevó a aquellas gentes a utilizar esas tres formas de enterramiento. Dejando al margen las interpretaciones aludidas de Coudart, Villes o Wait, que pueden servir para explicar algunos casos en particular, no para todos, parece evidente que el hecho de que encontremos tres maneras diferentes significa que no existía una norma estricta que respondiera a unas creencias o costumbres fijas. Más evidente lo hace parecer el hecho de que, además, de cada una de las formas haya variedades diferentes, que se dan en un mismo territorio incluso. Las circunstancias pudieron ser variadas y simples a la vez: un grupo humano se asienta en una zona o está de paso. Sin duda no es un grupo numeroso, existe entre ellos una lógica relación de parentesco. Los muertos habidos durante el tiempo de ocupación de un lugar se entierran agrupados, porque se ha elegido un lugar como cementerio, pero probablemente no sea porque sus creencias lo determinen así. Es una cuestión de orden nada más, si se quiere un comportamiento humano muy simple, de la misma manera que otros serían enterrados en una fosa inmediata individualmente porque el lugar habitual estaba ya saturado de cadáveres, porque no hubo más muertos en el tiempo en que allí se habitó o por cualquier otra sencilla razón. El enterramiento de El Tomillar, claramente colectivo, con deposición no simultánea de los cadáveres, pero concebido como el cementerio de una población inmediata, manifiesta a mi juicio cómo de una forma muy simple, se han enterrado los muertos habidos durante la ocupación de un lugar, que no debió de ser muy prolongada. El expreso deseo de colectividad creo que no va más allá del que se deriva de la mera funcionalidad o de una cuestión "sentimental", a la que tan ligados han estado y están siempre los temas funerarios; o de ambos a la vez. Probablemente no quepa otra explicación para una forma de enterrar que fue, después de todo, "libre", es decir no podía estar sujeta a una mentalidad colectiva más o menos rígida, si a poca distancia de allí, no sólo en La Serna-Cantazorras (24 km.), sino en Aldeagordillo (50 km.), en el mismo dolmen del Prado de las Cruces (46 km.) o en Ciguñuela (80 km.) lo hacían de forma distinta, ¡y tan variada!, poblaciones con idéntica cultura material, hecho que, sin duda, tiene que implicar semejanzas culturales de todo tipo y que en lo funerario, tal vez, la semejanza cultural era no tener una pauta general para enterrar a los muertos, lo que no quiere decir que carecieran de un ritual funerario y de unas creencias.

El enterramiento de El Tomillar debe de tener su parangón de alguna manera en las cuevas sepulcrales. Posiblemente, estas cuevas no han sido otra cosa que el cementerio de quienes habitaban en torno a ellas y veían en estas cavidades no sólo un contenedor funcionalmente muy adecuado, sino, también, un lugar idóneo para relacionarlo con todos aquellos aspectos misteriosos, esotéricos o como quiera llamarse que rodean al tema de la muerte y las incógnitas

que suscita. No podía, tampoco, haber una razón estricta impuesta por las creencias cuando en lugares como en el País Vasco, entre otros, dólmenes y cuevas sepulcrales aparecen en un mismo espacio y aparentemente en el mismo tiempo (ARMENDÁRIZ, 1990, pp. 158-159). Indudablemente, puede hablarse de etnias diferentes o de pueblos con dedicaciones distintas, pero eso en su caso habría que demostrarlo con pruebas contundentes, que no se conocen aún.

El tema de los dólmenes parece en principio más complicado. Primeramente implican un esfuerzo físico en su construcción que no es necesario en cuevas y fosas. Naturalmente que tal esfuerzo tiene que responder a una creencia o a una norma; la repetición de sus esquemas constructivos y sus circunstancias no pueden tener otro significado. Pero ¿qué representan frente a otras formas de enterramiento más sencillas y menos costosas?, ¿por qué razón comparten territorio con otros modos?, ¿estuvo vigente durante el largo tiempo de su uso la ideología que impulsó a construirlos?, ¿eran un cementerio para cualquiera o su uso estaba restringido?. Si su construcción requería un esfuerzo que sólo podría ser asumido por una comunidad con un determinado número de individuos y si existían, como parece evidente, unos patrones constructivos cuya ejecución se cuidaba mucho de llevar a efecto lo más exactamente posible, es que, sin duda, eran cementerios con más pretensiones que cuevas, fosas o túmulos que existían ya o existieron en el mismo territorio. ¿Pudo ser el movimiento megalítico el símbolo de los cementerios de un tiempo determinado y limitado, que luego de derrumbarse su soporte ideológico pasó a ser utilizado de una manera más informal, más esporádica en muchos casos, alternando con otros modos de enterrar, puesto que no existían ya normas *estrictas* de enterramiento?. Si hubiera sido así, el megalito, a partir de una época, ya habría podido ser utilizado de otra manera dándole la misma significación — ¿simple después de todo?— que se le daba a una cueva sepulcral o a una fosa colectiva, lejos ya del significado que constituyó su origen. De ser positiva la respuesta a esa cuestión, habría que distinguir con claridad que este hecho no es aplicable a toda la Península en general. Dependía simplemente del orígen del megalitismo en cada zona. Podría admitirse su discusión para la Meseta Norte, en la que hay grandes cuestiones por resolver en este sentido. En la Meseta Norte, los dólmenes podrían haber tenido su origen en conjunto a finales del IV milenio, como la mayoría de las investigaciones asumen, manteniéndose el hecho de construir nuevos casos hasta el inicio del Calcolítico; pero a partir de ahí, abandonando la práctica de la construcción y limitándose a su utilización nada más que allí donde los habían construído de antiguo. La distribución espacial de los megalitos en la Meseta muestra cómo hay zonas prácticamente al margen de este fenómeno, aunque con un importante número de yacimientos de habitación. En el abulense Valle de Amblés es conocida, a pesar de las prospecciones llevadas a cabo, la existencia de un solo dolmen, mientras que están bien documentados un alto número de poblados cuya cronología no parece remontarse más allá del 2400 a. Cr.. O han desaparecido otros casos que había o solamente hubo uno. El origen y el final de ese único caso sólo puede calcularse a partir de los datos que aportan los ajuares; así, si aplicamos las interpretaciones de cualquiera de los otros excavados en la Meseta Norte, es decir, desde el final del Neolítico a la Edad del Bronce, ¿está indicando este caso la exigua población de la zona

durante el final del Neolítico —cosa que parece por ahora evidente— y la pérdida de la costumbre de construir dólmenes por los habitantes de la zona durante la plenitud del Calcolítico, aunque no su uso, que sería circunstancial? No sería extraño que hubiera sido así, y que durante el auge de la habitación de este valle se hubieran utilizado otras formas de enterramiento puesto que el dolmen había pasado a ser algo testimonial ya, donde aún muchos se hacían enterrar, pero nunca ya con todo el sentido para el que fue construído.

De esta forma los dólmenes podrían haberse convertido en lugares de enterramiento que podían ser o no de toda una comunidad durante un tiempo, de ciertos individuos nada más o, simplemente, de quien lo quería así, pero sin una *norma estricta*, porque de haberla habido, faltarían muchos dólmenes más. Quizá así podríamos explicar —si no se trata de una cuestión cronológica— que hallemos dólmenes con campaniforme y hallemos, también, tumbas campaniformes al márgen de los dólmenes, es decir, exactamente igual que se observa para los enterramientos no campaniformes citados en páginas anteriores. Parece una prueba más de que en época campaniforme la continuidad fue la tónica general de la vida en los poblados y de las costumbres en la muerte; si se produjeron innovaciones no fueron precisamente causadas por lo que había detrás de esa peculiar cerámica, sino por la difusión de las "modas", los avances tecnológicos y/o las nuevas relaciones sociales emergentes.

Ya he dicho que esta hipótesis, que no es más que una pregunta que me hago dando vueltas a los datos disponibles, es aplicable a la Meseta Norte y a alguna otra zona peninsular, nunca a toda la Península Ibérica. Por ejemplo, para el S.E. no podría admitirse. En la necrópolis megalítica de Los Millares se ve claramente como fue construída para dar cobijo a los muertos que se produjeron o iban produciéndose durante el tiempo de habitación del poblado; es decir, que el sentido dado allí a lo megalítico era un sentido vigente en la plenitud del Calcolítico; no hay posibilidad, al parecer, de que viniera de atrás y fuera matizado y reaprovechado en tiempos posteriores. Aún así, a R. Chapman (1991: 257) no le cuadran los resultados al jugar con variables como el número de habitantes del poblado, el tiempo de habitación, el número de enterramientos hallados y circunstancias agravantes, como la más que probable baja esperanza de vida, por lo que concluye que no todos los habitantes de Los Millares se enterrarían en la necrópolis.

Sin duda, las diferencias entre Los Millares y cualquiera de los yacimientos meseteños son muy grandes. No parecen existir en la Meseta yacimientos con tanta complejidad individual ni con tal envergadura. Pero el ejemplo almeriense puede servirnos para reflexionar sobre lo que conocemos en la Meseta. Aquel yacimiento, como otros conocidos en la misma zona, presentan claramente lo que es un poblado y su necrópolis, constituida por casi un centenar de tumbas donde se da el enterramiento colectivo. Por lo que se sabe hasta ahora, la cronología de las tumbas y del poblado van parejas; así, todo parece estar, en ese sentido, dentro de un orden lógico. Podría pensarse y quizá no faltara cierta razón en ello, que cada megalito allí representa un panteón familiar, aunque una misma familia pudiera utilizar a lo largo del tiempo varios megalitos. En la Meseta no existen yacimientos comparables y tal vez por ello tampoco necrópolis similares. No aparece el poblado con su necrópolis mega-

lítica al lado, testimoniando una lógica similar a la de Los Millares. Dudo que se trate de una desaparición masiva de dólmenes; pienso más bien que en la mayoría de los lugares donde no aparecen es que no existieron, pero entonces, ¿por qué en unos lugares sí y en otros no?. Como hipótesis parece válida la idea que he explicado en páginas anteriores sobre la posibilidad de que la construcción de los megalitos date en la Meseta de una época muy concreta, relajándose su uso después, durante el propio Calcolítico y la Edad del Bronce. Pero, sin duda, habrá otras hipótesis que con la misma validez como tales puedan argumentarse. Por ejemplo, algunos autores han escrito sobre las distintas costumbres funerarias según se tratara de pastores o agricultores. No puede negarse que esto no sea válido. Desde luego el dolmen no era el símbolo de una costumbre rígida e inflexible de enterrar a los muertos que se extendió por toda Europa, porque en la misma Península hay zonas donde no aparecen, sustituyéndolos las cuevas sepulcrales, si se trata de hablar de monumentalidad. De haber una costumbre rígida hubiera sido el hecho del ritual colectivo, cosa que no parece tampoco muy probable (me refiero a la rigidez), dado que, como hemos visto, el número de excepciones es cada vez mayor. Quizá debamos sospechar también, como una hipótesis más, si no fueron los megalitos las tumbas destinadas sólo a una élite, fuera el que fuera el carácter que les distinguiera de los demás. La envergadura funcional de la mayoría de los casos no parece indicar que allí pudieran ser enterrados todos los miembros de una comunidad, máxime cuando hay zonas donde los dólmenes son pocos y los poblados parecen haber sido muchos, cosa que unida a la evidente y comprobada poca esperanza de vida, alta mortalidad infantil... etc., significaría un número demasiado bajo de dólmenes. Quienes hayan visitado muchos megalitos habrán comprobado que hay casos, y no son aislados, en los que las cámaras fueron construidas con una pequeñez tal que parecen indicar claramente que no se hicieron para una comunidad sino para un número muy bajo de individuos. Esta sospecha enlazaría con la ya aludida por Chapman para la necrópolis de Los Millares.

Ciertamente la cuestión implantación-perduración-uso de los megalitos es hoy algo difícil de resolver. Pienso que algunas de sus incógnitas han de resolverse más reparando en la personalidad y la evolución propia de algunas facies, que aplicando teorías generales hipotéticamente válidas para un amplio territorio como la Península Ibérica. De otra manera, no parecen tener explicación algunas cuestiones del megalitismo en la Meseta.

Son muchos los interrogantes en este momento y demasiado fácil de admitir la idea de que el Calcolítico equivale en lo funerario al ritual colectivo y que el ritual colectivo tiene como símbolo al megalito o en su defecto a la cueva sepulcral, como si hubiera existido una costumbre sólida y bien fundamentada en razones ideológicas o en las creencias religiosas o sociales que impulsara a enterrar a los muertos juntos, decayendo al final del Calcolítico y/o en el principio de la Edad del Bronce e iniciándose un giro en lo que había sido una norma con larga vigencia. Sin embargo, nuevas evidencias parecen complicar la placidez con que tal cosa había sido admitida por todos. No sería aún momento para cuestionarla íntegramente, pero sí es necesario empezar a reflexionar admitiendo que no se trata de excepciones aisladas, sino de casos cada vez más

frecuentes que necesitan encontrar un sentido en el aspecto funerario de una época, sin duda más complicada o con más matices de lo que en un principio pareció y lo que es más importante: su trascendencia en cuanto a lo que supone dentro de la organización social, verdadero fundamento de todo este debate.

PROBLEMAS PARA LA DEFINICIÓN DE LA FORMA DE ENTERRAMIENTO EN LA MESETA DURANTE EL CALCOLÍTICO Y LA EDAD DEL BRONCE

A la vista de los casos que he expuesto en páginas anteriores y reflexionando sobre el verdadero sentido que pudo tener la forma de enterrar, lo primero que se me ocurre es pensar si verdaderamente debemos identificar a la época calcolítica con el ritual colectivo o debemos pensar en otro sentido. Ya hemos visto más atrás, manejando los datos disponibles hasta el momento, que la norma pudo ser precisamente la falta de norma fija de enterramiento, puesto que los dólmenes no tienen que ser forzosamente contenedores funerarios colectivos en el sentido estricto, es decir, significando que allí eran enterrados todos los muertos de una comunidad o de un territorio como pauta habitual. Y no lo parece precisamente porque hay muchas dudas difíciles de resolver de tipo cronológico, funcional... etc. y, además, existen casos, cada vez más frecuentes, que representan todo lo contrario.

Durante muchos años se ha venido aceptando de una manera unánime que el ritual colectivo era la forma de enterramiento en el período Calcolítico, encontrando su mejor expresión en los dólmenes y siendo las cuevas sepulcrales la fórmula adoptada allí donde no se construyeron megalitos, pero igualmente dentro de una supuesta ideología de ritual colectivo, a la que se veía como reflejo de una determinada situación social; se hablaba así de una sociedad igualitaria y de su ruptura, cuando aparece el horizonte campaniforme y una parte de sus enterramientos adoptan la forma individual. Esta teoría ha estado fundamentada en el hecho del conocimiento y excavación de dólmenes y cuevas sepulcrales que deparaban un cierto número de individuos inhumados. Los materiales hallados junto a los restos humanos correspondientes a los ajuares han servido para establecer la cronología de utilización del sepulcro, que, generalmente, es amplia, superando en la mayoría de los casos los mil años y llegando con cierta naturalidad, muchas veces, a los mil quinientos años e incluso algo más. En los últimos años, el avance dado en materia de localización de nuevos yacimientos de todo tipo, fruto de prospecciones sistemáticas, no solamente ha permitido conocer un alto número de testimonios megalíticos, sino que también gracias a ellos se han catalogado zonas exentas de estos monumentos y, también, de cuevas sepulcrales. Paralelamente, se han ido conociendo otras formas que amplían las posibilidades, unas, y complican el panorama, las otras. De esta manera, las dudas científicas atribuídas a la falta de conocimiento de ciertas zonas, parecían quedar despejadas.

El hecho para la Península Ibérica en general es que hay zonas donde los dólmenes son la tónica general de lo conocido en lo funerario y otras donde lo son las cuevas sepulcrales, pero en unas y otras se dan, de momento esporá-

dicamente, otras formas de enterramiento que están al margen del ritual colectivo. Por su parte, en la Meseta Norte, la situación se complica considerablemente. La parte Sur-Oeste, constituye una prolongación de la situación megalítica de las Beiras portuguesas. La mayor proliferación de dólmenes se da en la provincia de Salamanca, disminuyendo paulatinamente hacia el Norte en la de Zamora y siendo muy esporádico por ahora este tipo de construcciones en tierras de León, donde es conocido,además, algún caso de enterramientos no dolménicos (VIDAL, 1990). Idéntica situación de pérdida de frecuencias sucede para el mismo foco salmantino a medida que avanza hacia el Este. En su vecina provincia de Ávila sólo se conoce un caso, el del Prado de las Cruces (FABIÁN, 1988) y otro en la de Madrid (LOSADA, 1976). Más hacia el Este, en tierras segovianas, aparecen las cuevas sepulcrales como una forma frecuente de lugar de enterramiento, reconociéndose recientemente algunos túmulos y dólmenes también, aunque siempre de forma escasa. En el Norte y Nor-Este el foco burgalés-riojano engloba también a los nuevos hallazgos en este sentido en la provincia de Soria y al núcleo riojano y alavés. En el centro de la Meseta Norte, que hasta no hace mucho tiempo se creyó al margen del fenómeno megalítico, en los últimos años se ha identificado un foco, que aunque escasamente representado, sirve para conocer que ciertas costumbres también penetraron en esas tierras.

Paralelamente al conocimiento de esta situación se han identificado centenares de asentamientos calcolíticos que no dejan de ser frecuentes en aquellas zonas donde los dólmenes constituyen hallazgos muy raros. Tal cosa obliga a ver dichos monumentos desde la disyuntiva de creer que han desaparecido o que el contenedor, o el propio ritual del enterramiento, fue otro distinto del que se piensa que era simbolizado por el dolmen. Naturalmente que la intensidad de las labores agrícolas y otras circunstancias habrán hecho desaparecer muchos megalitos y, probablemente, ello se haya producido en algunas zonas con más intensidad, como en la sedimentaria. Pero no es posible admitir que donde faltan, la ausencia se deba a su desaparición. En ocasiones ni siquiera se trata de zonas intensamente cultivadas y allí faltan los megalitos y, también, las cuevas sepulcrales. Sin embargo, los yacimientos calcolíticos están presentes y a veces con una intensidad sorprendente, como en el valle abulense de Amblés.

Por otro lado, las zonas que se consideran dolménicas, las que constituyen focos, muestran una situación en la que generalmente no hay agrupaciones de dólmenes formando necrópolis megalíticas al estilo del Sur-Este de la Península. En el mapa que presentan G. Delibes y M. Santonja (1986) sobre el megalitismo en la provincia de Salamanca se observan una serie de pequeñas concentraciones distantes de su más próxima 20 ó 30 km. Esta situación sería apropiada en algunos casos para pensar que cada dolmen estaría significando la necrópolis correspondiente a un asentamiento, con lo cual estaríamos ratificando la teoría de Renfrew (1976) sobre el dolmen como delimitador de un territorio socialmente distinto. La situación salmantina, que bien puede servirnos de ejemplo, muestra a la vez zonas totalmente vacías de dólmenes pero bien poblados por la cultura calcolítica. Tendríamos que pensar que allí los dólmenes han desaparecido o la forma de enterramiento fue otra, o hubo más de

una. Si dividiéramos el número de kilómetros cuadrados de la provincia salmantina entre el número de dólmenes hallados hasta 1986, el resultado sería de un dolmen por cada 165 km². Esa superficie podría resultar excesiva tal vez, aunque debemos considerar el número de casos desaparecidos y pensar que no todos los yacimientos que hoy encontramos son contemporáneos, ni tienen necesariamente que corresponder a una población estable en un lugar todo el año, ni un número importante de años; es decir, que pudo darse el caso de habitación en varios sitios al tiempo en un mismo territorio, aprovechando pastos, agua, etc., enterrándose en un solo lugar, algo similar a lo que hacen actualmente los ganaderos del valle santanderino del Pas.

Para la provincia de Salamanca, aunque sea con dificultades, esta posibilidad, como tal posibilidad, sería admisible pero no lo sería igual para las provincias limítrofes; si hacemos la misma operación aritmética en Zamora o Ávila, por ejemplo, el resultado indicaría que no pudo darse la misma situación que en Salamanca. En la Meseta Sur, el megalitismo presenta un aspecto similar, con escasos dólmenes y formas alternativas de enterramiento, como covachas sepulcrales (ALVARO, 1987). Es evidente que la ausencia de megalitos e incluso de cuevas sepulcrales, está implicando la existencia de otras formas de enterramiento que en principio podrían no ser tan monumentales, —lo apoyaría el caso de El Tomillar, aunque es un solo caso por ahora— o que constarían de un ritual diferente.

Aunque admitiéramos que allí donde aparecen dólmenes estos fueron el cementerio de un pueblo y que cada cual marcaba un territorio, tendríamos que explicar convenientemente cómo se articularía la teoría de su construcción en el Neolítico Final, tal y como se admite unánimemente para la Meseta, y su vigencia durante mil quinientos años; es decir, si hay que pensar que el dolmen es un cementerio construído por un pueblo y para un pueblo, que solamente lo utilizaría él y que lo tendría que haber utilizado durante mil quinientos años. Con ello habría que admitir la habitación de unas mismas gentes en un mismo territorio durante ese largo período, a menos que el dolmen esté concebido como un cementerio para cualquiera que se asiente en esas tierras. Lo que parece claro es que las grandes estratigrafías están ausentes en la Meseta Norte en la mayoría de los casos, al menos en la zona Sur, donde los poblados excavados no pasan de un nivel arqueológico y siempre de una potencia que no indica probablemente mucho tiempo. Por otra parte, en los dólmenes excavados, aunque admitamos la posibilidad de importantes violaciones, no encontramos grandes cantidades de huesos, que forzosamente tendrían que aparecer si hubieran sido utilizados durante tanto tiempo, sobre todo teniendo en cuenta la baja esperanza de vida atribuíble a aquella época y la gran mortalidad infantil, bien patente, como se ha visto, en El Tomillar. Si argumentamos que las violaciones pueden ser en buena medida las causantes de la confusión al respecto, chocaríamos con evidencias como la de los dólmenes que han sido excavados intactos o prácticamente intactos, como en la necrópolis de Los Millares —ciertamente muy distante, con otra problemática de origen y menor espacio teórico de utilización— viéndose que el número de enterramientos de cada caso no cuadra tampoco con el número de años que se supone habitado el yacimiento (LEISNER y LEISNER, 1943; ALMAGRO Y ARRIBAS, 1963). Esto le

hace dudar a R. Chapman sobre si toda la población de Los Millares fue enterrada en la necrópolis (1991: 255). La presencia de huesos quemados en algunos dólmenes podría estar indicando igualmente la existencia de un ritual, o simplemente una acción *higiénica* o funcional donde interviniera el fuego como forma de descongestión de la cámara, saturada de huesos, ajuares y cadáveres en putrefacción. En ese sentido durante la excavación del túmulo del dolmen del Prado de las Cruces (Ávila) constatamos la existencia de un depósito de cerámicas, algunas completas y la mayoría fragmentadas, envueltas en un nivel de tierra que denotaba gran cantidad de materia orgánica disuelta. Probablemente se trataba de un depósito procedente de la descongestión de la cámara. Aunque este tipo de acciones puede entrar dentro de toda lógica, no puede servir por ahora, a falta de nuevas constataciones bien estudiadas, para explicar el problema de la falta de restos suficientes que demuestren el uso general y habitual de los dólmenes. Casos como el aludido del Prado de las Cruces hacen pensar en la posibilidad de que se trate de un hecho similar al de otros dólmenes en los que se han constatado campaniformes en el túmulo, sin que ello corresponda a enterramientos en ese mismo punto y, por tanto, que no se trate ni de gentes que se hacían enterrar aparte, ni del hecho de que estuviera arruinado el monumento en época campaniforme; solamente alguien pudo sacar algunos ajuares de la cámara para hacer sitio a las nuevas inhumaciones, o por otros motivos tan simples como ese. (Me pregunto lo que hubiera pensado yo mismo en el caso del Prado de las Cruces si en lugar de cerámicas lisas de todo tipo hubieran aparecido campaniformes. Probablemente la inclinación hacia otras teorías nos hubiera confundido en la interpretación de lo que sin duda es un hecho mucho más sencillo).

Es indudable que en la Meseta Norte las características ácidas de los suelos del Sur-Oeste, unidas a las violaciones constantes, habrán hecho desaparecer buena parte, cuando no todos, los huesos humanos de los dólmenes excavados. No se cita su abundancia constatada en las publicaciones que sobre el dolmen de La Ermita, en Galisancho (Salamanca) se han hecho (DELIBES y SANTONJA, 1984 y 1986; SANTONJA, 1987), como tampoco hace mención de ello el Padre Morán en los que excavó en las provincias de Salamanca y Zamora (MORÁN, 1931 y 1935). En el único aparecido y excavado en la provincia de Ávila, el ya mencionado de El Prado de las Cruces, en Bernuy-Salinero, los únicos huesos encontrados lo fueron en el túmulo, al lado de la cara externa de uno de los ortostatos de la cámara. Se trataba de casi un millar de fragmentos, algunos con huellas de exposición al fuego, que estaban en el entorno, al menos en el momento de la excavación, de un puñado de trozos de cerámica decorados con técnica de boquique, claramente correspondientes a la cultura de Cogotas I. Casi con toda probabilidad procedían del vaciado de la cámara, como muchos de los materiales hallados semisuperficialmente en el túmulo. Este dolmen había sido repetidamente expoliado hasta la misma base de la cámara, permaneciendo el corredor, en algunos puntos, aparentemente intacto.

Decía anteriormente que la acidez del suelo y el expolio casi general de los dólmenes de la Meseta hacen difícil de certificar cualquier teoría en la que se opere con el número de cadáveres y el espacio cronológico que abarca. Pero a falta de este importante dato podremos hacer conjeturas considerando y rela-

cionando datos como el número de dólmenes y cuevas sepulcrales conocidos, la ausencia de ambas formas en determinadas zonas, el largo período de utilización que los materiales hallados en los dólmenes representan, el importante número de poblados conocidos y la constatación de otras formas de enterramiento que aunque todavía en número bajo, empieza a ser poco a poco mayor, indicando que no está dicho todo acerca de lo funerario en el Calcolítico.

La poca potencia general de las estratigrafías parece indicar que los poblados no eran habitados durante largos espacios de tiempo (?). Probablemente existía una cierta movilidad en el hábitat cada cierto número de años, condicionada por las bases económicas en las que se sustentaban los pueblos cuando no por problemas coyunturales, por ejemplo de tipo climático. Únicamente parece haberse estudiado un importante nivel calcolítico precampaniforme en el poblado zamorano de Las Pozas (VAL RECIO, 1983; 1992), cuyas fechas de C-14 publicadas se sitúan en el 2475 a. Cr. para el nivel más antiguo y el 2125 a. Cr. para el más moderno (VAL RECIO, 1992). La excavación de los poblados abulenses de "Los Itueros", en Santa María del Arroyo (CABALLERO y otros, 1990), "La Cantera de Hálagas", en La Colilla (ARANCIBIA y otros, 1992), "La Peña del Aguila", en Muñogalindo (LÓPEZ PLAZA, 1978), "El Alto del Quemado", en Narrillos del Álamo (LÓPEZ PLAZA, 1991) y "La Teta", en Gilbuena, así como los salmantinos de "Tierras Lineras", en La Mata de Ledesma (LÓPEZ PLAZA y ARIAS GONZÁLEZ, 1988-89) y los todavía inéditos de "La Solana", en Navalmoral de Béjar y "El Chorrito", en Valdesangil, además de otros salmantinos y abulenses donde se ha observado accidentalmente su estratigrafía, certifican con claridad que no fueron poblados habitados durante largo tiempo. Por otra parte, las fechas de C-14 obtenidas en ellos no van más atrás de 2400 a. Cr., incluso esa fecha hay que decir que responde a una sola datación que es problemática. Este hecho, que no es único del Sur-Oeste de la Meseta Norte, chocaría en principio con la cuestión del origen del megalitismo, cuyas fechas de origen son demasiado altas para la cronología de los poblados conocidos. Para lo que aquí interesa tendría que implicar, tal vez, que los dólmenes eran construídos por unas gentes y utilizados, probablemente con el tiempo, por otras cuyas raíces no estaban allí. Si tenemos que admitir esa cierta movilidad que parecen indicar las estratigrafías de los poblados, no podría ser de otro modo. Lo cierto es que aunque los constructores o sus sucesores más o menos inmediatos abandonaran el lugar, otros enterrarían en el mismo sitio, lo constata la también unánimemente admitida continuidad cronológica que se observa en los ajuares.

Otro asunto es si admitiremos que verdaderamente todos los sepulcros de corredor de la Meseta Norte fueron construídos en el final del IV milenio, como indican algunas fechas de C-14 correspondientes a la base de sepulcros de corredor como el de Ciella (DELIBES y otros, 1982 y 1987), paralelas a las del túmulo no dolménico de El Miradero, con un ajuar constituído por microlitos, hachas, ídolos-espátula... etc. (DELIBES y otros, 1987: 183-184). Otras sin embargo, con ajuares similares, indican fechas fundacionales, según su excavador, de 2600 a. Cr., como las de Peña Guerra II en La Rioja (PÉREZ ARRONDO, 1987: 161) y, también, la del sepulcro de corredor de Las Arnillas (Burgos), entre cuyos ajuares, bastante revueltos, había microlitos que se suponen corres-

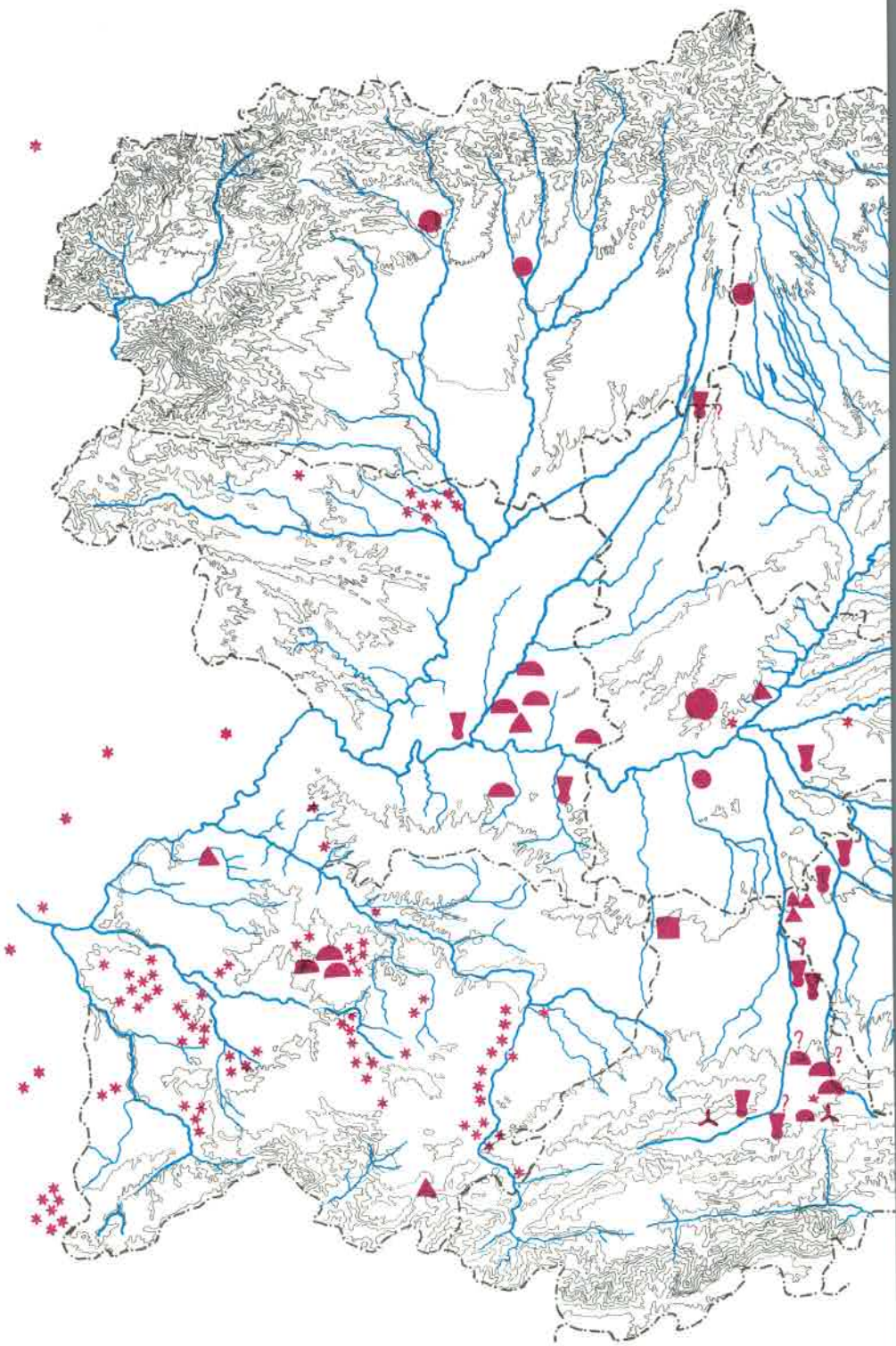
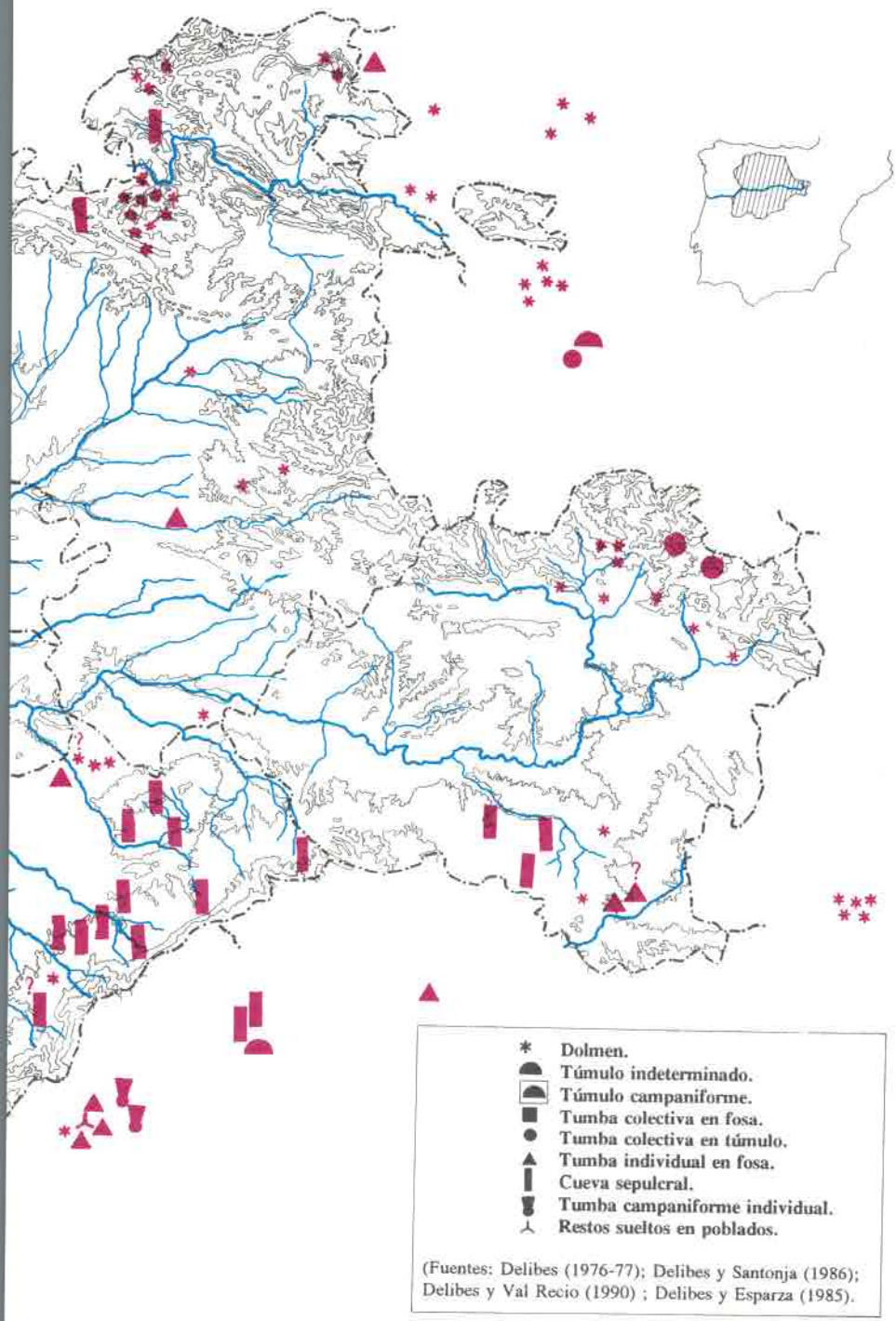


FIG. 39. *Manifestaciones funerarias cor*
Antiguo en la M



(Fuentes: Delibes (1976-77); Delibes y Santonja (1986); Delibes y Val Recio (1990) ; Delibes y Esparza (1985).

dientes al Neolítico, Calcolítico y Bronce
Norte española

pondientes a este momento fundacional (DELIBES y otros, 1987). A la vista de estos datos, habría que pensar que aunque el origen esté en los últimos siglos del IV milenio, siguen construyéndose dólmenes semejantes cinco siglos después y con el mismo ritual. Que una parte de los dólmenes de la Meseta Norte se haya construido hacia mediados del III milenio encajaría mejor con el panorama que presentan los poblados, sobre todo observando sus cronologías por C-14 y sus materiales arqueológicos. Ello no debe extrañarnos: si la costumbre de enterrar en dólmenes estaba plenamente vigente e incluso si en ese momento fue más intensa, nada debería impedir seguirlos construyendo allí donde fuera necesario: al contrario, se construirían allí donde no los hubiera o donde se produjeran nuevos asentamientos. La cuestión está en que a partir del 2400 a. Cr. aproximadamente se produce un notabilísimo incremento del número de poblados y no parece que ello implique la construcción de nuevos megalitos porque zonas que en ese momento son muy pobladas carecen de ellos o los tienen en un número muy escaso. Pero es cierto que los que había se siguen utilizando, sea en la forma que sea y llegan plenamente hasta el Bronce Antiguo e incluso, en muchos casos, lo rebasan ampliamente llegando hasta el Bronce Final, no de forma absolutamente general, pero frecuentemente, sobre todo en lo que se refiere a ciertas zonas.

Ya he dicho que las cronologías de los poblados no van más atrás por ahora, al menos en el S.O. de la Meseta Norte, del 2400 a. Cr., aunque es previsible que determinados asentamientos tuvieran su origen poco antes, enlazando así cronologías de megalitos como Peña Guerra II y Las Armillas con los poblados. Lo que parece difícil de encajar para esta zona es que dólmenes de corredor como El Prado de las Cruces, en las inmediaciones de Ávila, hayan sido construídos a finales del IV milenio, si apenas existen indicios que atestigüen la habitación de la zona en esa época. Sólo el pequeño yacimiento abulense de La Peña del Bardal, en Diego-Álvaro a más de 50 km. (GUTIÉRREZ PALACIOS, 1966) apoyaría en teoría fechas tan remotas, aunque una revisión exhaustiva de las cerámicas de este yacimiento, ahora que se conocen muchos más datos que en los años 60, probablemente pondría en entredicho su cronología exclusivamente neolítica, aunque no la evidente tipología neolítica de algunas de las cerámicas halladas allí. Indudablemente la decoración de las cerámicas de Diego-Álvaro es neolítica y sus acanaladuras contrastan con claridad con las normalmente finas incisiones que encontramos con asiduidad en el Calcolítico de la región. Pero de Diego-Álvaro no debemos fijarnos solamente en estas cerámicas, dejando al margen el resto de los elementos que Gutiérrez Palacios halló durante sus excavaciones. Hay otras cerámicas, también, que merecen atención, entre las que hay peinadas, impresas con un elemento dentado y con pastillas repujadas, cerámicas todas ellas que aparecen con asiduidad en los yacimientos típicamente calcolíticos no sólo del S.O. sino de prácticamente toda la Meseta Norte. Todas las cerámicas aparecieron en lo que el autor llama Nivel B, que a juzgar por la representación que hace, es el único que había intacto en el yacimiento. Según esas cerámicas, el yacimiento representa a un momento tardío del Neolítico o un Calcolítico antiguo, es decir, la transición de un momento al otro. La filiación inexcusablemente neolítica de las cerámicas de La Peña del Bardal ha sido mantenida durante mucho tiempo, tal vez porque no

se conocía suficientemente el calcolítico de la zona. Hoy se conoce mejor, hay más datos y ello sirve para poner en duda algunos aspectos del yacimiento y de su cronología reclamando nuevas investigaciones.

En el mencionado yacimiento de Los Itueros han aparecido cerámicas semejantes, casos que por separado y aisladamente nos hicieron pensar, cuando primero se encontraron en superficie, que se trataba de un yacimiento neolítico al aire libre. Luego aparecerían durante la excavación entre todo un bagaje indudablemente calcolítico, con metalurgia ciertamente ya en la transición al Bronce Antiguo, fechado por C-14 en 2460 ± 330, 2170 ± 130 y 1900 ± 100 a. Cr. (CABALLERO y otros, 1990). Pero no son Los Itueros el único yacimiento donde han aparecido. También se conoce un fragmento en el propio Tomillar, el dibujado en la Figura 35,3 o en Los Paradores de Castrogonzalo, en la provincia de Zamora (DOMÍNGUEZ BOLAÑOS, 1991) o en Las Pozas (VAL RECIO, 1992) entre otros muchos de esta zona. En El Tomillar y Los Paradores los fragmentos son escasos y pequeños, quizá estén en relación con lo poco que se ha excavado en ambos, pero son significativos. En Los Itueros son más abundantes y en trozos mayores, de tal manera que permiten conocer bien el sentido de la decoración. No es solamente en esos tres yacimientos donde se conocen estas cerámicas, también aparecen en algunos del valle abulense del río Corneja y de la zona de Béjar, en la provincia de Salamanca en un ambiente calcolítico que no ofrece dudas (en La Solana, por ejemplo, fechado por C-14 a finales del tercer milenio). Más adelante veremos como en el Calcolítico del S.O. de la Meseta Norte hay en la decoración de las cerámicas muchas semejanzas con las neolíticas a nivel general, no solamente en cuanto a las que presentan acanaladuras.

Por todo esto no parece fácil aceptar, al menos de la manera que se ha hecho hasta hace poco, que a la Peña del Bardal le corresponda una cronología claramente neolítica. Habría que excavar de nuevo en el yacimiento, tener mejor conocimiento de su industria lítica, por ejemplo, y obtener nuevos datos para aclarar definitivamente el tema. Mi opinión es que la cronología de la Peña del Bardal no es neolítica con claridad, todo lo más representaría a un neolítico muy tardío, si valoramos muy alto algunas formas y la cantidad de cerámicas acanaladas que aparecen frente a las demás, aunque este último argumento no tiene que ser necesariamente fiable con los exiguos datos de las excavaciones que poseemos. Si no podemos darle con toda veracidad una cronología neolítica a este yacimiento, más difícil aún parece que le atribuyamos a gentes como las de La Peña del Bardal el origen del megalitismo en la zona. ¿Quiénes fueron los constructores de los dólmenes y cuáles son sus asentamientos si verdaderamente construyeron los megalitos entre el final del cuarto milenio y la primera mitad del tercero? La lentitud de las investigaciones en esta zona obliga a ser prudentes a la hora de establecer juicios. A la vez que nos hacemos la anterior pregunta, también debemos reconocer que el conocimiento de los poblados de estas zonas del S.O. no es todavía el deseable y, por tanto, no puede dudarse de que existieran asentamientos más antiguos que justifiquen el origen de esos megalitos. Cuestión aparte y no menos importante, será saber si la ausencia o escasez de megalitos es proporcional al número de asentamientos u obedece a otras razones.

El hallazgo de niveles antiguos caracterizados por el empleo de microlitos geométricos en dólmenes como Peña Guerra II y San Martín, han hecho que

hoy se asocie la aparición de estos elementos en los dólmenes con su origen neolítico, remontándose al final del IV milenio. Así, se admite normalmente que el hallazgo de dichos elementos en un dolmen, aunque no haya sido en niveles intactos, implica automáticamente su origen remontable al final del IV milenio. Lógicamente hay motivos para suponerlo así: no solamente los casos de Peña Guerra II y San Martín hablan de un megalitismo antiguo con esos ajuares, también lo atestiguan los ajuares y fecha del túmulo de El Miradero (DELIBES y otros, 1986) o el salmantino de El Guijo (DELIBES y SANTONJA, 1988: 125) y, por otro lado, las fechas de C-14 de los llamados "niveles fundacionales" de algunos dólmenes. Por tanto, razones hay para suponer esta cronología cuando hallamos geométricos en un dolmen que aparece removido. Sin embargo, una vez más debemos ser prudentes a la hora de pronunciarnos y manejar todos los datos de que disponemos. Si aceptamos la fecha de Peña Guerra II para su nivel con microlitos, tendremos, en primer lugar, que no necesariamente la aparición de geométricos debe remontarnos al IV milenio, es decir que pudo ser una costumbre de larga perduración. Por otro lado, es necesario considerar ciertos resultados de las investigaciones que se llevan a cabo en algunos asentamientos del S.O. de la Meseta Norte, en concreto en la zona limítrofe entre las provincias de Salamanca y Ávila, al pie de las sierras de Gredos y Béjar. En esa zona las excavaciones han verificado que entre el 2390 y el 2025 a. Cr. conviven en el yacimiento de La Teta (Gilbuena, Ávila) geométricos y puntas de flecha en un ambiente típico de lo que conocemos como Calcolítico Precampaniforme. Lo mismo sucede en el poblado salmantino de El Chorrito (Valdesangil), cuyos materiales son en todo semejantes a los de La Teta. En el también salmantino yacimiento de La Solana, próximo a los dos anteriores, fechado por C-14 en el 2110 a. Cr., aparecieron, del mismo modo, conjuntamente. Es verdad que nunca aparecen en la cantidad que las puntas de flecha, pero su presencia en tiempos tan recientes está indicando con claridad su uso y por tanto la actividad para la que eran fabricadas, actividad que no habría sido sustituída por el empleo de puntas de flecha, si verdaderamente su uso significaba una mejora en los cometidos para los que se utilizaba.

Por todo esto no debe extrañar que todavía en tiempos que pueden considerarse relativamente tardíos para el empleo de dichos instrumentos, se llevaran a cabo algunos enterramientos entre cuyo ajuar hubiera microlitos geométricos. En el mencionado dolmen del Prado de las Cruces aparecieron doce geométricos distribuídos tanto por la cámara, como por el corredor y el túmulo. En concreto en los inicios del corredor fueron hallados dos trapecios en una de las pocas zonas que al parecer no se hallaban removidas; aparecían cercanos a una punta de flecha con retoque plano cubriente y un cuenco con dos umbos. Indudablemente, pueden haber sufrido muchas vicisitudes que hoy nos confunden, pero si fueron depositados juntos y en ese lugar exactamente, no están indicando un momento neolítico.

Sea cual sea el origen cronológico para los primeros megalitos de la Meseta Norte, cuestión que no plantea demasiadas dificultades para situar a finales del IV milenio, como abundantemente se expresa en la bibliografía al uso, lo que parece evidente es que la construcción de todos los dólmenes no proviene de esa fecha, sino que siglos después se mantenía. Si la lógica y el C-14 de

Peña Guerra II no engañan, aunque no concuerde en todas partes con la realidad arqueológica comprobada.

La cuestión que se ha venido tratando hasta aquí es que el número de dólmenes y cuevas sepulcrales no es muy abundante, dado el territorio en el que aparecen y del que serían sus necrópolis. Ese número no muy elevado en general, es muy bajo en algunas zonas e inexistente en otras. Ello significaría que, allí donde los dólmenes fueron construídos, su uso, que sin duda afectó a todas las etapas del Calcolítico y después, correspondería a un territorio amplio y, por lo tanto, a un importante número de población. Eso es lo que parecen indicar los datos de que hoy disponemos. Ningún obstáculo existiría para construir nuevos dólmenes; el litológico después de la solución dada en Los Zumacales de Simancas (Valladolid) no condicionaría su construcción. Allí los ortostatos de la cámara no son las habituales lajas graníticas o calizas de gran tamaño, sino que por la escasez de los materiales de construcción habituales, se utilizaron bloques constituyendo la forma habitual del dolmen de corredor (DELIBES y otros, 1987: 184-185). Queda patente con ello que lo importante era el símbolo y su esencia, la monumentalidad acusada estaría condicionada por el afán de los constructores y por el medio físico. Si esto era así, tendremos que preguntarnos una vez más por el motivo de que se construyeran megalitos en unas zonas y en otras no o fueran escasos, siendo la litología similar. En la provincia de Zamora, por ejemplo, el número de dólmenes señalados por G. Delibes y J. del Val (1990: 55) no supera la decena, sumándosele, además, cinco túmulos. A todas luces es un número escaso; más aún lo es el caso de Ávila con un solo ejemplar por ahora. Ambas provincias en comparación con la vecina Salamanca quedan en clarísima inferioridad. Es evidente que algunos habrán desaparecido e incluso que aparecerán algunos más, pero difícilmente podremos creer que la situación era uniforme en toda la Meseta y los que faltan han desaparecido víctimas de las circunstancias. Indudablemente el motivo de la diferencia debe ser otro. G. Delibes y J. del Val han apuntado recientemente para el Duero medio la posibilidad de que los enterramientos megalíticos fueran abandonados hacia el 3000 a. Cr., como mostraría el túmulo de El Miradero, en Villanueva de los Caballeros, utilizado solamente en la etapa más antigua del megalitismo y fechado por C-14 con anterioridad al 3000 a. Cr. Este abandono de lo megalítico y lo que ello entraña no habría sucedido igual en la provincia de Salamanca, donde se desarrollaría profusamente hasta el final de la Edad del Cobre (DELIBES y VAL RECIO, 1990: 85). Apuntan, además, estos autores como causa probable del abandono de tales construcciones y de su ritual a partir del 3000 a. Cr. en el Duero medio, a la introducción de otras formas de enterramientos que serían practicados por las gentes calcolíticas de los asentamientos tipo Las Pozas, yacimiento que es tomado como prototipo de la facies del Calcolítico que caracteriza al centro y algunas zonas colindantes de la cuenca del Duero (VAL RECIO, 1983 y 1992). Los mismos autores creen que pudo surgir ya en aquella época en torno al 3000 a. Cr. la costumbre del ritual individual, que con el tiempo tanto calaría en el horizonte de Ciempozuelos.

Las gentes que habitaron el valle abulense de Amblés, en cuyo extremo Este se encuentra la ciudad de Ávila, pertenecen culturalmente a la facies de Las Pozas. Al final de este valle está el dolmen del Prado de las Cruces, que, sin

duda, fue conocido por las gentes que habitaron el valle e incluso sus típicas cerámicas de buena factura, frecuentemente bruñidas, de color marrón y/o gris oscuro, han aparecido en él. Ya he dicho que su uso parece continuado durante el Calcolítico e incluso durante la Edad del Bronce. Aquí no se cumpliría a rajatabla la hipótesis de G. Delibes y J. del Val para el Duero medio. Sin embargo, tampoco será suficiente para negarla ya que se trata de un solo ejemplo incapaz por sí mismo de invalidar una hipótesis que se ha construido a partir de datos, como la inexistencia de megalitismo en una zona y la consiguiente necesidad de dar explicación a ese fenómeno. ¿Fue verdaderamente un cambio radical —individual sustituye a colectivo— lo que motivó la ausencia de megalitismo en una zona donde es escaso o inexistente?, o ¿es, simplemente, que existe una cierta variedad de ritual y coexisten en el mismo tiempo y espacio formas individuales, múltiples y colectivas?. El hallazgo de El Tomillar, aunque cronológicamente tardío, apoyaría más esta hipótesis que la de un cambio radical en el ritual. La tumba de El Tomillar viene a indicar claramente dos cosas: primero, que existió entre las gentes que habitaron el yacimiento la costumbre de enterrar en grupo, es decir que no había un estricto deseo de individualidad en el ritual funerario, y en segundo lugar, que los enterramientos no se organizaban en grandes osarios donde se enterraba a todos los que fallecían. Claro está que esta segunda razón puede ser matizada conociéndose el tiempo que duró la habitación del yacimiento y el número de personas que lo habitaron; bien pudo haber sido —así lo creo— nada más que de unos años y los enterrados ser todos los fallecidos en ese tiempo. En cualquier caso, parece evidente que no había costumbres "estrictas" a pesar de ser una época tan tardía, para no enterrar individualmente.

Me inclino a pensar, manejando los datos que he expuesto en páginas anteriores, que el ritual funerario durante el Calcolítico, e incluso durante parte, sino toda la Edad del Bronce en la Meseta Norte, fue variado y no dependió tanto de las zonas y de las facies culturales como de las circunstancias internas de los propios grupos humanos que habitaron el territorio. Creo, además, que esta situación no sería sólo propia de La Meseta, sino también de toda o buena parte de la Península, donde, poco a poco con mayor frecuencia, aparecen datos similares. Prueba de ello es la duda aludida de R. Chapman para la necrópolis de Los Millares (CHAPMAN, 1991).

La cuestión de los enterramientos individuales del Horizonte Ciempozuelos no está en condiciones de resolverse por ahora. Algo que parece ya suficientemente comprobado es que quienes utilizaban la cerámica campaniforme ciempozuelos se hicieron enterrar tanto en dólmenes como en tumbas individuales o de dos/tres individuos. La simultaneidad de ambas formas en un mismo territorio es un problema que hay que resolver definitivamente en el futuro. De momento, si hacemos caso de las fechas de C-14 disponibles, tanto para los niveles con campaniforme en dólmenes o similares, como para otras formas de enterramiento, tendríamos que ambos modos son contemporáneos y conviven en un mismo territorio, que es el meseteño, con sus estribaciones más inmediatas. En La Atalayuela de Agoncillo (Logroño), las dataciones radiocarbónicas realizadas en tan importante depósito abarcan del 2170 al 2110 a. Cr. (HARRISON, 1988: 464); del dolmen de Peña Guerra I hay dos fechas para el corredor,

donde aparecieron enterramientos campaniformes: 1500 ± 60 y 1500 ± 70 a. Cr. (PÉREZ ARRONDO y otros, 1987: 114); en Peña Guerra II, el nivel II de este dolmen, con campaniforme inciso, está fechado en 1560 ± 60 a. Cr. (PÉREZ ARRONDO y otros, 1987: 121). Con respecto a otras formas de enterramientos a las que acompaña la misma cerámica, tenemos la de Fuente Olmedo (Valladolid) con 1670 ± 50 a. Cr. (MARTÍN VALLS y DELIBES, 1989: 81) y, por otro lado, la de Aldeagordillo (Ávila) de 1735 ± 25 a. Cr.. No sería prudente pronunciarse aún de forma categórica, pero todo parece indicar, primero, que el campaniforme pudo estar plenamente vigente hasta la mitad del II milenio, si no lo estuvo más allá en algunos puntos como La Cueva de Arevalillo, en Segovia (FERNÁNDEZ-POSSE, 1979 y 1980); segundo, que los dólmenes por estas fechas seguían utilizándose aún, fuera en la forma que fuera, hecho sobre el que han abundado G. Delibes y M. Santonja manejando los datos disponibles hasta 1986 (DELIBES y SANTONJA, 1987); y, tercero, que en ese momento las poblaciones de la Meseta utilizaban la misma variedad de ritual funerario que ya se había dado durante el Calcolítico, cuyos datos comprobados ya he mencionado.

Particularmente, creo, a la vista de los datos que pueden manejarse actualmente, que el ritual funerario relacionado con el campaniforme ciempozuelos no responde a un ritual individual embrionario, que encuentra en la esencia de esta cerámica su mejor forma de implantación, sino que es una cerámica simbólica de algo que todavía desconocemos y que los rituales relacionados con ella y las gentes que la poseían seguían las mismas pautas de enterramiento que las que no la usaban, es decir, enterraban igual de forma individual, múltiple o colectiva. En definitiva, que el uso de esta cerámica en los enterramientos no implicaba que tuvieran que ser éstos individuales o colectivos, sino que se seguía la misma "misteriosa" o "libre" costumbre que para los enterramientos sin campaniforme. Si en algo querían diferenciar un enterramiento era en el depósito de un ajuar campaniforme, no en el lugar o las circunstancias externas en que se colocaba, que eran las mismas para los portadores de campaniforme que para los demás; de lo contrario, nunca se habrían hecho enterrar en un dolmen, donde ya había otros muchos individuos enterrados sin esos elementos. Si el depósito de La Atalayuela es todo él simultáneo, queda claro que a quienes se hicieran enterrar con esas cerámicas no les importaba que con ellos se enterraran otros que no las tendrían como ajuar. Pensar que todo tiene una explicación de tipo cronológico y secuencial, es decir, que a una costumbre le suceda otra, sería contradictorio con respecto a algunas fechas como las aludidas de Peña Guerra I y Peña Guerra II.

En todo este ambiente plagado de hechos distintos y de cuestiones, ¿qué significa el caso de El Tomillar?. Si su cronología fuera calcolítica, sin duda cuadraría con las hipótesis más admitidas sobre el ritual funerario en ese período, pero su cronología real es Bronce Antiguo, una época en la que se ha creído liquidada o prácticamente liquidada ya la forma colectiva de enterrar; incluso para justificarla, sin duda basándose en los casos individuales, se han interpretado como intrusivos los enterramientos campaniformes en dólmenes. El caso es que El Tomillar es algo colectivo en una época donde las hipótesis más numerosas afirman que era ya lo individual la norma. ¿Se trata de una excep-

ción El Tomillar y su hallazgo una auténtica casualidad?. Podría serlo, pero pienso que no lo es. Para la Meseta Norte no hay en este momento ni puede haber, a la luz de los datos manejables, posibilidades de interpretar con grandes garantías el aspecto funerario, ni durante el Calcolítico ni en toda la Edad del Bronce. Lo hemos visto en páginas anteriores manejando tan complejo panorama, en el que se mezclan diferentes tipos en una misma época, donde faltan testimonios que por sus características monumentales deberían estar presentes, donde esa misma confusión, si se puede llamar así, continúa exactamente igual en los periodos posteriores... En fin, sabemos muy poco y asegurar algo es muy arriesgado, pero creo que si hay algo que puede afirmarse, sabiendo lo que sabemos y manejando lo que hoy podemos manejar, es que, primero, no pudo haber un ritual general de enterramiento durante el Calcolítico al menos en la Meseta Norte, aunque pienso que esto debe ser extensible a toda la Península, y, segundo, que para la Meseta Norte el período que sigue, la Edad del Bronce con todas sus subdivisiones, representa una continuidad respecto al Calcolítico. No se construyen dólmenes, si es que se construyeron durante el Calcolítico; esa sería la diferencia, pero tanto en el Bronce Antiguo como en el Medio como en el Bronce Final, los dólmenes son usados. Podremos decir, como se pensaba antes para lo campaniforme, que se trataba de una intrusión, pero ¿qué queremos decir con que es una intrusión?. Indudablemente excepciones tienen todas las reglas, pero cuando su frecuencia empieza a ser precisamente frecuencia, la excepción se convierte en norma y ese es el caso de la presencia de elementos de la Edad del Bronce en los dólmenes, que es parecida o similar a la presencia campaniforme. Y tengamos en cuenta que las manifestaciones del Bronce Antiguo en los megalitos no queda reducida a lo campaniforme. Perfectamente claro ha quedado en El Tomillar el hecho de que el Bronce Antiguo representa una continuidad prácticamente total en cuanto a la cerámica. En un dolmen del Sur-Oeste de la Meseta no distinguiríamos nunca un cuenco liso calcolítico de otro correspondiente al 1800 a. Cr., como tampoco lo haríamos de esa misma forma si su cronología fuera Bronce Medio o Final. Sólo nos guiará la decoración y, precisamente en los dólmenes la cerámica decorada representa una fracción muy pequeña del total, se refiera a la época que se refiera. No conocemos que existan formas de enterramientos definidas y claras para el Bronce Medio y Final de la Meseta Norte, sólo casos puntuales que no indican precisamente que haya una norma clara. Se sabe poco pero lo que se sabe es tan dispar que recuerda a la situación calcolítica (resumen de hallazgos en ESPARZA ARROYO, 1991). ¿Sería, pues, acertado pensar que esas etapas, que representan en los poblados una gran dosis de tradición anterior, a veces ancestral, marcan una línea de continuidad en lo funerario con respecto al Calcolítico?. Lógicamente, decir esto no significa pensar que todo fue igual en un tiempo y en otro. Esa continuidad no sería otra, para mí, que la falta de una norma general de enterramiento, aunque previamente al depósito final de los cadáveres el ritual pudiera ser más uniforme y general.

En realidad conocemos muy poco todavía como para atrevernos a teorizar con contundencia. Será necesario dejar pasar el tiempo y esperar nuevos hallazgos, lo más claros posibles, para afirmar algo seguro en este aspecto. En ello el yacimiento de Aldeagordillo, en Ávila, representa una gran esperanza. Cinco

túmulos de su necrópolis esperan ser excavados en un futuro inmediato. Uno de los ya excavados contenía un ajuar campaniforme fechado en el siglo XVIII a. Cr., los otros no sabemos aún si contienen este mismo tipo de ajuar u otro. Sea esta necrópolis toda destinada a rituales con campaniforme o no, sean sus túmulos individuales, múltiples o colectivos, el potencial de datos que encierra representa una gran esperanza en la clarificación del aspecto funerario, tan confuso y falto de una explicación como se ha visto.

Restos sueltos o tumbas incompletas

Finalmente, me parece necesario abordar el tema de los restos sueltos o de las tumbas incompletas que ocupan un lugar significativo dentro de los rituales de enterramientos de la Meseta Norte y de los que hay constancia también en otros puntos de la Península (Por ejemplo BERNABEU y otros, 1987: 12). Los casos empiezan a ser cada vez menos excepcionales y hasta presentan variedad:

1. Restos sueltos dentro de las áreas de habitación.
2. Restos sueltos acompañando a inhumaciones completas.

Dentro del primer grupo habría que distinguir aquellos restos que han aparecido dentro de cabañas o relacionados con ellas y los que lo fueron en el interior de fosas que habían sido excavadas con otros fines y fueron reutilizadas como lugar de enterramiento. El cráneo suelto que apareció en Los Itueros (Ávila) estaba dentro de una cabaña (CABALLERO y otros, 1990). Parecía haber sido abandonado en el mismo lugar donde durante un tiempo había ocupado un sitio. En Aldeagordillo, yacimiento de las mismas características que Los Itueros en su nivel de habitación y distante unos 30 km. de él, J. J. Eiroa encontró otro cráneo dentro del área de habitación (EIROA, 1973: 239); lo exiguo de la superficie excavada en este yacimiento por Eiroa no permite saber si estaba dentro de alguna estructura o fuera, correspondiendo al poblado calcolítico subyacente. En ninguno de los dos casos parece posible pensar que se deba a la putrefacción *in situ* de un cadáver muerto en aquel mismo lugar, es decir, por muerte violenta o algo parecido. En el caso de Los Itueros apareció en el interior del relleno de la cabaña, es decir, debajo de la tierra que pisaban durante los últimos momentos de habitación. Quiere decirse que el cráneo había sido enterrado a propósito debajo de la cabaña o estaba simplemente dentro.

En otros yacimientos se han encontrado restos aislados dentro de fosas que fueron excavadas en principio para otros fines y que parecen contener restos humanos con el mismo descuido que contienen restos de animales y fragmentos de cerámica.

A todo ello debe sumarse el otro grupo, en el cual encontramos restos sueltos acompañando a inhumaciones completas, como hemos visto para Aldeagordillo (FABIÁN, 1992) y como explica para el también enterramiento campaniforme de Rincón de Soto A. Marcos Pous (1971: 391).

Alguna de las formas dichas se dan también durante la plena Edad del Bronce e incluso en el Bronce Final, como es el caso del Arenero de Soto, en los alrededores de Madrid, donde apareció una mano en conexión anatómica (MARTÍNEZ NAVARRETE y MÉNDEZ MADARIAGA, 1983) o en el Negralejo, también en los alrededores de Madrid, con restos de un cráneo y algunos dientes (BLASCO BOSQUED, 1983).

Una vez más, para enjuiciar el tema con garantías, topamos con la falta de un número suficiente de casos que pudieran avalar estadísticamente la definición del fenómeno. De momento los que conocemos están indicando, como mínimo, que existían enterramientos secundarios al lado de otros que pueden calificarse como primarios. Pensar que los enterramientos secundarios se deben a una previa descarnación de los cadáveres es una posibilidad a tener en cuenta, aunque en el caso de ser acertada habría que admitir que no sería una práctica general, ya que en otros casos, incluso más numerosos, se encuentra el cadáver al parecer enterrado inmediatamente a su muerte. Otra posibilidad que debe tenerse en cuenta es que se practicara en un primer momento la inhumación del cadáver en una fosa y en algunas ocasiones, por determinadas razones, fueran trasladados todos o algunos huesos a otro lugar. Ese sería el caso del Túmulo 1 de Aldeagordillo y de la cista de Rincón de Soto, a los que ya he aludido con anterioridad. En ambos parece que a un individuo, probablemente recién fallecido, le acompañan restos sueltos de otros que se supone fallecidos con anterioridad y que estaban depositados en otro lugar. Intuir en ello un complicado ritual, con los datos que tenemos, sería probablemente excesivo, ya que tampoco pueden descartarse hipótesis más simples, que incluso tendrían paralelos en los tiempos actuales: no puede negarse que casos como el de Aldeagordillo o Rincón de Soto obedezcan a una cuestión sentimental, a la que somos muy dados los seres humanos en temas como el de la muerte, es decir que a propósito de un fallecimiento se desentierran restos de familiares que habían sido inhumados en otro lugar, para que acompañen al cadáver reciente en un mismo depósito. Este hecho ha llegado hasta nuestros días, aunque pienso que no como una costumbre transmitida de generación en generación, sino como una reacción humana ante un tema muy propicio para reacciones sentimentales, como es la muerte de seres queridos. Hoy, todavía, trasladamos los restos de una madre o un padre de una tumba lejana a otra donde se quiere tenerlos juntos o yacer con ellos. No debe extrañarnos que esto haya sucedido igualmente en la antigüedad. Tal vez casos como el de Aldeagordillo o Rincón de Soto estén significando que, como ellos, los restos que acompañaban al recién fallecido estaban depositados en lugares fácilmente localizables y donde no serían confundidos con otros restos que podían pertenecer a seres menos cercanos, como sucedería en los dólmenes. Igualmente casos como los de Aldeagordillo y Rincón de Soto, en los que aparecen al lado del fallecido otros restos, sean la explicación de casos como El Arenero de Soto, El Negralejo o El Espinillo, todos ellos en la provincia de Madrid, donde se hallaron algunos huesos sueltos. No puede descartarse que allí hubiera existido una inhumación primaria que fue excavada después para recoger algunos huesos y trasladarlos a otro lugar. La disposición desordenada sobre el cadáver completo de los restos sueltos en Aldeagordillo, con algunos incluso en conexión anatómica, está indi-

cando que fueron recogidos juntos de otro lugar y trasladados al túmulo. Las huellas de exposición al fuego de algunos de estos restos, e incluso la presencia de un mentón quemado próximo al hogar que iniciaba la cámara en este túmulo, hacen pensar que con estos huesos trasladados de otro lugar se hacía alguna ceremonia antes de ser inhumados definitivamente, si es que ello no había sucedido en su propio ritual de fallecimiento.

En la Fosa 1 de El Tomillar, la situación es difícil de interpretar. Aparecen cadáveres completos e incompletos en disposiciones que algunos de ellos indican un cuidado especial en el momento de la inhumación. A la mayoría le faltan algunas partes del esqueleto. Da la impresión de que antes de su inhumación definitiva habían estado depositados en otro lugar en el que algunos habrían perdido un número mayor o menor de huesos. Y da la impresión, también, de que no entraba dentro de sus deseos la disposición ordenada de los cadáveres. No es la primera vez que esto se observa. Tal vez no fuera lo fundamental siempre la inhumación final en el ceremonial que se practicaba a los muertos; tal vez por ello no se les acompañó ajuar alguno. Pero en otros yacimientos, incluso cercanos, el cadáver era dispuesto más ordenadamente y con ajuar. Llama la atención el hecho de que en algunos casos exista un deseo claro de orden e incluso de monumentalidad y, en otros, las inhumaciones se hallen con una apariencia de total despreocupación. ¿Era el hecho de la deposición final de los cadáveres un acto de menor importancia en relación a otros rituales anteriores, como por ejemplo la descarnación de los cadáveres?; ¿existió una cierta variedad de matices dentro de las costumbres generales y esa es la causa de las diferencias?. Es probable que dentro de las creencias generales en una zona más o menos amplia se dieran matices variados, como se da hoy también sin que ello tenga un trasfondo muy especial, ni constituya propiamente una alternativa a lo que es la costumbre general.

Con respecto a los cráneos aparecidos en los poblados, hay que pronunciarse con cautela ya que no son muchos los casos conocidos. Las interpretaciones pueden ser variadas aprovechando la escasez de datos. En cualquier caso, la manipulación de cráneos es conocida ya por otros hallazgos.

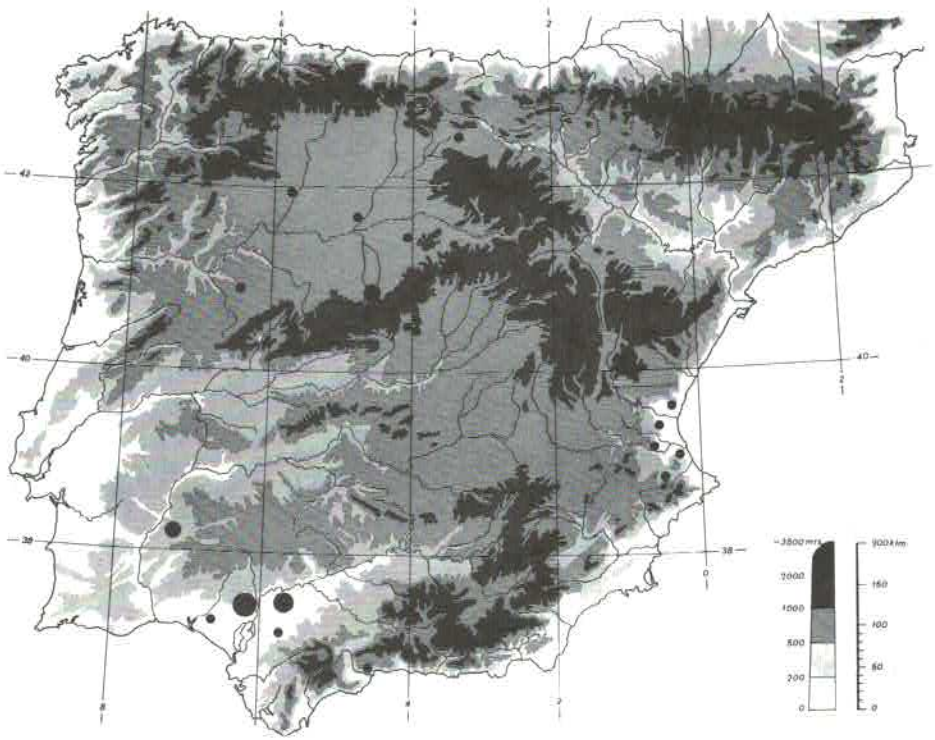


FIG. 40. *Testimonios funerarios con ritual individual en la Península Ibérica durante el Calcolítico y Cobre tardío y final*